HARLEQUIN

Tentación®

La aventura definitiva

Joanne Rock

La aventura definitiva
Joanne Rock
Nº 7 Amor en el paraíso

Argumento:

¿PODRÍA CAER EN LA TENTACIÓN Y DESPUÉS SEGUIR ADELANTE CON SU VIDA COMO SI NADA HUBIERA PASADO?

Lo último que esperaba Christine Chandler cuando aceptó aquel trabajo era dejarse distraer por un miembro de la jet set. Debería centrar toda su atención en el diseño de aquel jardín que podría darle el éxito a su negocio, pero no podía apartar la vista del increíble cuerpo de Vito Cesare. Y por las miradas que él le dedicaba, parecía que ambos estaban pensando en lo mismo.

Christine estaba volviendo loco a Vito. Pasaba mucho tiempo con ella, pero cada vez que intentaba acercarse un poco más, ella desaparecía... hasta que le propuso tener una aventura. Sin ataduras ni compromisos, sólo diversión. Pero después de un par de ardientes besos, Vito se dio cuenta de que no iba a poder seguir las reglas, pues lo que sentía por ella era mucho más que pasión.

Capítulo 1

—Por favor, aparte sus manos de mi coralillo —Christine Chandler miraba fijamente al hombre que se estaba tomando demasiadas libertades con las delicadas flores rojas del arbusto.

¿Es que el cromosoma Y llevaba implícito la necesidad de tocarlo todo?

—¿Disculpe? —el extraño, muy sexy con un traje gris y corbata desatada, apartó sus manos del capullo.

Suspirando, Christine hizo un gesto hacia el hombre, que parecía haber aparecido de la nada en el jardín de Miami en el que estaba llevando a cabo un proyecto paisajístico.

—El coralillo es un arbusto muy delicado y no se pueden tocar los capullos en plena floración, y menos antes de trasplantarlo —se pasó el dorso de la mano por la sudorosa frente mientras se preguntaba por qué se molestaba en darle explicaciones a aquel hombre.

Pero tal vez fuera un vecino curioso del señor Donzinetti, el excéntrico anciano italiano que la había contratado. El hombre no podía ser más amable, así que era lógico que tuviera amigos en el barrio de Coral Gables.

—Tengo que seguir trabajando antes de que se sequen las raíces, pero si me dice su nombre, le diré al dueño de la casa que ha pasado por aquí.

Christine sonrió educadamente aunque su mente seguía inmersa en el inventario de arbustos que aún tenía que plantar alrededor de la roca frente a la casa. Normalmente no se detenía por ningún hombre por arrebatadoramente guapo que fuera, aunque luciera reloj de oro, gafas de sol caras y un traje que debía costar más que su alquiler mensual. Y menos cuando tenía las uñas y las manos llenas de tierra, ¿dónde se metían sus guantes cuando más los necesitaba?

Sólo tenía que soportar a aquel hombre el tiempo suficiente para no que no se sintiera ofendido

—¿Dice que conoce al dueño? —el señor Armani sonaba algo dubitativo mientras observaba con atención la finca bajo el fuerte calor vespertino de Florida. Después se giró hacia ella y la recorrió de pies a cabeza, su patético metro y sesenta centímetros.

Si ése era el juego que él quería jugar, ella estaba de acuerdo.

Christine se guardó la pala en un bolsillo de los pantalones y levantó el coralillo, el arbusto que él había estado tocando poco antes, con ambas manos, para meterlo en el hoyo que había estado

cavando para trasplantarlo.

Aquel proyecto sería el que ayudara a despegar o el que sentenciaría definitivamente su empresa de paisajismo. Aquel proyecto tenía una fecha de finalización tan ajustada que ningún otro diseñador paisajista de la ciudad había querido encargarse de ello. Sólo alguien tan desesperado como ella podría intentar acabar la reforma completa de aquella parcela en mes y medio para una boda a finales de verano. A sus veinticinco años tal vez no hubiera acabado sola muchos proyectos, pero estaba segura de que podría encargarse de la parcela del señor Donzinetti.

Pasando al lado de su incómodo visitante, resistió el impulso de restregar el cepellón del arbusto por su impecable pantalón.

—Está claro que conozco al dueño. De otro modo no estaría sudando de este modo para poner a punto su parcela bajo este sol de justicia —tal vez se había excedido en su tono de voz, pero la cuestión era evidente, incluso para aquel Adonis oculto tras unas gafas de sol Oakley.

Colocando el arbusto en el perímetro de un jardincillo diseñado para atraer a los colibríes, Christine se recordó que no tenía por qué mostrarse agresiva con el señor Especial sólo porque rezumara riqueza. No tenía que prejuzgarlo porque ella tuviera necesidades sencillas y valores sencillos. Y una cuenta bancaria a cero.

—Lo siento —dijo él, caminando por el suelo embaldosado para seguirla—. Mi nombre es Vito Cesare y soy el propietario de la casa, junto con mis hermanos.

Sus dedos se hundieron en la tierra que había empezado a amontonar alrededor del cepellón del coralillo y giró la cabeza hacia atrás para mirar a aquel hombre con un nombre directamente salido de El padrino.

Ningún traje de diseño podría disimular los músculos de Vito, y Christine se permitió una breve inspección de su visitante. Tenía el pelo castaño y algo largo, y una bien cuidada perilla le daba un aire bohemio al estilo de Johnny Depp que contrastaba con un cuerpo de escándalo y un traje hecho a medida.

—¿Te gusta lo que ves? —él se quitó las gafas y le sorprendió con unos ojos de color avellana claro, en lugar de los marrones que ella había esperado.

—La verdad es que no. Sólo estaba pensando que es imposible que sea hermano del dueño —el señor Donzinetti era un hombre pequeñito y enérgico.

—¿Quién la contrató? ¿Nico? ¿Renzo? ¿Marco? No puedo creer que fuera Giselle porque hablé con ella hace pocos días.

—Por Dios, ¿cuántos son? —abandonando sus esfuerzos por cubrir las raíces del arbusto, echó el peso sobre los talones—. No me contrató nadie con el apellido Cesare —cada vez con más sospechas, se puso en pie—. Lo que me lleva a pensar que intenta engañarme.

No volvería a dejarse envolver en una red de mentiras por ningún otro hombre. Y menos por uno que se llamara Vito y tuviera aspecto de traer problemas consigo. Ya se había visto engañada por un internauta que la embaucó con promesas y poesías antes de proponerle matrimonio a través de internet. Hasta que su «mujer» no la llamó iracunda para informarla de que era una de ocho «prometidas», no se dio cuenta de que había caído en un engaño.

Desde entonces, su detector de mentiras era mucho más sensible.

—Yo no intento mentirle —dijo Vito, quitándose las gafas, guardándoselas en el bolsillo antes de quitarse la chaqueta y pasarse una mano por el frente—. Hace demasiado calor como para discutir aquí fuera. ¿Por qué no viene dentro? Con el aire acondicionado puesto podremos solucionar esto.

Por encima de su cadáver.

—¿Es que se cree que nací ayer? No voy a dejar a un completo extraño que entre en la casa —aunque, para su fortuna, el señor Donzinetti le hubiera dado un juego de llaves como parte del trato. Ella había aceptado el bajo presupuesto que él le ofreció, a cambio de que le permitiera quedarse en la casa mientras hacía su trabajo.

El acuerdo no sólo era muy conveniente para su trabajo allí, sino que había venido en el momento justo en que ella se dio cuenta de que no podía permitirse pagar un mes más de alquiler en el estudio tamaño caja de zapatos en el que vivía.

—Usted no tiene que abrirme la puerta —rebuscó en sus bolsillos y sacó una llave dorada más oscura que la brillante llave dorada que el señor Donzinetti había mandado hacer para ella—. Puedo entrar en mi casa cuando me apetezca.

Christine intentó contener el pánico. ¿Y si el señor Donzinetti era sólo un extraño anciano que se divertía engañando a la gente y que no pensaba pagarle el resto del dinero del proyecto por el que ella se había estado matando? ¿Y si tenía Alzheimer o demencia senil y le había dado la llave del vecino en lugar de la suya?

«Por favor, que esto sea un sueño».

—Si en realidad es usted el dueño, ¿dónde ha estado toda la semana mientras yo he estado aquí? ¿Y quién es la persona que me contrató, Giuseppe Donzinetti?

—¿El tío Giuseppe estuvo aquí? —Vito se desabrochó el botón

de arriba de la camisa, atrayendo la mirada de ella con el color bronceado de su piel y algo de vello negro.

Christine empezó a sentir los efectos del calor, pero acababa de darse cuenta del significado de sus palabras.

—¿Es pariente suyo? —tal vez su trabajo allí aún tuviera sentido. Tal vez recibiera su paga por el duro trabajo realizado.

—Un pariente que no debería meter gente en mi casa sin mi permiso, pero sí, es mi tío —se remangó la camisa mientras un grupo de chavales pasaba ruidosamente con sus monopatines frente a la casa—. Lo último que supe de él es que estaba en Nápoles, en Italia.

Genial. ¿Y si el tío extraño y con Alzheimer había vuelto a Italia y la había dejado sola ante el jardín destrozado de Vito y la perspectiva de no recibir pago alguno.

Por segunda vez en su vida, Christine Chandler se vio en una situación que parecía demasiado buena para ser verdad. Pero aquella vez la culpa había sido sólo suya.

A Vito Cesare no le gustaba pelearse con las mujeres.

Y desde luego, no pretendía irritar a la mujer que, a juzgar por la suciedad que se acumulaba en su ropa, parecía haber cavado la mitad del jardín ella sola.

Pero hacía al menos cuarenta grados en el exterior de su casa de Coral Gables, y suficiente humedad como para tener que escurrir la ropa cuando entrara dentro. En realidad se sentía demasiado malhumorado como para discutir qué demonios estaba haciendo ella allí mientras el sol lo freía. Acababa de llegar de un vuelo transoceánico procedente de París y se debatía con el jet-lag. Además, se había acostado tarde la noche anterior celebrando su victoria en la última carrera con una mujer demasiado entusiasta que no quería aceptar un no por respuesta. En resumen, en aquellos momentos estaba funcionando sin sexo, sin dormir y sin paciencia.

—Mire, lo siento si ha habido alguna confusión con respecto a la casa, pero acabo de llegar de un vuelo de doce horas y creo que voy a caerme si no bebo algo y me refresco enseguida —y agarrando la maleta que el taxista había dejado en la acera, le gritó por encima del hombro—. Puede acompañarme dentro e intentaremos arreglar este desastre.

Y decía lo de «desastre» en sentido literal. Su casa era un caos, con los macizos de flores cavados, un árbol cortado y troceado a un lado del jardín, y todo el camino adoquinado amontonado en una pila de escombros. ¿Qué demonios estaba haciendo aquella mujer que ni siquiera se había molestado en presentarse?

En realidad, la casa no era sólo suya. Tras la muerte de su padre, la propiedad de la casa familiar había pasado a ser suya y de sus hermanos, pero puesto que su hermano más joven estaba en Harvard y decidido a quedarse en el norte, su hermana estaba a punto de casarse y ya vivía en el extranjero y sus otros dos hermanos habían comprado sendos hogares con sus parejas, Vito tendía a pensar en el hogar de los Cesare como una responsabilidad suya. Había sido así desde hacía muchos años, desde la muerte de sus padres.

Vito era el mayor, y por eso se había encargado de cuidar de sus hermanos. Su madre murió al dar a luz cuando él apenas había llegado a la adolescencia, y su padre la siguió seis años después. Vito se ocupó de sus hermanos menores hasta que su hermana llegó a la universidad y su hermano estaba a punto de terminar el instituto. Fue entonces cuando les pasó la responsabilidad a sus hermanos Nico y Renzo para poder hacer realidad su sueño de correr en el circuito europeo.

Al oír pasos tras de sí, se detuvo. Acababa de llegar frente a la puerta. Giró la cabeza y se encontró con la posesiva propietaria del coralillo que lo miraba con unos fríos ojos azules.

—No puede entrar —le dijo, colocándose un mechón de pelo castaño detrás de la oreja—. La casa está un poco desordenada.

Vito echó un vistazo al jardín, preguntándose si la casa podría estar peor que aquello. Al mirarla a ella, a sus pantalones cortos cubiertos de polvo y su camiseta gris empapada de sudor, no se quedó más tranquilo. Aunque mentiría si dijera que no se había dado cuenta de sus admirables curvas bajo la ropa sucia.

—¿Cómo de desordenada?

—Teniendo en cuenta que usted tiene aspecto de modelo recién salido de una sesión de fotos, seguro que piensa que está muy mal —ella se cruzó de brazos sin lograr tapar sus increíbles curvas, y lo miró como si fuera él el que estuviera cubierto de tierra—. En lo que a mí respecta, es lo habitual por motivos de trabajo.

Eso no sonaba nada bien. Pero que nada bien. Vito tenía su propio método para combatir el jet-lag, y consistía en dormir mucho y no limpiar nada. De hecho, desde que cambió el hacerse cargo de sus hermanos por ser piloto de Fórmula Uno, se había acostumbrado a tener empleada del hogar. Hacía años que no tocaba una escoba, y no lo echaba de menos en absoluto.

Decidido a que enfrentarse a la visión de la casa no podía ser peor que soportar aquel calor, Vito metió la llave en la cerradura.

Entonces se detuvo y se giró hacia la mujer.

—Creo que no me ha dicho su nombre.

—Christine Chandler. Lo siento. Evito las presentaciones cuando tengo las manos cubiertas de tierra —y mantuvo las manos en cuestión bajo los brazos cruzados.

—Es comprensible —Vito empujó la puerta y entró en la cocina de la casa que su padre compró cuando llegaron a Estados Unidos.

Aquello había sido una cocina.

En la actualidad, el fregadero estaba lleno de tallos, hojas y montañas de tierra. El alféizar de la ventana que daba al jardín estaba cubierto de cajas de plantones en equilibrio precario, al igual que las sillas del comedor. El suelo estaba cubierto de sacos de tierra, mantillo y semillas para pájaros.

—¿Comida para pájaros? —fue la pregunta menos ofensiva que le vino a la mente cuando lo que en realidad quería saber era qué demonios estaba haciendo aquella mujer desquiciada en su casa.

Su madre siempre había considerado aquella casa de estilo «Hollywood popular», con su arquitectura diáfana y moderna, al estilo de los sesenta, y Vito siempre se había sentido bien en su hogar, feliz de volver a casa. Pero aquella vez... demonios.

—Es para los pájaros —explicó ella, muy despacio, como si sólo un idiota pudiera hacer una pregunta como ésa. Pasando sobre los sacos con cuidado, fue a lavarse las manos en una esquina del fregadero—. Su tío puso mucho interés en atraer pájaros al jardín.

—¿Y no puede guardar todo esto en el garaje?

—Las semillas para los pájaros, sí. Ahora que está usted en casa, lo llevaré allí —dio un golpecito a uno de los sacos con la puntera de la bota—. Pero tengo que tener cuidado con las plantas, porque allí hace mucho calor y estarán más frescas si las guardo aquí. Supongo que puedo llevarlas al cobertizo.

Vito dejó la maleta sobre un montón de cajas vacías de plantas y la chaqueta sobre ésta antes de ir hacia la nevera, sediento. Lo que en realidad le apetecía era un trago de whisky, pero decidió que se conformaría con algún refresco que sus hermanos guardasen en la nevera.

Sólo encontró limones. Toneladas de limones.

—Bebo mucha limonada mientras trabajo — secándose las manos, Christine fue hacia él para tomar una jarra de la puerta de la nevera que él no había visto, impresionado por la abundancia cítrica—. ¿Quiere que le sirva un vaso mientras discutimos qué hacer con este malentendido?

Él no estaba seguro de querer hablar de nada. Todo su mundo era un caos y ahora se sentía como un extraño en su propia casa.

Tal vez fuera a buscar el whisky después de todo.

—¿Se encuentra bien? —Christine le puso un vaso en las manos y cerró la nevera—. Me gustaría poder alejarme de usted y volver al trabajo en cuanto me asegure que cobraré. Me van a pagar todo esto, ¿verdad?

Ella hizo un gesto señalando la casa.

—¿Es que normalmente le pagan por hacer esto? —lo que le sorprendía era que no la metieran en prisión. ¿Estaría intentando ocupar su casa por la fuerza?

Vito tuvo que contener una carcajada al ver que ella estaba considerando su pregunta como si fuera en serio.

—En realidad, a veces no me pagan porque llevo poco tiempo en esto, pero he estudiado horticultura en California con los mejores paisajistas y estoy lista para poner en práctica todo lo que he aprendido en Florida —dijo mientras llenaba un vaso de agua y lo repartía entre las plantas—. Su jardín es mi primer proyecto grande como artista en solitario, pero he trabajado en proyectos mayores con otros diseñadores.

El se apoyó contra los armarios de madera clara, molesto por el modo en que ella hablaba con rodeos, pero lo cierto era que también podía ser culpa de su fatigada mente.

—¿Y por qué la contrató mi tío? ¿Qué es lo que tiene que hacer?

¿Y por qué toda su familia ignoraba el hecho de que él era ahora multimillonario y que podía permitirse contratar a quien quisiera? Sus hermanos no se molestaban en llamarlo cuando había que hacer alguna reparación en la casa y lo pagaban ellos mismos; según Nico y Renzo, Vito ya había aportado bastante a la familia mientras todos eran jóvenes.

—Estoy desarrollando un proyecto paisajístico en su propiedad —ella dejó el vaso y se apoyó contra el botellero que su hermano Renzo construyó hacía mucho tiempo—. Su tío dijo que quería que estuviera precioso para la boda de su sobrina, así que estoy realizando una modificación a gran escala —se detuvo un momento y se mordió el labio inferior—. ¿Sabe algo de esa boda o su tío... su tío está perdiendo la cabeza?

—No está perdiendo la cabeza en absoluto — y si lo estuviera, Vito no se lo diría a una completa extraña. Se preguntó si Giuseppe pretendía de verdad pagar a Christine o le estaba dejando eso a él. Tendría que hablarlo con él cuando llamara—. Probablemente quisiera sorprenderme a mi vuelta. ¿Le habló de que yo volvería mientras usted estuviera trabajando?

—No, que yo recuerde —Christine colocó una rama de

enredadera a lo largo de la encimera con todo el cuidado del mundo —. Créame, algo así no se me hubiera olvidado.

Estaba claro que lo suyo era la jardinería y que se le daban bien las plantas, aunque no quisiera saber nada de escobas o fregonas. Algo en la forma en que tocaba las plantas le hizo preguntarse...

Vito detuvo en seco sus pensamientos y analizó lo que ella acababa de decir. ¿Sería una coincidencia el que su tío hubiera contratado a una joven que, empezaba a darse cuenta, era muy atractiva bajo todas esas manchas? ¿Y sería también accidental el que Giuseppe la hubiera invitado a quedarse en la casa cuando sabía de sobra que él volvería a casa para la boda de su hermana?

Imposible.

—Me temo que tengo que disculparme.

Dejando el vaso de limonada vacío sobre la encimera, Vito pensó que sería mejor ocuparse de aquella extraña situación cuanto antes. El tío Giuseppe, eterno Celestino, ataca de nuevo.

—Mi tío es conocido por ser el cupido de la familia y tengo la impresión de que ha planeado esta situación para que nos encontremos. Una vez contrató a un chico que limpiaba piscinas para mi tía Lorraine, que ni siquiera tenía piscina. Otra vez se dedicó a escribir poemas de amor para que su hermano conquistase a una mujer. Le encanta hacer que la gente se cruce y ver qué pasa. Supongo que, puesto que para mi tío, ya he pasado la edad de casarme, me he convertido en su nuevo objetivo.

—Espere un segundo —Christine frunció el ceño y sus ojos azules se oscurecieron. Cuadró los hombros y sus mejillas se colorearon—. ¿Me está diciendo que su tío me contrató para que tuviera un lío con usted y no por mis cualidades como paisajista?

—Claro que no —su tío se había criado en una cultura que no admitía los «líos», sino el matrimonio, los niños y la familia. Pero Vito no estaba dispuesto a compartir todo eso con aquella diosa de la jardinería que parecía a punto de echar fuego por los ojos.

El caso era que tenía que admitir que sus mejillas sonrojadas estaban llevándolo a pensar en otras formas completamente inapropiadas de hacer que se pusiese colorada.

—Probablemente sólo quería que conociera a mujeres agradables...

—Yo no soy una mujer agradable —la mujer que tan tierna había sido con la hiedra y tan protectora con el coralillo, parecía dispuesta a sacarle los ojos—. Y denunciaré a su tío por romper el contrato si cree que puede lanzarme en brazos de un playboy entrado en años que tiene tan poco contacto con la naturaleza, que

no sabe ni lo que es una semilla.

—Espera un momento —Vito siempre se había preciado de tener más paciencia que sus impulsivos hermanos, que siempre hablaban antes de pensar, pero... ¡aquella mujer lo estaba llamando playboy entrado en años! ¿Y acaso había reflexionado sobre lo que un hombre podía pensar de una mujer que decía de sí misma que no era agradable?

—No creo que sea necesario entrar en la descalificación personal para resolver esto. Sólo intentaba compartir contigo las motivaciones que pudieron guiar a mi tío.

—Bueno, pues puede decirle que no me gusta que contraten por mi trasero en lugar de por mis cualidades profesionales, ¿de acuerdo? Accedí a realizar un trabajo, no a ir a una cita a ciegas.

Y antes de que él pudiera pensar en una respuesta, Christine Chandler se giró y salió por la puerta de la cocina.

Punto final.

Por supuesto, Vito no pudo evitar asomarse por la ventana para observar el trasero en cuestión alejarse, con las caderas subiendo y bajando por el precario caminito hacia la acera. Se sintió algo mal por mirar así cuando ella estaba claramente ofendida, pero, qué demonios, ¿acaso no era una necesidad para el cromosoma Y el mirar?

Abrió la puerta y la siguió al exterior con las hormonas despertando a la vida. En ese momento, se dio cuenta de que ya no se sentía cansado.

Capítulo 2

A Christine no le gustaba para nada la idea de rematar su espectacular salida hundiendo de nuevo las manos en la tierra y poniéndose a trabajar para un tipo que no apreciaba su presencia allí.

Pero ¿qué otra opción tenía? Se detuvo en el camino y miró a su alrededor: en la calle tenía su vieja furgoneta de segunda mano, así que tenía un modo de marcharse de allí, pero poco más. No tenía donde ir, puesto que había dejado su minúsculo apartamento y no se había planteado buscar uno nuevo durante otro mes al menos, el tiempo que tardaría en acabar aquel proyecto, y tampoco tenía ahorros disponibles.

Si se marchaba en aquel momento, podía irse despidiendo de su sueño de poseer su empresa de paisajismo, pues si se quedaba en bancarrota, nadie en su sano juicio volvería a hacerle un préstamo para empezar de nuevo.

Mientras buscaba inspiración en el paisaje que la rodeaba, vio el coralillo con las raíces a medio enterrar, marchitándose bajo el sol de Florida, y se dijo que no podía dejarlo que se muriera sólo para hacer más espectacular su salida.

Tragándose el orgullo, cruzo la tierra levantada que algún día sería un precioso jardín de flores. Mientras ella acababa de enterrar el cepellón y lo regaba bien, no pudo dejar de pensar en el abultado fondo de inversión que su hermano había abierto para ella.

Tenía el dinero necesario para financiar su sueño, pero... no deseaba empezar su negocio con el dinero de que otra persona había ganado. Su hermano mayor, Seth, había trabajado mucho después de que su padre se marchara, y había aprendido gradualmente a invertir en Bolsa. De ese modo había conseguido hacer dinero y había repartido parte de las ganancias con su otro hermano, Jesse, y con ella.

Pero a ella nunca le había gustado la idea de que otra persona hiciera dinero para ella. ¿Qué tipo de satisfacción obtendría al tener su empresa si toda la operación descansara sobre el duro trabajo de Seth y no del suyo?

La respuesta seguía siendo la misma que cuando, seis meses antes, empezó a pelear por empezar. Todo Natural.

Ninguna.

Limpiándose las manos en el chorro de la manguera, Christine se preparó para volver a enfrentarse a Vito Cesare con humildad.

Fingir no era su fuerte.

Pero al incorporarse, vio que él estaba ya frente a ella, vestido con unos pantalones cortos verde oliva y un polo blanco. Llevaba dos vasos de limonada en las manos.

Parecía mucho más accesible en chanclas y tanto el reloj de oro como las gafas de sol habían desaparecido. Le pareció mucho mejor el nuevo Vito y, de hecho, si no hubiera visto su lado «jet-set», casi podría sentirse atraída por él.

Tomando el vaso de limonada que él le ofrecía, Christine decidió que era ella la que necesitaba refrescarse. De ningún modo podía resultarle atractivo el hombre que tenía el futuro de su incipiente negocio en las manos. Era demasiado poco profesional. Demasiado vulgar.

—Iba a ir a buscarlo para disculparme —dijo mientras ponía el vaso helado contra su frente y sentía el alivio del frescor contrastar contra su ardiente cuerpo—. Me pilló desprevenida el hecho de que a su tío no le importara lo más mínimo cómo quedara el jardín. Quise impresionarlo con el mejor proyecto que pude hacer, y no por tener mejor aspecto en pantalón corto que la competencia.

Él bajó los ojos cuando ella mencionó implícitamente sus piernas y Christine se preguntó cuántas mujeres habrían caído víctimas de esa mirada. Pero ella ya había pasado por eso, ya había vivido la humillación pública de haber sido engañada por un profesional.

Se acabó el contenido del vaso de un trago e intentó centrar sus pensamientos en los negocios.

—Lo comprendo mejor de lo que imaginas —él hizo un gesto hacia la casa—. Hay algunas sillas en la parte de atrás, en el patio, si quieres sentarte un momento.

Asintiendo, ella lo siguió, pues aún tenían algunos asuntos que rematar.

—Entonces, ¿sugiere que sabe lo que es ser contratado por su cuerpo en lugar de por su mente, Cesare? —podría contenerse con aquel tipo siempre que mantuviera un tono desenfadado con él.

—Pues la verdad es que sí —dijo, conduciéndola al patio donde ella había estado guardando los sacos de estiércol y donde almacenaba las planchas de musgo con las que cubriría algunas rocas.

Por más que Vito se hubiera vestido de forma mucho más deportiva, Christine seguía sin poder imaginárselo rodeado de fertilizante.

Tomaron asiento en unas sillas de hierro forjado alrededor de una mesa de cristal con una sombrilla. Mientras dejaba su vaso sobre la mesa, Christine se alegró de que el césped no estuviera

completamente levantado en esa zona. Colgado de un árbol, tras el enorme cobertizo, aún había un columpio hecho con un viejo neumático.

—¿Y cómo es que a ti te han juzgado por tu aspecto físico? ¿Es que eres modelo de ropa interior?

—¿Acaso estás sugiriendo que podría tener un futuro como tal?

—Sólo es una idea peregrina —Christine deseó no haber dicho nada, y vació su vaso rápidamente como queriendo apartar rápidamente de su mente las imágenes de Vito en ropa interior. ¿Sería de los de calzoncillos blancos tradicionales o más bien de boxers?

Teniendo en cuenta la ropa de calidad con que lo había visto antes, ella apostaría por los boxers de seda. Pero incluso con los blancos de toda la vida...

—¿Christine?

Sus ensoñaciones de Vito en ropa interior se interrumpieron al oír su voz.

—Lo siento. ¿Qué decías?

—Soy piloto de carreras —el brillo de sus ojos decía que imaginaba lo que ella estaba pensando—. Y a veces la gente apuesta por un conductor u otro según su aspecto físico en lugar de por su habilidad. Es algo que a mí me molesta, y por eso entiendo que estés enfadada al pensar que te han contratado por motivos puramente superficiales. Si te sirve de consuelo, estoy seguro de que él nunca te hubiera contratado si no pensara que puedes hacer un trabajo estupendo en el jardín. Está muy contento con la boda de Giselle.

—¿Participas en carreras? —Christine no tenía ni idea de deportes, y ni siquiera comprendía cómo las carreras de bólidos podían ser consideradas un deporte, pues no tenían nada que ver con ser atlético.

—Soy piloto de Fórmula Uno —al ver su cara de no entender nada, siguió—. La diferencia con NASCAR es que no piloto autos de serie.

—Tampoco conozco eso, pero estoy segura de que estás muy guapo con el traje de piloto — ella había empezado a flirtear con él antes de que él lo hiciera, y así tomó el control de la situación. No tenía sentido mostrarse novata con los hombres, pues sólo conseguiría que volvieran a tomarle el pelo—. Pero volvamos al asunto de mi trabajo aquí. ¿Qué es lo que vamos a hacer?

Él echó un vistazo a su alrededor y se recostó sobre el respaldo de la silla con un suspiro.

—Será mejor que sigas trabajando. No te lo tomes a mal, Christine, pero esto parece el escenario de una catástrofe natural.

—Aún no está terminado —ella no era la persona más ordenada del mundo, aunque no estuviera trabajando, pero podía ver el potencial de ese jardín y tenía la confianza de que estaría precioso cuando acabara—. Además, tenía la impresión de que no habría nadie más que yo en la casa, así que admito que me he relajado un poco en el tema de la limpieza por ese motivo, y por la cantidad de horas que estoy trabajando. No tiene sentido que guarde las herramientas cada noche en el cobertizo cuando las voy a necesitar seis horas después.

—¿Tanto estás trabajando?

—¿Habías visto este jardín últimamente? Estaba hecho una pena. No es que tuviera un aspecto terrible desde el exterior, pero la valoración de cualquier profesional sería que había que empezar de cero. Sólo tener el riego a punto, con tantas plantas trasplantadas, es un trabajo de jornada completa —ella se inclinó hacia delante y puso los codos sobre la mesa—. ¿Pero crees que podré quedarme aquí hasta acabar el trabajo?

Christine dobló las manos hacia dentro para que él no pudiera ver cómo cruzaba los dedos.

—Desde luego. No puedo dejar que la casa esté en este estado cuando llegue mi hermana pequeña. Giuseppe te dijo que tendría que estar acabado para el uno de septiembre, ¿verdad?

—No habrá problema mientras siga trabajando a esta velocidad desenfrenada, lo que significa que no puedo tomarme muchas tardes como ésta —se abanicó la cara con las manos para darse un poco de aire—. También necesito saber si podré quedarme en la casa para trabajar la mayor cantidad de tiempo posible. ¿Tiene algún familiar con el que pueda quedarse unas semanas mientras yo trabajo aquí? Tal vez con Giuseppe, puesto que fue él quien me aseguró que podría estar en la casa las veinticuatro horas.

—Eso puede ser un problema —Vito vació su vaso de limonada de un trago y una gota de condensación cayó a su cuello, por debajo del polo, atrayendo hacia ese punto de piel morena los ojos de Christine.

Ella parpadeó rápidamente antes de que volviera la fantasía de Vito en ropa interior.

—¿Por qué? Si no puedes quedarte con tu tío, tal vez encuentres un hotel de moda para quedarte mientras estés aquí. ¿No se supone que los pilotos de carreras están forrados de dinero?

—No, pero no es por el dinero, sino más bien por una cuestión

de comodidad. Me gusta estar en mi casa mientras estoy en Estados Unidos. Yo crecí aquí, así que es... es mi hogar —él la miró y sus ojos de avellana parecieron tensos a pesar de su tono relajado.

Christine tenía la impresión de que él no cambiaría de opinión al respecto.

—Pues no podemos quedarnos aquí los dos —¿qué esperaba él que hiciera? ¿Que plantara la tienda de campaña en medio del jardín y viviera allí todo un mes?

—¿Por qué no?

Por un momento Christine pensó que él de verdad quería que ella durmiera en la tienda, hasta que se dio cuenta de que no había dicho eso en voz alta.

—Quieres decir... ¿Los dos en la casa?

—Antes de que mis padres murieran, vivimos aquí siete personas. Después fuimos cinco chicos, la mayoría adolescentes, así que podremos apañárnoslas los dos —sonrió—. No me parece que ocupes demasiado.

¿Estaba comprendiendo bien lo que decía aquel hombre?

—Lo siento, debo haberme confundido, pero hubiera jurado que sugerías que aceptara a ciegas que no eres un psicópata y que debo compartir casa con un completo extraño.

Su sonrisa se desvaneció.

—Tienes razón. Si mi hermana hubiera aceptado algo así... dejémoslo en que me enfadaría mucho.

—¿Ves? —demonios, ¿por qué había aparecido para estropear todos sus planes? Necesitaba aquel trabajo y necesitaba llegar a un acuerdo con él.

—Si convences a Giuseppe para que se encargue de la factura, podría alojarme en un hotel y hacer el viaje de ida y vuelta todos los días, aunque no me gusta conducir cuando estoy cansada —y para cuando acababa una jornada de duro trabajo físico, estaba tan agotada, que se le cerraban los ojos. ¿Y si por conseguir sacar su negocio adelante acababa estrellando su vieja furgoneta contra un poste de teléfonos por quedarse dormida al volante?

—No, trabajas demasiado. ¿No tienes algún empleado o socio que te pueda ayudar en este trabajo?

¿Cómo iba a poder permitirse pagar a nadie cuando apenas podía mantenerse a flote ella sola? Pero, claro, no iba a decirle eso a él.

—El precio que le he dado a tu tío es bajísimo y no tengo presupuesto para pagar a nadie más.

—Pero yo puedo subir la oferta —parecía dispuesto a sacar la

chequera allí mismo.

Christine no quería verse atrapada si la discusión seguía por esos derroteros.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero no intento sacarte más dinero. Sólo quiero cumplir con mi parte del trato que hice con tu tío —no era culpa suya que el hombre tuviera otros motivos que no eran la jardinería cuando la contrató.

—De acuerdo. A ver qué te parece esto: traeré a algunos vecinos que avalen que soy una buena persona. Además, puedo dejarte mis datos personales para que investigues.

Vito tenía que admitir que respetaba a las mujeres que cuidaban de sí mismas. ¿Cómo podía haberle sugerido que se quedara en la misma casa con él si no lo conocía de nada? Ni siquiera había reconocido su nombre, así que estaba claro que no sabía nada de él.

—¿Qué te has creído que soy? ¿Detective privado? No quiero datos ni nada parecido —Christine hizo un gesto de rechazo con la mano.

Vito la observó igual que observaba cada circuito antes de la carrera, fijándose en el asfalto, en cada curva que pudiera tener alguna complicación. Ella era más fuerte de lo que parecía con su fino pelo castaño por debajo de la barbilla y su corta estatura. A pesar de sus rasgos delicados y su rostro con forma de corazón, ella trabajaba duro en un trabajo muy exigente físicamente.

Y también era muy sarcástica.

—Ya me doy cuenta de que no eres detective, pero a lo mejor tienes algún amigo policía, o puedes buscarme en internet para asegurarte de que no tengo condenas pendientes por secuestro de paisajistas confiadas —ya le había dicho a su hermana Giselle mil veces por lo menos que no podía fiarse de nadie a día de hoy—. ¿Tienes familiares en la zona? ¿Alguien que esté pendiente de ti mientras trabajas?

¿Alguien que se asegurase de que llegaba a casa bien todos los días? Por motivos de trabajo, ella debía tener que encontrarse con muchos extraños.

Ella frunció el ceño e hizo una mueca.

—Supongo que tu trabajo es mucho más peligroso que el mío y, desde luego, no necesito que mi familia me ayude a sacar adelante mi empresa.

Parecía que había sacado un tema delicado y Vito se apuntó mentalmente que tenía que volver a sacarlo más adelante.

Un momento. Acababa de planear una charla personal con Christine Chandler, jardinera cabezota con unas piernas de lo más

tentadoras.

Mala idea, teniendo en cuenta el poco tiempo que pasaría en Estados Unidos y su estricto código ético. Se tomaba muy en serio lo de no tener relaciones con mujeres que no buscaran el mismo tipo de relación que él. Y casi daba por seguro que aquella mujer que se dedicaba a hacer que las cosas echaran raíces, no tendría como ideal romántico una aventura fugaz.

Tenía que dejar de pensar en lo sensuales que eran sus piernas y el contraste entre su delicadeza profesional y su dureza personal.

—¿Entonces qué sugieres? —preguntó él, sintiendo un opresivo calor que le impedía pensar.

—Esta casa es muy grande —admitió ella—, y tampoco pienso pasar mucho tiempo dentro.

Vito estuvo a punto de caerse de la silla. Ella había negociado con dureza sobre el tema de la casa hasta entonces... ¿Acaso se estaba echando atrás? Independientemente de lo que ella dijera acerca de no querer sacarle más dinero, Vito se aseguraría de que Giuseppe le diera un extra por todas las horas extraordinarias y por la molestia de que él hubiera aparecido por allí. Era una justa compensación.

Pero, dada su naturaleza independiente y puntillosa, Vito se aseguraría de que diera la impresión de que ese extra procedía de su tío.

—Tengo mucho que hacer mientras esté aquí —mintió él, seguro de que encontraría algo que lo mantuviera ocupado para no molestarla en su trabajo, cosa que era, estaba claro, muy importante para ella. Tenía unos programas de videojuegos que llevaba años intentando desarrollar, así que podría entretenerse con eso.

A pesar de su estricto código ético sobre las citas, su instinto masculino le recordó que Christine era una de las mujeres más intrigantes a las que había conocido nunca. Después de las artificiosas muñecas Barbie que se había encontrado en su mundo, no podía dejar de apreciar la naturalidad de Christine, que parecía tan real, tan de verdad.

—De acuerdo —ella asintió con brusquedad y se puso en pie, dejando las caderas al nivel de la mirada de Vito—. ¿Qué te parece si vamos a ver a tus vecinos ahora? Si pueden asegurar que en realidad eres el propietario de esta casa y, a su buen entender, un buen chico, volveré al trabajo y simplemente intentaremos no molestarnos el uno al otro en la casa.

Ni la emoción de ver un hueco para adelantar podía compararse con la inesperada descarga de adrenalina que desencadenó su

declaración. Probablemente él habría dormido más cerca de desconocidos en algunos hoteles de lo que dormiría de Christine en la espaciosa casa, pero eso no detuvo su excitación adolescente.

¿Y si ella salía de la ducha sólo con una toalla? ¿O si olvidaba ponerse la bata cuando saliera a buscar algo que comer por la noche? Las posibilidades eran infinitas. Y Vito no podía creer que todas aquellas inocentes posibilidades le resultaran más interesantes que acostarse con alguna modelo europea o con alguna rica heredera sudamericana.

Conteniendo con dificultad la sonrisa, Vito se puso en pie y se recordó a sí mismo que era un caballero.

Maldición.

—Trato hecho —colocó en su sitio las sillas de hierro y rodeó una montaña de bolsas de una extraña sustancia llamada «musgo sphagnum—. ¿Por qué no vamos a ver a la señora Kowolski? —dijo señalando la casa de enfrente. Sabía que sus vecinos sólo tendrían buenas palabras para él—. Espero que tengas hambre porque no he estado ni una vez en su casa sin que ella me obligara a comer algo —dijo, puesto que la mujer llevaba un negocio de catering y rara vez dejaba su cocina.

Le ofreció el brazo a Christine, dispuesto a ser caballeroso, pensando que esa actitud lo beneficiaría, pero ella lo ignoró y bajó los dos escalones del patio de un salto.

—Genial porque estoy muerta de hambre.

Christine ya caminaba por delante de él sobre el césped levantado con agilidad mientras Vito se decía que las mujeres estadounidenses debían ser diferentes a todas las demás.

Independientes, algo tozudas tal vez, pero muy, muy sexys.

Su apetito había hecho acto de presencia, y algo le decía que las galletas de Mary Jo Kowolski no ayudarían a satisfacer el hambre que sentía.

Capítulo 3

Atrapada en la cocina de Mary Jo Kowolski una hora después, Christine empezaba a preguntarse si podría acabar de trasplantar el resto de los coralillos antes de que cayera el sol. De algún modo había caído en una inmensa campaña de relaciones públicas a favor de Vito y Mary Jo no paraba de contar una historia tras otra de su juventud mientras le rellenaba la taza de té de frambuesa.

—¿Y la vez que organizaste esa carrera de coches para los niños del barrio? ¿Te lo ha contado, Christine? —de carrillos llenos y sonrosados, Mary Jo debía rondar los sesenta, pero la camiseta roja que llevaba y la precisión con que controlaba las diez cosas distintas que estaba cocinando a la vez, la hacía parecer más joven.

—Señora Kowolski, Christine y yo apenas nos conocemos —le recordó Vito, tomando una galleta de limón de la bandeja que la mujer acababa de sacar del horno. Empezó a pasarse la galleta de una mano a otra y Christine imaginó que se trataría de un ritual destinado a enfriarla—. Creo que tenemos que marcharnos para que Christine pueda....

—Ni uno de los chicos Cesare me llama ya Mary Jo. ¿Te lo puedes creer? Me hace sentir como si tuviera cien años —Mary Jo saludó a una mujer que paseaba con un perrito frente a su casa por la ventana y le pasó un plato a Vito para su galleta—. De cualquier modo, Vito es el más callado de todos sus hermanos, que hablan sin parar.

Christine pensó que eso ya era decir demasiado, pues Mary Jo era muy charlatana.

—Pero ya decía en serio lo de ser piloto de carreras desde que empezó a andar —siguió la mujer, sin parar de faenar en su cocina, decorada con muchas vacas y lecheras pintadas—. Y tenía unos doce años cuando llenó todo el barrió de carteles anunciando su carrera. Cobró una pequeña entrada y usó el dinero para comprar los trofeos. Hasta los policías del barrio se pasaron para vigilar la carrera —sonrió May Jo.

—¿Y ganó? —Christine mordisqueó su salchicha envuelta en bacón y decidió que ser cocinera era mucho mejor que paisajista. En ese momento miró a Vito, que llevaba un rato sonriéndole como si quisiera disculparse, y éste había dejado caer la cabeza.

—Oh, no —Mary Jo encendió una batidora eléctrica y, ante el ruido que hacía, simplemente levantó la voz—. Ganaron ampliamente los chicos de los Baker, pero todos los chicos se lo pasaron tan bien que convirtieron la carrera en un evento anual que

repitieron los cuatro años siguientes. Después de eso, Vito nunca volvió a perder —le dio unos golpecitos a Vito en la mejilla, como si aún tuviera diez años, y apagó la batidora—. Me alegro de que hayas vuelto a casa. Y también me alegro de que tengamos un par de meses para convencerte de que te quedes para siempre. Estoy deseando que llegue ya la boda de tu hermana.

Vito se levantó del taburete en el que estaba sentado.

—Será estupendo volver a estar todos juntos. No pude quedarme mucho tiempo después de la boda de Renzo esta primavera, así que estará bien tener un poco más de tiempo para ver a los amigos esta vez.

Christine se acabó el té y se pasó la lengua por los labios al tiempo que se levantaba, preguntándose si podría encontrar alguna excusa para pasar a ver a Mary Jo alguna otra vez. Lo que solía comer ella mientras trabajaba estaba más en la línea de los sandwiches de mantequilla de cacahuete con gelatina de uva.

—Estoy deseando conocer al hombre que por fin aprobaste para tu hermana —le dijo Mary Jo a Vito con un guiño—. ¿Le has contado a Christine lo de la vez que seguiste a Giselle al baile de graduación y te escondiste entre los arbustos cuando ella llegó con su acompañante?

—Esa historia se sacó de quicio —Vito fue hacia la puerta como si quisiera huir de allí, pero Christine se quedó fija donde estaba, deseando oír el final de esa historia.

—Al parecer, se olvidó de contarme eso. ¿Puedo tomar una galleta, Mary Jo? —después de las salchichas, estaba deseando tomar algo dulce, y la cocina olía tan bien a limón...

—Claro, cariño. Siempre hago muchísimas — dijo, poniendo unas cuantas galletas en un plato—. Te prepararé unas cuantas para que te las lleves a casa mientras te cuento lo que pasó.

Christine tomó una de las galletas calientes mientras oía a Vito gruñir tras ella. Empezaba a tener dificultades para conciliar la primera imagen que había tenido de él, el señor elegante, con traje europeo y reloj de oro, con la persona de la que Mary Jo Kowolski estaba hablando.

—Bueno a ninguno de los chicos Cesare les gustaba que su hermanita tuviera citas. No sabría decirte cuántos chicos se acercaron a la casa cuando Giselle cumplió los dieciséis años, pero sus hermanos los echaban a todos de allí porque ninguno era lo suficientemente bueno para ella, según su opinión.

—Señora K, eso no es totalmente cierto...

Mary Jo levantó un dedo y Vito sonrió.

—Has tenido tu oportunidad de contar la historia y no la has aprovechado, así que ahora es mi turno.

Christine se preguntó si alguien sería capaz de contradecir a la señora Kowolski.

—Bueno, el caso es que a todos nos sorprendió que Billy Spears le pidiera a Giselle que le acompañara a la fiesta y ella dijera que sí. Yo tenía mis dudas sobre si Giselle conseguiría salir de casa esa noche, pero al final lo hizo. La vi salir desde esta cocina mientras acababa el pastel de bodas de unos amigos.

Christine comprendía lo duro que era tener hermanos sobreprotectores todo el rato pendientes de una. Ella había crecido con dos, siempre decididos a mantenerla a salvo en todo momento, sobre todo después de que su padre se marchara, y eso significaba que siempre asustaban a posibles novios.

Era lógico que se pusiera automáticamente del lado de Giselle y Billy.

—Y después, ¿qué es lo que veo? —Mary Jo apuntó a la casa de los Cesare, frente a la suya—. A Vito, Nico y Renzo que se meten todos en el coche y salen detrás de su hermana.

—Íbamos a una fiesta —apunto Vito—. Marco y Giselle habían salido, así que pensamos que también nosotros podíamos ir a divertirnos, así que no estábamos siguiéndola.

Mary Jo sonrió al tiempo que movía la cabeza, como si no creyese ni una palabra.

—Bueno, Vito y sus hermanos llegaron unos minutos después de que Giselle hubiera aparcado frente a la casa con su acompañante y...

—Sabíamos a qué hora tenía que llegar ella, y llegamos con un poco de retraso —explicó Vito, interrumpiendo a Mary Jo.

Ella se detuvo un momento en el proceso de colocar montones de masa encima de las bandejas de horno para hacer galletas y siguió con la historia.

—Y cuando encontró a su hermana tonteando con su acompañante en el coche, probablemente le quitó a Billy diez años de vida del susto que le dio al sacarlo personalmente del coche.

Vito sacudió la cabeza, como si aún siguiera disgustado con el incidente, que había ocurrido al menos hace diez años.

—Ese tipo estaba encima de mi hermana, que sólo tenía dieciséis años, e iba directo a la primera base. Y eso en frente de mi casa, nada menos. Para mí fue un orgullo llevar aquel asunto sin que hubiera derramamiento de sangre.

Pensando que ya debía de haber atormentado bastante a Vito al

hacerle recordar aquello, Christine tomó las galletas que la señora Kowolski le había preparado y fue hacia la puerta.

—En otras palabras, que se tomaba su papel de protector muy en serio.

—Creo que aún lo hace —dijo la mujer, con un guiño.

Christine deseó que él no tuviera la impresión de que ella necesitaba un caballero andante. Se marchó de casa en cuanto cumplió los dieciocho años y sabía cuidar de sí misma y aprender de sus propios errores.

Errores que había cometido de forma espectacular últimamente. Se había creído muy lista al conocer a Rafe por internet antes de dejarse enamorar por sus notas románticas y sus poemas. Pero al menos, no se había metido en la cama con él a la mínima.

Pero lo cierto era que hubiera estado mucho mejor teniendo una aventura que prometiéndose con un hombre que ya estaba casado y tenía a otras como ella haciendo cola.

—Gracias por las galletas, señora K —dijo ella, saliendo a la calle.

Estaba atardeciendo.

—Encantada de conocerte, cariño —dijo la mujer antes de que cerraran la puerta—. Vuelve cuando quieras.

—Lo siento —dijo Vito cuando llegaron a la calle—. No esperaba pasar tanto tiempo con ella, pero es una señora encantadora, aunque le encante sacar a la luz todos mis secretos.

—Seguro que esos no son todos tus secretos —Christine tomó una bocanada de aire fresco. Si no fuera porque ella tenía las cosas muy claras, aquella tarde con Vito podía haberle parecido una cita...

¿Pero en qué estaba pensando? Ya no era una romántica con la cabeza a pájaros.

—Apuesto a que tu vida en el extranjero es mucho más excitante, y secreta, que la que has tenido aquí.

Cielos, eso parecía una invitación. Christine se regañó a sí misma y se recordó dónde le habían llevado sus pensamientos románticos la última vez, así que decidió volver a su duro trabajo físico antes de empezar a pensar en otros esfuerzos físicos que podría realizar con el guapísimo Vito.

Y volviendo la vista al jardín con aspecto de campo de minas, se prometió a sí misma que apartaría de su cabeza a Vito y todas las sensuales fantasías de su cabeza lo antes posible.

Vito miró a Christine a la suave luz del atardecer y se preguntó cuántas más viejas historias contadas por sus vecinos tendría que

sufrir antes de poder volver a casa.

Con ella.

—Me niego a contestar a eso hasta que no me hables de ti —de hecho, ella no dejaba de intrigarlo. Su esbelta figura a pesar de su sano apetito era la más reciente de las contradicciones que había descubierto en ella.

—Tú ya conoces todos mis trapos sucios, y lo único que sé yo de ti es que tienes tu propia empresa y que no te gusta la gente que toca los pétalos de tus flores.

No tenía ni idea de cómo le había salido la última parte. Tenía la impresión de que no debía tontear con ella si quería convencerla de que podían compartir la casa sin problemas durante mes y medio.

Pero ella no se puso roja en absoluto. En su lugar, se puso la caja con las galletas bajo el brazo y lo miró directamente a la cara, en un gesto muy profesional.

—De acuerdo. Soy de Tampa, pero fui a la universidad en Los Ángeles. Quería poner distancia con los superprotectores hombres de mi familia. Pero estoy de nuevo en el mismo estado que mis hermanos mayores, y estoy decidida a montar mi negocio de forma independiente, sin la ayuda de nadie, ni financiera ni de ningún otro tipo.

¿Era su imaginación o había un punto de advertencia en su tono de voz? ¿Y cómo podía ser tan puntillosa siendo tan joven? No podía tener más de veinticinco.

Ella saludó a una niña que pasaba en bici por la calle antes de retomar su historia.

—En mi plan a cinco años vista, Todo Natural se convertirá en un éxito personal, y en diez años podré abrir sucursales en otras ciudades de Florida. O tal vez abra un vivero de plantas especiales y raras. No salgo mucho con hombres porque trabajo mucho y paso la mayor parte de mis horas de vigilia con tierra bajo las uñas.

A él le resultó interesante que ella mencionara el tema de los hombres. Sin duda, otra advertencia.

—Sólo por curiosidad, ¿entran los hombres en tu plan a cinco años?

—Los hombres no entran en mi plan ni a largo plazo a no ser que me sienta muy sola. Y ni siquiera en ese caso... Bueno, digamos que no me llama demasiado el asunto —miró a su alrededor y siguió—. Y creo que con eso ya estamos empatados, ¿no? Tengo que acabar de hacer unas cosas en el jardín antes de que caiga la noche del todo.

Vito dejó el tema por el momento, pero estaba decidido a

sacarlo de nuevo más adelante. Su declaración lo sorprendió, porque él la había considerado más bien una chica conservadora y hogareña, con un don para las plantas.

Pero tenía que admitirlo: su opinión contraria a las relaciones abría un montón de posibilidades de lo más intrigantes para aquel verano.

—¿Quieres que vayamos a ver a más vecinos?

Vito había visto a la señora Hollenbeck paseando a su perro por la acera hacía un rato. Sabía que ella sólo tendría buenas palabras sobre él, aparte de la vez que se quedó al cargo de su perro y le dio pizza de comer... ¿cómo iba a saber él que Fluffy tenía alergia al gluten?

—¿Lo dices en broma? Mary Jo Kowolski ya me ha contado toda tu historia —Christine fue corriendo hacia el jardín, saltando ágilmente sobre los montones de tierra con sus botas—. Estoy segura de que no es posible que seas un psicópata sin que ella sepa todos los detalles. Y si tienes un lado oculto terrible, tampoco creo que me lo mostraras porque te arriesgarías a quedarte sin las mejores galletas de toda Florida.

Dejando la caja de galletas en la parte de atrás de su furgoneta aparcada bajo el techado, se agachó para recoger algunas herramientas que aún estaban desperdigadas por el terreno.

Vito fue a encender unas luces exteriores y después la siguió por el jardín, disfrutando de la vista desde atrás.

—La gente de este barrio es bastante agradable. Todos se portaron muy bien con nosotros cuando nuestros padres murieron. La señora Kowolski nos dio de comer una semana hasta que Giselle decidió que se quería encargar ella de la cocina. También a Nico empezó a dársele bien, pero a Renzo y a mí... éramos un caso perdido. Si no hubiera sido por los otros, habríamos subsistido a base de cereales de desayuno.

Los logros de Giselle como cocinera y chef eran normalmente un tema de conversación neutral, pero Vito no quería agobiar a su huésped en su primer día en la ciudad. Probablemente ella ya supiera más de los Cesare de lo que quisiera saber.

—¿Cómo puedo ayudar? —tomó una pala de sus manos, puesto que ella ya estaba demasiado cargada.

—No necesito ayuda —ella sonrió abiertamente antes de abrir la puerta del cobertizo que el hermano de Vito había construido para su afición a la carpintería—. Y también puedo llevar la pala, así que no sientas que tienes que quedarte conmigo si tienes otras cosas que hacer. Probablemente estaré ocupada unas cuantas horas más aún.

—¿No estás recogiendo? —de algún modo, él se había hecho a la idea de que los dos entrarían en casa juntos. Que hablarían, que pasarían tiempo juntos. Demonios, no sabía qué tenía en la cabeza.

Sabía perfectamente que era demasiado pronto para actuar.

—No, sólo estoy ordenando esto un poco para que esto no tenga el aspecto de una zona de conflicto bélico mientras estás tú aquí. También recogeré y limpiaré dentro de casa antes de irme a dormir, y siento lo de las plantas en la pila de la cocina, pero puedo garantizarte que no tienen bichos.

—No es problema —especialmente cuando siempre llamaba a alguien para que se encargara de limpiar la casa mientras él estaba allí. ¿De qué le servía ganar todo ese dinero con las carreras si no podía permitirse algún lujo? Y más después de haber pasado tantas penurias para enviar a sus hermanos y a Giselle a la universidad—. Christine, deja que te ayude esta noche, puesto que te he arruinado la jornada al presentarme de improvisto.

Christine dio la luz del cobertizo para dejar las herramientas sobre una de las muchas baldas que cubrían las paredes.

—Mira, no pretendo ser desagradable, Vito, y me lo he pasado sorprendentemente bien hoy contigo, teniendo en cuenta que eres algo así como un playboy europeo. Pero me cuesta mucho aceptar ayuda y me siento muy posesiva con respecto a este proyecto, así que si no te importa...

—Quieres que te deje en paz —él dejó la pala apoyada contra la pared de madera. Christine le había dado numerosas advertencias al respecto de la independencia, así que él no se sorprendió. Lo que sí le sorprendió fue el sentimiento de desencanto—. De acuerdo. Sólo quería asegurarme de que las cosas estaban bien entre nosotros antes de entrar.

—Muy bien —repuso ella, sin mirarlo a los ojos, colocando las herramientas.

Lo malo era que él también se sentía muy bien en ese momento... verla caminar por el jardín, sus sinuosas caderas siempre en movimiento, había tenido una reacción muy concreta en él.

—De acuerdo —él no había pretendido acercarse a ella, pero el caso es que lo hizo. Sólo un momento—. Porque no quiero que las cosas no estén bien entre nosotros si tienes que dormir bajo el mismo techo que yo.

Ella parpadeó, sus cuerpos muy juntos, el arco rosado de sus labios separándose de repente y formando un círculo de sorpresa.

Él se planteó aprovechar su gesto y probar sus besos de limón y

azúcar, y poner así fin a la mezcla de atracción y extrañeza que había entre ellos, pero dadas las barreras y advertencias que ella se había molestado en señalar, Vito pensó que sería mejor dejarlo por aquella vez.

Guardaría el beso para cuando ninguno de los dos tuviera motivos para detenerse.

—Buenas noches, Christine —dijo, apartándose de ella y de la cruda tentación que suponía su moreno y delgado cuerpo—. Que tengas dulces sueños.

Y por primera vez en mucho tiempo, supo que los suyos sí lo serían.

Capítulo 4

Dos semanas más tarde, Christine seguía maldiciendo la insistencia de Vito Cesare en que tuviera dulces sueños.

Descansando en el viejo neumático que hacía las veces de columpio del jardín después de otro largo día de trabajo, se quedó mirando la casa donde Vito trabajaba con su ordenador y deseó poder dormir del tirón para variar. Había estado teniendo tantos sueños agradables y confusos a la vez con él, que temía irse a dormir por las tramas que su romántico subconsciente pudiera desarrollar cuando ella no podía controlarlo.

Abrazada a la rueda, apoyó la barbilla sobre las manos y empezó a balancear el columpio. Le dolían todos los músculos del día que había pasado cavando, instalando el nuevo suelo del patio y las losas que componían los caminos del jardín. Además, había definido los cimientos para los jardines tropicales independientes que crearía dentro del terreno.

Pero a pesar de su agotamiento, no podía evitar tener fantasías con el hombre con el que llevaba compartiendo casa casi dos semanas. Él había sido un perfecto caballero desde la primera noche, cuando la ayudó a guardar las herramientas. Christine se quedó entonces un poco sorprendida por su repentina cercanía, y habría jurado que él estuvo a punto de besarla. Y después... nada.

Le recordó que tuviera felices sueños y se metió en su habitación. Después de eso, había estado fuera de la casa un día tras otro mientras ella trabajaba de sol a sol creando el jardín que había ideado con Giuseppe Donzinetti.

Se había acostumbrado a trabajar hasta tarde cada noche, no sólo porque tenía mucho que hacer, sino porque esperaba soñar menos con él si no se lo cruzaba por el pasillo antes de meterse en la cama. Había decidido lavarse en la encantadora ducha exterior que encontró en la parte trasera del jardín, tras el edificio. Era una preciosa cabina de madera que seguramente había sido construida por el hermano al que le gustaba la carpintería.

De ese modo, no sólo evitaba encontrarse con Vito, sino que disfrutaba duchándose bajo las estrellas, poniéndose la ropa limpia después y entrando en la casa cuando Vito ya estaba dormido. Pero esa noche estaba demasiado cansada hasta para meterse en la cama.

Una cálida brisa movió su húmedo cabello mientras observaba la casa a oscuras buscando algún signo de vida. Era sólo media noche, pero había notado que Vito estaba a menudo despierto hasta la una o las dos. Se ausentaba de la casa durante casi todo el día, y volvía

a las siete u ocho, para invitarla a cenar la mayoría de las noches.

Ella siempre se había negado, excepto el día que llevó unas bolsas de comida y se las dejó sobre la mesa de picnic. Teniendo en cuenta que su idea de comida para llevar había sido camarones y jambalaya de un conocido restaurante local de especialidades sureñas, no había podido negarse. Pero incluso ese día, la había dejado comer en paz.

Todo eso había sido muy caballeroso, pero si tenía que ser sincera consigo misma, casi estaba decepcionada.

¿Acaso había soñado la atracción mutua del primer día? ¿La química que había notado había sido sólo cosa de ella y su mente retorcida?

Bostezando y estirándose, se dijo a sí misma que era hora de dejar de darle vueltas a la cabeza y entrar en casa para poder dormir un poco. Pero, si cerraba los ojos allí, un poco más lejos de donde dormía Vito, tal vez pudiera dormir un poco sin verse interrumpida por sueños llenos de pasión. Seguro que ni su romántico subconsciente podría torturarla con sensuales visiones mientras estaba sentada en un neumático.

Después de dos semanas tal vez pudiera dormir unas horas sin que el protagonista de sus sueños fuera Vito Cesare llevando nada más que unos guantes de jardinería y una sonrisa traviesa.

Sintiendo que sus pies se hundían en la blanda tierra bajo las chanclas, Vito salió al jardín a las dos de la mañana y encontró a Christine dormida en el viejo columpio, con la barbilla apoyada sobre las manos. Se quedó mirándola, preguntándose en qué estaría soñando. La despertaría en un segundo y se la llevaría a la cama para que pudiera dormir, pero mientras, disfrutaría de la experiencia única de verla descansar.

¿Estaría pensando también en coralillos y losas para el patio mientras dormía? Cuando estaba despierta, parecía hablar sólo de plantas y de decoración paisajística. Las pocas veces que había conseguido conversar con ella en las dos últimas semanas, había redirigido rápidamente la conversación a sus horarios de riego y a la composición de minerales del terreno.

Sólo trabajo.

Vito estudió su rostro bañado por la luz de la luna. Le pasó el pulgar por la mejilla y se dijo que le estaba apartando un mechón de pelo de la cara y no comprobando la suavidad de su piel. Aunque, si se hubiera fijado en eso, habría tenido que admitir que su cutis era aún más suave de lo que había imaginado. Más delicado.

Pensando en el mejor modo de despertarla, Vito le apartó un grueso mechón de pelo castaño de la cara, exponiendo toda su mejilla a la luz, junto con sus tentadores labios rosados.

Había tratado de darle espacio desde la primera noche, cuando ella marcó las fronteras de un modo tan firme como si construyera un muro de piedra a su alrededor. Esperaba que con el tiempo podrían acercarse más, y la chispa que había entre ellos se desarrollara en algo que ni ella pudiera ignorar. Pero o ella estaba demasiado cansada como para mirarlo dos veces, o lo evitaba conscientemente. No sabía cuál de las dos cosas.

Puesto que los invitados de la boda que vivían fuera de la ciudad empezarían a llegar en una semana, Vito sabía que no tenía mucho tiempo para dar el primer paso. Si quería atraer a Christine, no podía quedarse sentado y seguir esperando a que sus fronteras se derribaran.

Esa noche sería la última vuelta de los entrenamientos y, al día siguiente, empezaría la carrera de verdad cuya meta sería romper sus barreras.

—¿Christine? —le puso una mano en el hombro, pensando si debería simplemente tomarla en brazos y llevarla a la cama. Tenía que estar muerta después de la cantidad de horas que había trabajado toda la semana.

Pero tampoco quería arriesgarse a asustarla.

—¿Christine? —repitió en voz un poco más fuerte, poniéndole un brazo alrededor de la cintura para probar su reacción.

—Vito —murmuró ella entre sueños, alargando la palabra como si estuviera saboreándola.

—Su nombre nunca había sonado más provocativo. Y, a pesar de que ella parecía seguir profundamente dormida, con la barbilla apoyada sobre el dorso de la mano que tenía sobre la rueda, Vito se sintió repentinamente muy, pero que muy despierto.

Maldición.

Como no quería seguir atormentándose a sí mismo más tiempo, simplemente la levantó en brazos. La cabeza de Christine se balanceó hasta apoyarse en su hombro como si fuera la de una muñeca de trapo, y se abrazó a su cuello inconscientemente. Todo su cuerpo pareció ajustarse al de él, la cadera contra la cintura de él y los pechos contra su torso.

Al notar cómo su cuerpo respondía ante el de ella, Vito no supo decir si la idea de llevarla en brazos había sido buena, o una tremenda estupidez. Tal vez ella durmiera mejor una vez él la dejara en la cama, pero él sabía de sobra que esa noche no sería de

descanso exactamente para él.

Abrió con el pie la puerta que daba al comedor y de ahí Vito la llevó a oscuras hasta la habitación de Nico. Su hermano, ex jugador de la liga profesional de hockey sobre hielo y comprometido con la directora del mejor complejo vacacional de South Beach, vivía ahora en Palm Island con su futura esposa. En la habitación aún quedaban muchas de sus cosas, sus pósters, el disco firmado del primer partido profesional al que había asistido y algunos otros recuerdos, pero por lo demás, la habitación era puramente Christine.

A la luz del pasillo, Vito pudo ver que había ropa suya por todas partes menos en su maleta. Había un montón de ropa interior de algodón multicolor sobre la silla del escritorio y en la estantería había camisetas y pantalones cortos. Un camisón rosa de tirantes descansaba sobre la cama, probablemente en la misma posición que cayó cuando ella se lo quitó esa mañana.

La imagen no ayudó a calmar sus ya alterados nervios.

Aun siendo consciente de que lo más inteligente sería dejarla sobre la cama y marcharse, Vito no pudo evitar pensar que dormiría más cómoda sin zapatos. Después pensó que tal vez ella no le agradeciera que le quitara ni una prenda de ropa.

—¿Vito? —la voz lo sorprendió en el momento en que su mente empezaba a acariciar la idea de desnudarla.

—¿Sí? —él se giró para mirarla a la cara y vio que ella se había incorporado ligeramente y se había apartado un poco de él.

—¿Qué ha ocurrido? —parpadeó unas cuantas veces, como para aclarar la vista.

Maldición, esperaba que no se le aclarase demasiado, porque podía sorprenderse de lo que viera en él. ¿Cómo iba a llevarla en brazos hasta la cama y no excitarse? Rindiéndose a la evidencia, decidió intentar ganar tiempo hablando.

—Te quedaste dormida en el columpio, así que te he traído dentro. Me dio la impresión de que no podías estar muy cómoda ahí fuera.

Christine se sentó en el borde del colchón, alejándose un poco más de él.

—Ha sido muy amable por tu parte, pero probablemente deba irme a la cama.

Él reconoció sin problemas la indirecta para que se marchara. ¿Es que tenía que mencionar la cama cuando estaba a punto de retomar el control sobre su propio cuerpo?

Tranquilo, chico.

—Has trabajado mucho hoy —le dijo. Se recordó a sí mismo que era un hombre de treinta y cinco años, no un adolescente. Tenía que ser capaz de hacer aquello, maldición.

Mientras no pensara en ella desnuda...

—Recuerdo haberme dicho a mí misma que cerraría los ojos unos minutos, y después... — miró el despertador que había sobre la mesilla—. He acabado durmiendo dos horas seguidas.

Su voz tenía un tono rasposo y adormilado que le hizo a Vito desear quedarse en la cama todo el día.

Una imagen que no lo ayudaba nada en su situación actual.

Miró a su alrededor buscando ayuda desesperadamente, y se encontró con el póster con la foto de su hermano del año que debutó el la liga profesional. La fea mueca de Nico y su nariz, rota y recompuesta mil veces, hicieron efecto más rápidamente que una ducha de agua fría.

Vito, sentado también en la cama, se puso en pie, agradeciendo la ayuda.

—Entonces será mejor que me vaya. Buenas noches, Christine.

Al salir del cuarto, Vito se dijo a sí mismo que tendría que mantenerse alejado, puesto que no era capaz de mantenerse sereno cerca de ella. No volvería a poner un pie en la habitación a no ser que fuera para caer en la cama con la sexy diosa de los jardines que había ocupado sus pensamientos.

Aunque tendría que asegurarse primero de quitar de la pared algunos pósters.

A la mañana siguiente, Christine dudaba si saltar desde la ventana de su cuarto al jardín por no tener que encontrase a Vito antes de empezar a trabajar.

Pero eso no parecía un gesto muy maduro, y además, podía hacerla pasar por una asustadiza frente a Vito, que se daría cuenta de que intentaba evitarlo. A ella no le importaba que se la considerase poco sofisticada, pero no podía soportar la idea de parecer intimidada.

Incapaz de permanecer allí quieta por más tiempo, abrió la puerta de su cuarto y salió al pasillo para enfrentarse a todo lo que fuera necesario. Se había quedado dormida en el columpio y el atractivo piloto de carreras que dominaba sus sueños la había llevado en brazos hasta la cama... ¿Y qué? Tampoco se había metido bajo las sábanas con él ni nada parecido.

Aunque él hiciese que su pulso se acelerase como los motores de los coches con los que competía.

No necesitaba desayunar. Saldría por la puerta de la cocina que

daba al garaje y empezaría a regar. Haría como si su relación fuera únicamente por motivos de trabajo, aunque los fuertes brazos de Vito la hubieran rodeado la noche anterior y todos esos músculos tan deliciosamente masculinos se hubieran tensado sólo para ella.

—Buenos días —su voz el pasillo, por detrás de ella, la hizo detenerse antes de llegar al comedor.

Al cuerno con sus planes de salir sin que la vieran.

Christine se giró y lo vio salir del baño. Por la puerta salía una nube de vapor. Llevaba una toalla por encima del cuello y su torso dorado, desnudo y provocativo, estaba apenas a un metro de ella. ¿Podía haber evitado que su mirada recorriese el resto de su cuerpo? Llevaba unos pantalones cortos negros de correr que suponían una frágil barrera entre ella y...

Se le quedó la boca seca.

—¿Estás mejor hoy? —le dijo él, acercándose.

Christine dio un paso atrás antes de darse cuenta de que él sólo pretendía pasar de largo junto a ella para ir a la cocina. Contuvo el aliento cuando pasó junto a ella, decidida a mantener alguna de sus ya resquebrajadas barreras con aquel hombre.

—Estoy bien —le aseguró ella. A pesar de la persistente debilidad en las rodillas que sólo notaba cuando él estaba cerca—. Gracias por traerme dentro anoche.

Al menos, eso se lo debía. De algún modo, a ella se le había olvidado darle las gracias la noche anterior, probablemente porque estaba demasiado ocupada luchando contra todas sus hormonas.

Él dejó la toalla sobre una de las sillas de la cocina antes de tomar la jarra de café de la cafetera eléctrica y dos tazas.

¿Dos? Ella dio un paso atrás acercándose a la pared de la soleada cocina.

—Fue un placer —él la miró a los ojos fijamente hasta que a ella le subió la temperatura corporal varios grados y la piel se le estremeció.

Oh, no, no podía dejar que él se hiciera el amable y la tuviera todo el día sintiéndose incómoda y excitada. Había aprendido los trucos que los hombres utilizaban cuando querían atrapar a una chica con la guardia baja.

Y sabía como ignorar los comentarios llenos de intención.

—Bueno, me voy a poner a trabajar —hizo un gesto con la mano y no se molestó en mirarlo a los ojos—. Me responsabilizaré de arrastrarme a mí misma, por cansada que esté, dentro de casa esta noche.

Después del desastre de Rafe, el internauta, Christine se había

prometido a sí misma que no volvería a dejar volar su corazón sólo porque su parte romántica empezara a suspirar soñadoramente. Y Vito Cesare podía sacar suspiros soñadores hasta del más duro de los corazones.

Estuvo a punto de saborear la libertad; la puerta de la cocina ya estaba abierta, y uno de sus pies ya estaba sobre el felpudo cuando...

La mano de Vito sobre la suya. Su cuerpo grande y masculino se acercó aún más de lo que lo había estado en el pasillo, como si quisiera interponerse entre ella y su vía de escape.

—Espera un minuto. Tenemos que hablar —dijo, y no se movió ni un segundo, de modo que ella pudo sentir su aliento en la mejilla.

—¿Sí? —no es que le apeteciera especialmente mantener una conversación con un hombre tan guapo que tenía la palabra «rompecorazones» estampada sobre su estupendo cuerpo. Posiblemente en su precioso trasero también.

En una situación así, enfrentándose a la mayor tentación del mundo, cualquier ayuda para una chica sería poca.

—Volví a hablar con mi tío anoche —él se apartó un par de centímetros dándole espacio suficiente para respirar. Para pensar.

Poco a poco, su mente empezó a procesar la información de nuevo, demostrando que no estaba enteramente controlada por sus hormonas. Al menos, no todo el tiempo.

—¿Y bien? —Christine se apartó hacia la encimera de la cocina, donde él había dejado una taza de café para ella.

Vito llevaba intentando mantener una larga charla con su tío desde el día que llegó al país, pero, al parecer, a Giuseppe se le daba muy bien escurrirse de las conversaciones largas. Lo único que había logrado sacar en claro desde el día que llegó a casa fue que Giuseppe había contratado a Christine, y que lamentaba las molestias que le pudiera causar, pero quería que ése fuese su regalo para Giselle.

Muy bien.

Pero en cuanto dejaron claro todo aquello, Giuseppe había encontrado una excusa tras otra para no hablar con él. La más reciente había sido un viaje a los cayos de Florida. En cuanto Vito sacaba a relucir la manía de su tío de actuar como Celestino, Giuseppe colgaba el teléfono en un abrir y cerrar de ojos.

—No conseguí hablar mucho rato con él porque estaba a punto de salir a bucear —Vito sacudió la cabeza—. Me confirmó que quería un jardín que atrajera a los colibríes en una esquina del

césped, porque al parecer, a Giselle le encantan. Pero cuando intenté explicarle el problema que nos había causado al hacer que los dos tuviéramos que convivir en la casa y le pregunté si se trataba de una artimaña de las suyas, hizo como si no supiera de qué le estaba hablando.

Christine hizo una mueca, aunque el primer sorbo del café que le había preparado Vito le supo a néctar de los dioses. Era estupendo.

—Tal vez me contrató por mi curriculum al fin y al cabo —el tío de Vito había parecido impresionado con las fotos que le había enseñado de trabajos previos que había realizado en California.

—No te habría contratado si tu trabajo no fuera bueno —Vito miró por la ventana de la cocina al jardín—. Tengo que admitir que al principio estaba preocupado... llegar a casa y ver todo patas arriba... pero empiezo a ver lo que tienes en la cabeza y creo que quedará estupendo.

—Mucho mejor que eso —ella nunca había sido arrogante, pero sabía sin lugar a dudas que el terreno de los Cesare quedaría espectacular. Sería un jardín cálido y atrayente, que llamase la atención de todos los que pasaran por allí, un punto de naturaleza en medio de un entorno urbano—. No querrás volver a Italia cuando veas cómo quedará tu casa. Creo que le dejaré mi tarjeta a Mary Jo por si alguien pregunta quién se ocupó de tu jardín, para que pueda funcionar el boca a boca.

Christine llevaba un tiempo pensándolo, dudando de si sería demasiado comprometedor, pero sabía que, si quería que su negocio floreciera, tendría que asentar bien las raíces. Su experiencia en jardinería le hacía tener esa parte bien clara.

Vito estaba frunciendo el ceño.

—No tengo que mencionárselo a la señora K si no quieres que lo haga.

—No es eso —él dejó su taza sobre la encimera y sus músculos se contrajeron y estiraron con el gesto—. Sólo pensaba que tú estarás por aquí varias semanas más. No terminarás en breve, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros y tomó un sorbo de café, que estaba caliente y sabroso. Realmente habría estado mucho mejor sin saber cómo era él sin camisa.

—Menos de un mes... Quiero tenerlo todo acabado para cuando la gente de fuera de la ciudad empiece a llegar.

Él sacudió la cabeza con una risa divertida en los labios.

—Tú no sabes cómo funcionan las bodas italianas. La gente de

fuera de la ciudad empezará a llegar la semana que viene. Toda mi extensa familia querrá intervenir y ayudar a Giselle a estar lista para su gran día.

—Estarás de broma... —ella adoraba a su familia, pero los Chandler siempre se habían dado mucho espacio unos a otros. No podía imaginarse estar rodeada de gente durante semanas enteras antes de su gran día. Probablemente se saltara la boda con tal de evitarse todo ese jaleo.

—Nada de eso. Estarán aquí antes de que nos queramos dar cuenta, lo que significa que tenemos muy poco tiempo para disfrutar... de la calma —él se quedó mirando la taza—. ¿Puedes sentarte un momento mientras te preparo el desayuno? Aunque he de confesarte que acabas de probar la única cosa que hago bien en la cocina.

Lo cierto era que ella se hubiera apostado su paga a que había una cosa que los dos podrían hacer estupendamente allí mismo, contra la encimera de la cocina. O sobre la mesa.

Pero no podía permitirse a sí misma pensar en aquellas cosas cuando tenía un duro día de trabajo por delante. Además, no tampoco podía permitirse que le gustaran los hombres como Vito Cesare. Eran demasiado peligrosos. Demasiado pasajeros.

Porque, independientemente de lo que ella se dijera a sí misma de que podía solucionar posibles urgencias con algún hombre mientras no se permitiera tener ridículos y románticos pensamientos, Vito tenía demasiadas bazas a su favor en el plano físico.

¿Qué mujer no empezaría a hacerse ilusiones románticas si mirase fijamente aquellos ojos color avellana?

—Gracias, pero tengo que saltarme el desayuno esta mañana. Tengo que ponerme manos a la obra antes de que el sol caliente más —fue hacia la puerta, pero entonces recordó la razón por la que Vito le había dicho que necesitaba hablar con ella aquella mañana—. ¿Qué más te ha dicho tu tío?

—¿Aparte de negar que estaba actuando de Celestino? También me pidió que te pagara en cuanto acabara tu trabajo. De hecho, recalcó con mucho interés que no eres sólo una paisajista, sino también una artista —Vito la siguió por la cocina hasta el punto donde se ella se había detenido.

Se había quedado helada.

Demasiado cerca de su cuerpo medio desnudo.

—¿En serio? —Christine tragó saliva con dificultad, demasiado halagada por el cumplido y sofocada por el pecho bronceado de

Vito salpicado de vello negro como para disfrutar al máximo las palabras que acababa de oír.

—Sí —Vito alargó la mano para acariciarla y sus nudillos pasaron cuidadosamente sobre su pelo—. Pero si querías salir antes de que hiciera calor, creo que ya llegas tarde.

Capítulo 5

Vito había notado la atracción recíproca en los ojos de Christine, así que pensó que aquella mañana era tan buen momento como cualquier otro para iniciar su seducción.

Pero, en cuanto la tocó, se dio cuenta de que había hecho mal los cálculos y que había invadido sus fronteras demasiado pronto. Un fogonazo de algo muy parecido al pánico apareció en su mirada por un segundo, sirviéndole de advertencia de lo que podía pasar si no paraba.

Era el momento de echar el freno.

—¿Disculpa? —Christine lo miró con ojos llameantes, ocultando el miedo bajo una ira de lo más convincente.

Guardándose la mano en el bolsillo de los pantalones, él hizo un gesto hacia la ventana de la cocina y la luz del sol que se colaba a raudales desde el jardín.

—Sólo decía que no vas a poder salir antes de que haga calor, porque el termómetro dice que ya estamos a veinticinco grados.

Él escondió una sonrisa al ver que ella fruncía el ceño. No recordaba cuándo había sido la última vez que había tenido que hacer tantos esfuerzos para conquistar a una mujer, pero lo cierto era que tenía que admitir que estaba disfrutando, incluso cuando ella le ponía mala cara. ¿No era una locura?

—No intentes confundirme, Cesare —dijo ella, levantando el dedo índice y entrecerrando los ojos—. Te tengo vigilado.

Él hizo lo posible por aparentar inocencia a la vez que le abría la puerta.

—Me siento halagado de oír eso. Avísame si necesitas algo.

Christine salió de allí a grandes zancadas y Vito se quedó unos segundos en la puerta para observarla, intentando determinar qué era lo que encontraba tan atractivo en ella.

Era algo más que la emoción de la persecución, aunque tenía que admitir que perseguir a una mujer a la que no le interesaba su famosa carrera o su igualmente famosa fortuna era refrescante. Estaba en segundo lugar como piloto con más victorias de su categoría de todos los tiempos y con otro buen año al volante, aún podría superar ese récord y ponerse el primero.

Él no hacía aquello por el dinero, pero muchas mujeres habían intentado ligar con él por ese motivo y por ningún otro. Le gustaba que Christine tuviera unos valores sencillos y fuera tan celosa de su independencia. Su padre lo había educado para ser independiente mucho antes de que empezara a caerle el dinero del cielo, y siempre

había admirado esa cualidad en el resto de la gente.

Mientras miraba a Christine reconociendo el terreno con ojo crítico, se dio cuenta de que ese perfeccionismo ya era atractivo en sí mismo. Su duro trabajo en el jardín ya mostraba que ella era una mujer que se ponía metas muy altas y a la que no le importaba trabajar duro y mancharse las manos para conseguir lo que buscaba. Había algo en esa cualidad suya que le atraía a un nivel muy básico. Una mujer así sería una pareja fuerte, una esposa estupenda.

¿Acababa de pensar en «esposa»?

Volviendo a la casa, bien climatizada, Vito decidió que el sol de Florida le estaba friendo el cerebro. Deseaba a Christine porque era muy sexy y porque verla un día tras otro comprometía seriamente su capacidad de hacer otra cosa que no fuera fantasear sobre ella.

Seguiría adelante con su plan de seducirla, pero tendría que mantener un ritmo lento si no quería asustarla. Tal vez había llegado el momento de hacer un viaje a la ducha del jardín para hacerle una visita.

Sonriendo ante el plan que acababa de idear, Vito empezó a pensar que no podría esperar a que se hiciera de noche para pasar a la acción.

Christine se aseguró de acabar su jornada temprano aquel día. Mientras guardaba las herramientas en el cobertizo, volvió a comprobar la hora en su reloj.

Las diez no era una hora normal para acabar de trabajar para la mayoría de la gente, pero para ella sería la diferencia entre acabar agotada y tan agotada que se quedara dormida en el jardín. Cada vez que se imaginaba a Vito cargando con ella hasta la cama la noche anterior, la recorrían unos deliciosos escalofríos. Y eso no tenía sentido, puesto que estaba decidida a mantener las distancias con él y su encanto forjado en a saber cuántas rutilantes fiestas europeas.

O eso se imaginaba ella mientras dejaba el rastrillo apoyado contra la pared del cobertizo y se quitaba los guantes de trabajo.

En realidad no tenía ni idea de cómo sería la vida de Vito en el extranjero, pero en su mente se había forjado una imagen de fines de semana en la Costa Azul francesa, cruceros por el Mediterráneo y un sinfín de playas de topless y montones de mujeres sofisticadas sobre él todo el tiempo.

A ella no le atraía nada eso. Se quitó las botas y caminó hasta la parte trasera del cobertizo en calcetines. Ella con un terreno y unas flores podía ser feliz. Bueno, y con unos cuantos amigos, sería aún más feliz. A ella le gustaba la gente normal y sincera.

No la gente que construía su mundo alrededor de glamour y pretensiones.

El problema era que no podía decidir si el verdadero Vito prefería sus zapatos Gucci o sus chanclas; el Ferrari que acababa de sacar del garaje o la furgoneta con el logo de la empresa de construcción de su hermano en las puertas. Por lo que ella había podido ver, él pasaba más tiempo delante del ordenador que con ninguna otra cosa. De vez en cuando salía de casa para hacer algún recado, pero la mayor parte del día lo pasaba trabajando en un portátil último modelo.

Christine fue hacia la puerta trasera que daba a la ducha exterior en la que ella se duchaba cada noche desde que había llegado a aquella casa. Era lógico lavarse antes de entrar en casa de todas maneras, y le ahorraba el incómodo momento de cruzarse con él en el pasillo. Guardaba en el cobertizo una bolsa con ropa y artículos de limpieza, para no tener que llevarlos todos los días.

Y aunque no esperaba que nadie fuera a entrar en el pequeño edificio a esas horas, seguía tomando la precaución de cambiarse en la cabina cerrada de la ducha. Por si acaso.

No le gustaría convertirse en la protagonista de una de las historias de Mary Jo Kowolski.

Colgó una camiseta y unos pantalones cortos limpios por encima de la pared de madera de la cabina, junto con la ropa sucia que acababa de quitarse. Tomándose su tiempo para mirar la luna y las estrellas, encendió el grifo y se relajó bajo el humeante chorro de la ducha.

Qué maravilla. Si pudiera permitirse tener una casa con terreno, instalaría una ducha como aquélla ella misma. Sus pies pisaban losas de piedra mientras el agua corría por su cuerpo.

Cuando las noches eran muy húmedas, se duchaba con agua fría, pero como aquel día estaba tan sucia, necesitaba el efecto del agua caliente.

Canturreando, se frotó y enjabonó hasta que la ducha empezó a enfriarse. Después de aclararse el pelo, acabó sin ganas con su ritual de cada noche. Alargó la mano para tomar la toalla y se dio cuenta de que no estaba en el mismo momento en que oyó una voz al otro lado de la pared de la ducha.

—¿Has perdido esto? —la mano de Vito apareció por encima de la cabina, sujetando una toalla entre los dedos.

Su cuerpo sintió antes la excitación que la vergüenza. Oír su voz cuando estaba allí desnuda y mojada...

—La necesito... —alargó la mano para tomar la toalla y entonces

se preguntó si él la vería si se acercaba demasiado a la pared, puesto que él medía más de uno noventa.

—¿Puedes... puedes colgarla de la pared?

Christine estaba temblando y se abrazó a sí misma.

La temperatura exterior no era fría, ni mucho menos.

—No me importaría acercártela ahí dentro si con eso resulto de ayuda —Vito seguía esperando, aún con la toalla en la mano.

—Creo que sabes que eso no sería de ayuda —ella se retorció la corta melena e intentó no dejar que él la ofuscara. A los hombres como él les encantaba flirtear, y ella no podía dejar ver que eso la afectara.

—¿Acaso has creído que soy una de esas fans de los pilotos que se mueren por estar desnudas contigo? Piénsalo fríamente, Cesare, y dame la toalla.

—Como tú digas. Yo sólo intentaba ayudar —en ese momento, la toalla azul voló por encima de la pared de la cabina—. Sólo por curiosidad, ¿qué habrías hecho si yo no hubiera llegado al rescate con tu toalla?

Se arropó con la famosa toalla en tiempo récord aunque sabía de sobra que él no podía verla a través de la madera.

—Ten por seguro que no habría salido corriendo desnuda por tu jardín si eso es lo que estás pensando.

—Por supuesto que es lo que estoy pensando. Es una cosa muy de chicos el imaginar constantemente situaciones con mujeres desnudas.

Ella se metió la camiseta limpia por la cabeza.

—De acuerdo. Pues sigue imaginándotelas pero, por favor, no me incluyas a mí en ellas, ¿de acuerdo? No quiero que me infravalores con tus flirteos.

Por un momento, la única respuesta que llegó del otro lado de la pared fue el chillido de un ave nocturna.

Christine empezó a ponerse los pantalones cortos con todo el sigilo del mundo, evitando los roces de la tela, que hacía muchísimo ruido para sus oídos. ¿Podría él imaginar lo que estaba haciendo por los sonidos que ella hacía?

Deseosa de dejar atrás el incidente cuanto antes, abrió la puerta de la cabina de par en par y dejó la toalla y la ropa sucia en una bolsa antes de cerrar su pequeña mochila para volver a la casa. Pasándose los dedos por el pelo para peinárselo, cruzó el cobertizo y apagó las luces antes de salir al jardín.

Vito estaba a unos pocos pasos de la cabina de la ducha, de pie en la oscuridad, y la pálida luz de la luna ayudaba poco a la hora de

alumbrar el jardín y su rostro. Llevaba una camisa oscura y unos pantalones cortos anchos. Sus chanclas emitieron su inconfundible sonido cuando él dio unos pasos hacia ella.

—¿En realidad piensas que te infravaloro porque flirteo contigo? —el tono burlón había desaparecido de su voz.

Suspirando, ella buscó el modo de llevar la conversación a un terreno lo más neutral posible.

—En realidad, no. Supongo que estoy un poco a la defensiva con respecto a cualquier posible asunto entre nosotros después de lo que me contaste de tu tío. Me refiero a lo de que me contratase para que me liara contigo.

—Yo nunca dije que eso es lo que el tío Giuseppe intentara hacer, demonios. Él es ya mayor, pero tiene un gran corazón, y apostaría mi propia mano a que nunca fomentaría algo tan sórdido para él como un «lío».

—Tienes razón. Ésa ha sido mi propia deducción, y tengo que admitir que tú nunca lo expusiste de ese modo. Lo siento —tenía que llegar a la casa. Tenía que huir de Vito y de aquella conversación sobre «líos»—. Es sólo que soy un poco sensible a toda dinámica que pueda conllevar un ánimo de flirteo entre nosotros. El motivo es que no quiero que tu tío tenga razón sobre esto. Sobre nosotros.

Y puesto que con eso ya superaba con creces su cuota de sinceridad emocional por aquella noche, dio un paso adelante sobre la blanda tierra que había preparado para abonar al día siguiente, y se encaminó hacia la casa.

Sólo consiguió dar dos pasos.

—Espera un momento —él le agarró suavemente el codo con la mano, y sus dedos rozaron su piel—. No me digas que vas a dejar que las ridículas ideas románticas de Giuseppe te afecten de ningún modo. Si no quieres que siga haciendo bromas estúpidas sobre imaginarme mujeres desnudas, puedo entenderlo y respetarlo, pero si sientes alguna inclinación por...

—¿Quedarme desnuda contigo? —no parecía tener mucho sentido evitar pronunciar aquellas palabras cuando los dos parecían estar pensando en lo mismo. Lo malo era que ella parecía compartir el ridículo romanticismo de Giuseppe y Vito, por su parte, parecía más motivado por la palabra «desnudo».

Vito se encogió de hombros y apartó la mano de su codo.

—Sólo digo que no te dejes influir por mi familia, que a veces parece estar un poco loca, en ningún aspecto.

Ella tuvo que admitir que se sentía más sola sin su contacto. Se

rodeó el cuerpo con los brazos en la oscura y húmeda noche y se pasó una mano por el codo, frotándolo, como si quisiera borrar el recuerdo de la dulce caricia que acababa de sentir. Una suave brisa agitó las hojas de las palmeras sobre sus cabezas.

—No sé, Vito —no quería seguir pensando en él o en ella desnudándose, y menos cuando tenía un trabajo tan importante entre manos que acabar, y una empresa que empezar a construir.

Tenía bien claro que no estaba dispuesta a acabar con el sueño de su vida sólo por un poco de sexo.

—¿Podemos hablar un minuto? —Vito la llevó por la zona recientemente enlosada por ella misma hacia lo poco que quedaba intacto del patio. Sacó una silla, la misma en la que se había sentado el primer día que él llegó allí—. Siéntate un rato conmigo, Christine.

Demasiado cansada como para protestar, Christine decidió que lo más fácil sería aceptar sin más.

Tomó asiento y lo observó mientras rodeaba la mesa de cristal para colocar otra silla a su lado en la que él pudiera sentarse. Justo a su lado.

Parte del agotamiento que ella sentía desapareció al instante, y en su lugar, la sensación que vino a sustituirlo fue la de nerviosismo. Excitación.

Ella empezó a hablar para llenar el cálido silencio de la noche que los envolvía.

—Te va a encantar el nuevo patio cuando acabe. Estará rodeado de más plantas, será más verde. Voy a plantar jazmines; sus flores se abren de noche y huele deliciosamente. Cada vez que salgas aquí por la noche, será una inundación de los sentidos.

—Lo siento —él apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia ella—. Me gustaría que me contaras más cosas de tu plan de paisajismo para el jardín, Christine, pero primero quería decirte que siento haber interrumpido tu ducha.

—No tiene importancia —no tenía que haber reaccionado tan exageradamente. Al fin y al cabo, él no la había ofendido más de lo que la había tentado, pero no estaba segura de cómo decírselo en ese momento y sin hacer que la conversación tomara unos derroteros para los que no estaba en absoluto preparada.

—Admito que estaba intentando provocarte un poco, sólo para ver qué pasaba —él se pasó una mano por el pelo, los revoltosos mechones contrastando con la perilla bien recortada que le daba un aspecto peligroso. Muy sexy—. Me dio la impresión de que había cierta química entre nosotros y supongo que he estado buscando el

modo de encender la llama sin echarme encima de ti y conseguir que te enfades. Ahora me doy cuenta de que lo único que he conseguido ha sido eso, que te enfades.

—No estoy enfadada —sólo quería acabar aquella conversación cuanto antes. Huir de allí. Se le había dado bastante bien evitar a Vito y la química en cuestión a lo largo de las dos semanas previas, pero allí estaban... sacándolo todo a la luz.

La única razón por la que había acabado enamorándose a través de internet era porque no le gustaban nada las conversaciones en las que tenía que analizar sentimientos y compartir pensamientos cara a cara. Con los correos electrónicos se podían mantener las distancias y tomarse el tiempo que uno necesitara para responder. Le gustaba disponer de tiempo para valorar sus posibilidades y calibrar sus respuestas antes de apretar el botón de enviar.

En aquel momento, sentada frente a Vito, tenía la impresión de que independientemente de lo que dijera, verdad o mentira, por la mañana se arrepentiría de ello.

Vito tenía a toda la naturaleza jugando en su mismo bando. La cálida brisa de la noche y el ocasional reclamo de algún ave nocturna era lo único que alteraba el silencio del barrio. Todo estaba en calma y reinaba una atmósfera de intimidad.

Además estaba el hecho de que había pillado a Christine en la ducha hacía poco tiempo, y la ecuación debía acabar teniendo como resultado que empezaran a besarse hasta perder el sentido y caer en su cama.

En vez de eso, se encontraba en terreno pantanoso con una mujer que tenía el aspecto de estar decidida a no rendirse aunque la atara de pies y manos.

Esa idea tampoco era mala del todo...

—Si no estás enfadada conmigo... —continuó él, incapaz de dejar a un lado sus planes de seducción aunque se estuvieran revelando como completamente inadecuados. Al imaginársela en aquella ducha cada noche, empezaba a volverse loco—. Entonces escúchame. Tengo una proposición que hacerte.

Con los ojos muy abiertos, Christine se apartó hasta el borde que más alejado estaba de él en la silla. Posiblemente fuera para poder mirarlo sin tener que girar la cabeza, pues estaban sentados muy cerca el uno del otro a la mesa del patio, pero Vito sabía de sobra que lo que ella pretendía era poner distancia entre los dos.

—Prefieres una enredadera antes que una hiedra de Virginia, ¿verdad? —inquirió ella, mirando la planta trepadora que había plantado a lo largo de la parte trasera de la casa.

Puso la mano sobre la que ella tenía apoyada en el reposabrazos de la silla de hierro. Aquel contacto fue mucho más efectivo a la hora de atraer su atención que sus palabras.

—Te garantizo que lo que tengo en la cabeza no tiene nada que ver con flores ni con plantas —Vito absorbió la suavidad de su piel; ella siempre protegía sus manos con guantes, aunque hiciera calor. Al pasar el pulgar sobre su pulso, en la parte interna de la mano, notó el rápido ritmo al que le latía el corazón.

Vito deseó poder decirse a sí mismo que el motivo de que su corazón latiera con celeridad era la atracción que ella sentía hacia él, pero algo le decía que tenía más relación con la ansiedad. Por algún motivo, él la ponía nerviosa. Lo cierto era que también ella estaba consiguiendo ponerle nervioso a él.

Hacerle una proposición a una mujer nunca le había resultado tan difícil.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que los hombres no entraban en tu plan a cinco años vista? —llevaba dos semanas pensando en esas palabras, convenciéndose a sí mismo de que no las había malinterpretado.

—Lo recuerdo —respondió ella con cautela, mirando sus manos en contacto como si estuviera intentando catalogar una especie vegetal nunca vista hasta entonces—. Tal vez tendría que haber mencionado también que ducharme con hombres cerca tampoco estaba en mi agenda.

Vaya, no había manera de sacar el tema de forma sutil.

—Después de que me dijeras eso, se me ocurrió que nosotros seríamos los candidatos ideales para tener una aventura veraniega.

Vito reconoció que la forma de decirlo no había sido la más romántica del mundo, pero llevaba tanto tiempo sin tener que utilizar sus encantos, que se preguntaba si aún le quedaría algo de eso.

—¿Una aventura? —ella se quedó boquiabierta. Apartó la mano de la de él y se cruzó de brazos con rapidez a pesar de la calidez de la noche.

Su rostro quedó en sombras al ocultarse la luna brevemente entre unas nubes, con lo que su reacción resultó aún más difícil de valorar.

—Sí. Por lo que tú has dicho sobre lo de no querer una relación, pensé que una aventura sin ataduras podría tener cierto interés —empezó a tener esperanza—. Todo esto es si no te he interpretado mal... Tenía la impresión de que la atracción entre nosotros podía ser mutua.

—Nunca estamos juntos, puesto que yo me paso todo el tiempo fuera, y tú estás siempre con tu ordenador —ella sacudió la cabeza y su pelo castaño se agitó de un lado a otro—. Te he evitado siempre que he podido en estas dos semanas —frunció el ceño y lo fulminó con la mirada—. ¿Cómo has podido llegar a la conclusión de que nos sentíamos atraídos el uno por el otro? ¿Es tu ego de piloto lo que te hace creer que todas las mujeres en un radio de un kilómetro se tienen que sentir atraídas por ti?

—Te prometo que esto no tiene nada que ver con el ego, sino más bien con la libido —también tenía mucho que ver con ella, puesto que lo había encendido como ninguna otra mujer había hecho antes—. Y supuse también que tú podrías sentirte atraída porque me has estado evitando de todas las maneras posibles en estas dos semanas.

Ella dio un golpe en la mesa con la palma de la mano.

—¿Y de eso sacas que yo te deseo? —su tono de voz se elevó antes de que su mirada se hiciera más penetrante—. ¿Cómo sabes que no es porque tienes mal aliento?

—Bien, tal vez haya algo de ego involucrado en todo esto, pero es que tengo un dentista estupendo —se reclinó en la silla para darle tiempo a ella para pensar e intentar quitarle algo de presión al asunto. Nunca había visto a nadie luchar contra la atracción física con tanta determinación.

Levantando la vista hacia el cielo, unió mentalmente los diminutos puntitos de luz que formaban la Osa Mayor.

Seguía esperando.

—Tal vez me sienta un poco atraída.

Su sincera declaración, hecha en un tono de voz bajo, llegó en el momento en que él menos lo esperaba. Sus palabras eran tan honestas como su ética de trabajo. Sencillas y fuertes.

Olvidándose completamente del cielo nocturno, Vito se inclinó ligeramente hacia ella.

Su primer instinto habría sido el de gritar: «¡Te pillé!», pero pensé que eso no le iría bien para sus propósitos. A diferencia de sus hermanos, él no tenía que decir en voz alta todo lo que se le pasaba por la cabeza.

O, al menos, no la mayor parte del tiempo, de todos modos.

—No tenemos por qué hacer nada al respecto, eso está claro —pero en realidad, él sí quería hacerlo—. Sólo pensé que podía ser divertido ver qué pasa si nos dejamos llevar.

Christine tenía la mirada perdida en la oscuridad del jardín, y cuando por fin se volvió hacia él, le dijo...

—No se lo de la... aventura. Pero admito que la idea me produce curiosidad.

Sus ojos volvieron a apartarse, hacia la casa, la mesa o cualquier cosa que no fuera él.

Y de esa manera tan simple, el motor de Vito empezó a calentarse hasta llegar a la zona roja del cuentarrevoluciones. El saber que ella pensaba en él y que pensar en él la ponía nerviosa... Vito no podía imaginar qué clase de reacción tendría si lograba besarla, tocarla, desnudar cada centímetro de su piel.

—A mí también me intriga —admitió él, esperando que la sinceridad compensara la falta de tacto de su proposición—. He estado pensando mucho en ello últimamente.

Ella lo miró por fin mientras hacía tamborilear los dedos a toda velocidad sobre el reposabrazos de su silla.

—Pero tengo que pensar en tu sugerencia. Sólo por tener cierta curiosidad no quiere decir que vaya a meterme en la cama de nadie. Me gustaría tomarme unos días para decidirlo.

¿Días? Lo que Vito esperaba que respondiese era que necesitaría minutos. O tal vez, horas. Se veía capaz de esperar unas horas antes de volver a llevarla en brazos hasta la cama para explorar cada centímetro de su dulce cuerpo.

—Me parece bien —mintió él, sabiendo que era lo único que podía decir aun siendo consciente de lo mucho que sufriría hasta que ella se decidiera—. ¿Pero puedo pedirte que tengas una cosa más en cuenta antes de que acabes de tomar tu decisión?

La sangre le corría por las venas con fuerza, pero se mantuvo completamente inmóvil hasta que ella asintió con la cabeza.

Y entonces, uniendo sus labios a los de ella, empleó métodos de persuasión mucho más elocuentes.

Capítulo 6

El beso de Vito actuó sobre Christine como un increíble empujón para ayudarle a tomar una decisión.

Ella quería haberse mantenido calmada y serena, pero la calidez de su boca en contacto con la de ella le hacía casi imposible rechazarlo. La apremiaba a decir que sí, allí mismo y en ese preciso momento.

Levantando las manos hacia sus hombros, se dijo a sí misma que tenía que poner un poco de distancia entre ellos, pero los dedos le fallaron en el momento de apartarlo. Empezó entonces a bajar los dedos por el pecho amplio y masculino de Vito.

Se revolvió en su asiento y de repente se encontró más cerca de él. Si no hubiera tenido el reposabrazos de la silla entre los dos, habría estado casi en su regazo.

Él no paraba de acariciarle la lengua con la suya, y entonces ella no pudo más que reconocer que no podía negarse la compañía masculina años hasta que hiciera despegar su negocio. No era esclava de su trabajo.

Era una mujer con deseos físicos muy reales. Con necesidades. Y aquella idea de tener una aventura empezaba a tomar forma gradualmente en su cerebro, cada vez más confuso por la pasión. Sobre todo cuando la mano de Vito aterrizó sobre su rodilla desnuda.

Christine se apartó de él antes de perder el control completamente.

—Creo que lo tendré en cuenta cuando piense en esto —balbuceó ella, buscando espacio desesperadamente antes de entrar en combustión espontánea allí mismo.

Se puso de pie, no sin dificultad, pues le temblaban las piernas, y se apartó de la mesa.

—Este último argumento tuyo ha sido especialmente convincente.

Vito se puso en pie de un salto.

—No pretendía... extenderme tanto en el argumento —la media sonrisa que le dedicó acabó con las últimas defensas de Christine—. Creo que el beso tomó vida propia

Ella fue hacia las puertas correderas que unían el patio con la casa.

—No tienes que quedarte de pie por mí —le hizo un gesto con la mano mientras escapaba—. Creo que me iré a la cama.

Si él hubiera sido el playboy que ella lo había acusado de ser, le

habría preguntado si la acompañaba. O, peor aún, habría vuelto a besarla, pues ya había demostrado lo susceptible que era a ese tipo de argumentos.

Pero se quedó donde estaba, junto a la mesa del patio, con las manos en los bolsillos.

—Buenas noches, Christine.

Esa vez no tuvo que desearle felices sueños: los dos sabían exactamente lo que ella estaría pensando aquella noche.

Pasaron varios días.

Christine estaba inclinada sobre las raíces de una higuera que no estaba resultando nada cooperativa. Había pasado casi una semana desde la noche que se besaron y Christine sabía que tenía que darle a Vito una respuesta. Le había dicho que lo haría al cabo de unos días, pero después de que la besara, se veía perdida en la indecisión.

¿Debería hacerlo? ¿No debería hacerlo?

La tentación persistía, aunque su mente lógica oponía todo tipo de razonamientos en contra. Y todos eran muy inteligentes, como por ejemplo, si debería volver a tener una relación después de la valiosa lección que había aprendido la última vez. Su visión romántica de la vida había hecho que no pudiera ver al auténtico Rafe.

Seguía intentando estabilizar la higuera, que se empeñaba en vencerse cada vez de un lado, cuando oyó el golpe producido por la puerta de la casa.

Vito.

El corazón se le aceleró increíblemente, pero no levantó los ojos de su objetivo: fijar bien el árbol. Después pensaría en qué hacer con Vito.

—Creo que va a hacer un calor terrible hoy —su voz le despertó todos los sentidos.

Vito se había detenido al lado del camino de entrada a la casa, donde estaba trabajando ella. Llevaba una chaqueta de lino color trigo y unos pantalones oscuros; un poco demasiado sofisticado, para el gusto de Christine, al igual que el espectacular Ferrari aparcado tras él. Pero su pulso acelerado era la prueba de que, en el fondo, le parecía que estaba estupendo.

—Nada nuevo por aquí —ella se puso en pie, con la pala aún en la mano, y se apoyó en el mango—. Hace días que hace un calor terrible.

Nada más decirlo se dio cuenta de que sus palabras podían malinterpretarse como un flirteo. ¿O eso le parecía a ella porque no

podía quitarse el sexo de la cabeza últimamente?

—Parece que esta ola de calor no vaya a pasar nunca, ¿no crees? —sus ojos color avellana se detuvieron en ella, haciendo que fuera pero que muy consciente de la temperatura. Tanto dentro como fuera.

Se le secó la garganta como una planta que se han olvidado de regar. Al parecer ella no era la única que pensaba en el sexo continuamente...

Antes de que pudiera pensar en cómo salir de ésa, Vito abrió la puerta de su deportivo y entró en él.

—Me estás matando. Christine —sus palabras se mezclaron con el ruido del motor cuando él giró la llave de contacto y arrancó para perderse de vista enseguida.

Maldición.

¿Él creía que ella lo estaba matando? ¿Es que no se daba cuenta de que tomar esa decisión también estaba acabando con sus nervios? Se pasaba toda la noche atormentada por sueños eróticos cuando debería estar durmiendo como un tronco...

Se volvió hacia el árbol sintiéndose culpable. No era justo tener a Vito haciéndose cabalas cuando ella le había dicho que le daría una respuesta en unos pocos días.

Sus piernas empezaron a resultar tan inestables como la higuera que intentaba plantar, y deseó que su problema fuera tan fácil de solucionar como el de la planta. Lo único que necesitaba era un poco más de tierra en la base y, con un poco de agua y sol, el árbol echaría raíces que lo mantendrían sano y fuerte durante años.

¿Pero cómo iba a hacer que dejaran de temblarle las piernas? Estaba claro que enterrarse en el trabajo no le estaba dando resultado. Tal vez, al estar tan distraída por Vito y las oleadas de deseo que le provocaba, no estuviera poniendo toda la atención que debería en su trabajo. Esa pobre higuera estaría ya plantada y derecha si no hubiera sido por las miradas furtivas que le había echado a Vito cuando se quitó la camisa para arreglar la puerta del garaje el día anterior.

Tal vez tendría que dejar de preocuparse por dejarse atrapar en románticos cuentos de hadas que sólo le causarían disgustos, y empezar a ver a los hombres bajo una perspectiva más práctica. ¿Y si simplemente alimentase sus necesidades naturales del mismo modo que cuidaba a sus plantas? Dejar de negarse el sustento básico para los humanos...

Como el sexo.

Era algo así como una necesidad fisiológica, ¿no? Intentó

recordar las necesidades básicas para los hombres que había aprendido en la escuela, y que colocaban el sexo tras la comida y el alojamiento.

Ya no le extrañaba tanto que le temblaran las piernas. Estaba mal nutrida.

Pisó la tierra alrededor del tronco del árbol para endurecerla y sintió que una nueva energía le corría por las venas. ¿Sería la impaciencia?

Estaba claro.

Había tardado casi una semana, pero por fin había decidido permitirse aquello sólo una vez sin hacerse ilusiones, como le pasaba siempre con las relaciones. Tendría una aventura con Vito, claro que sí, y no lo haría llevada por el romanticismo.

Lo haría para cumplir con una necesidad básica. Así evitaría perder la cabeza mientras trabajaba en el proyecto más importante de su carrera.

Era muy razonable.

¿Cuánto tiempo más iba a tardar en sacarlo de ese estado de penuria?

Vito estaba de un pésimo humor aquella tarde, pensando en la ola de calor que había entre Christine y él mientras iba de camino a revisar el menú de la boda de Giselle al Club Paradise de South Beach.

Como su hermana aún era propietaria de parte de las acciones del exótico complejo turístico, había querido que la cena que iban a dar en la casa fuera elaborada por el club. Además, ella misma había creado ese menú mientras trabajaba como chef en el Club Paradise, y por eso Vito no podía entender cómo le resultaba tan difícil decidir lo que quería realmente.

Eso no la detuvo para pedirle que lo repasara todo, pues él actuaría como si fuera el padre de la novia. Era un papel que en condiciones normales no le hubiera importado desempeñar, pero aquel día le hacía sentirse viejo, pues todos sus hermanos pequeños estaban ya casados o lo estarían muy pronto.

Luchando para deshacerse de las imágenes que veía en su mente de los preciosos tobillos de Christine que dejaban ver sus botas de trabajo, intentó concentrarse en la lista de entrantes que tenía delante para poder tachar otra cosa de su lista antes de la boda, pero, sentado a una mesa con vistas al océano, no pudo evitar pensar en los ojos azules de Christine.

El Club Paradise estaba orientado a una clientela joven y soltera,

con provocativas habitaciones temáticas, pero aquella atmósfera tan sensual no consiguió encenderlo tanto como lo hacía Christine, con su cuerpo firme y sus largas y bronceadas piernas. Después de conocerla, cada vez que viera unas botas de trabajo de mujer, se excitaría.

—¿Qué tal va todo? —pregunto Lainie Reynolds, la directora del complejo, que era también la prometida de su hermano Nico, al aparecer de la nada.

Su pelo liso y rubio caía ordenadamente sobre sus hombros y su vestido no tenía ni rastro de arrugas.

Vito no tenía ni idea de cómo su dicharachero hermano, un loco de los deportes, había conseguido acabar con aquella mujer, tan lista y elegante.

—La verdad es que no noto la diferencia entre el gouda y el queso de cabra. Lo único que quiero es pagar y acabar con todos estos preparativos de boda —adoraba a su hermana, pero tenía otras cosas que hacer ese día aparte de probar comidas. Además, él prefería los espaguetis a cualquiera de los platos que aparecían en el menú.

Lainie tomó el menú de sus manos.

—¿Por qué no me dejas repasarlo por ti? Me aseguraré de que Giselle no se haya dejado nada y veré si saco alguna buena idea para cuando Nico y yo demos el paso la primavera que viene.

—¿Sigue mi hermano empeñado en casarse en Kentucky?

Al parecer, Lainie procedía de la remota región de los Montes Apalaches de ese estado, lo cual había resultado ser toda una sorpresa para sus amigos de Florida; ellos siempre habían pensado que la antigua abogada y actual directiva tenía una procedencia urbana.

—No ha dejado de hablar de ello desde que estuvimos allí hace unas semanas —Lainie se echó el pelo hacia atrás y la luz del sol se reflejó en el inmenso diamante del anillo que le había regalado su hermano—. Creo que le diré que sí, siempre que me prometa no vestirse de hombre de las montañas. ¿Te he contado que está encaprichado con esa idea?

—Creo que no me lo perderé por nada del mundo, y quiero que sepáis que me alegro mucho por vosotros —mientras sacaba su chequera del bolsillo, tuvo que admitir para sí mismo que envidiaba a su hermano. Él había conseguido encontrar a la mujer de sus sueños.

En el plazo de un año, todos sus hermanos estarían casados, a excepción de Marco y él.

A Vito eso no le importaba realmente; se había marchado de Miami para dejar atrás sus responsabilidades familiares, y no se había arrepentido de ello. Aunque, tenía que admitirlo, al ver lo felices que estaban juntos Lainie y Nico, no podía evitar preguntarse si habría más felicidad en el matrimonio de la que él imaginaba.

—Gracias, Vito —Lainie se inclinó para besarlo en la mejilla—. Es justo que te advierta, puesto que ya casi soy de la familia, que Nico y Renzo están de acuerdo en que ya has sobrepasado la edad normal para encontrar esposa. Al parecer, el estar enamorados ha hecho de esos dos unos cupidos de lo más esforzados. Yo que tú estaría atento a sus progresos como Celestinos.

A Vito se le cayó el bolígrafo de las manos mientras escribía la cantidad que tenía que pagar al hotel. Enseguida lo recogió, añadió unos cuantos ceros más al total, firmó y le pasó el cheque a su futura cuñada.

—Eres una buena chica, Lainie. Te agradezco la advertencia, pero creo que no voy a poder hacer mucho para esconderme de los intentos de toda la familia. Hasta tengo un tío viudo de sesenta años empeñado en el caso. Creo que me resignaré a que me emparejen con la chica que atrape el ramo de Giselle, así que sólo espero que ella tenga todos los dientes.

En ese momento pensó si podría convencer a Christine de que asistiese a la boda. Intentó imaginársela sin sus botas y con unos zapatos de tacón en sus finos pies. Tal vez pudiera bailar con él, en lugar de dejarlo a merced de las sofisticadas y elitistas amigas de su hermana.

Pero por otro lado, si aparecía en la boda de su hermana con una acompañante delante de toda su familia, ya podía pedirle matrimonio allí mismo, pues ellos nunca la dejarían escapar.

Una vez acabados los asuntos que lo retenían en el Club Paradise, Vito dejó a Lainie seguir con su trabajo mientras él daba una vuelta por el hotel.

En ese momento, sonó el teléfono y él lo tomó para responder mientras examinaba una de las últimas estatuas adquiridas por el hotel. A él siempre le había gustado la escultura clásica, pero aquel arte moderno le resultaba difícil de entender.

Girando un poco la cabeza, creyó descifrar la imagen de una mujer desnuda separando las piernas con sus manos. En esa misma posición, respondió al teléfono.

—Tengo una carrera para ti en Alemania la segunda semana de septiembre —el marcado acento británico de su mánager, Oswald Martin, resonó al otro lado de la línea.

—Hola, Ozzie. Yo también me alegro de hablar contigo... —la verdad era que Ozzie siempre iba directo al grano. Vito apartó la vista de la escultura de la mujer; no necesitaba más incentivos eróticos mientras esperaba la respuesta de Christine a su proposición—. Tengo un compromiso aquí la primera, ¿lo recuerdas?

—Si sales de Estados Unidos al día siguiente, estarás bien descansado para cuando llegue el día de la carrera. ¿Lo arreglo todo?

Por extraño que pareciera, el primer pensamiento de Vito en ese momento fue para Christine. ¿Pero por qué le iba a importar a ella el día que se marchara? Ni siquiera le había dado una leve indicación de si aceptaría su oferta, cuando menos, un motivo para quedarse en Miami más tiempo del estrictamente necesario.

Se había preocupado de asegurarse que no hubiera ataduras en su vida, nada que lo contuviera a la hora de alcanzar sus sueños después de haberlos retrasado tanto tiempo mientras cuidaba de sus hermanos. No había ningún motivo que lo retuviera allí.

Aunque, por alguna razón, tal vez hablar con Lainie de sus planes de boda, la libertad a la que siempre había dado tanto valor ya no le parecía tan interesante.

—Sí, apúntame. Avísame cuando lo tengas todo arreglado —Vito terminó la llamada y siguió caminando entre las esculturas.

Una carrera le vendría bien. Necesitaba sentir la subida de adrenalina que le producía el correr a trescientos kilómetros por hora para aclararse la mente. Después de días llenos de fantasías sexuales, y de preguntarse si Christine Chandler querría acostarse con él o no, necesitaba un poco de la serenidad mental que le daría la rutina que seguía para dar el máximo en cada carrera.

Casi había llegado a la puerta de salida cuando su teléfono volvió a sonar.

—¿Sí? —no se molestó con formalidades, puesto que las únicas personas que conocían ese teléfono eran sus amigos y familiares más cercanos.

Aunque también se lo había dado a otra persona...

—¿Vito? —la voz de Christine sonaba algo ahogada, pero sirvió para hacer que él se detuviera en el mismo instante en que la oyó.

—¿Va todo bien en la casa? —no le gustaba la idea de dejarla sola allí, trabajando tan duramente bajo el inmisericorde calor de Florida. ¿Y si le había pasado algo?

—Todo está bien. O más que bien. Sólo quería decir que me gustaría aceptar tu proposición...

Christine no pudo decir si los sonidos que había emitido Vito en respuesta eran buena o mala señal. ¿Y si había cambiado de idea con respecto a lo de la aventura?

Sus únicas palabras inteligibles habían sido: «salgo para allá».

Puesto que ella no tenía ni idea de dónde estaba él en ese momento, no podía ni siquiera imaginar cuándo lo vería.

Colgó el teléfono y decidió volver al trabajo sin pensar en su próximo encuentro con Vito. Tenía que probar el sistema de riego por aspersión que había instalado esa misma mañana. Christine observó cómo subían los aspersores ocultos tras su orden dada a través de un sistema digital instalado en el garaje.

Aquel día, para variar, había acabado temprano. Después de semanas de duro trabajo, podía empezar a ver el fin del proyecto. Las dos semanas antes dé la boda requerirían menos esfuerzo físico por su parte, pues sólo tendría que abonar y fertilizar los macizos de flores para que éstas floreciesen. Había otras cosas de las que ocuparse, como encontrar algunas jardineras antiguas o un baño para pájaros, pero esas tareas requerirían menos esfuerzo.

Así, le quedarían energías para gastar donde ella quisiera, como por ejemplo, en la cama de Vito, si él aún estaba dispuesto.

La idea le produjo un escalofrío a pesar del calor que hacía.

Christine caminó por el terreno, tomándose como un juego la inspección de cada uno de los aspersores. Ya se había duchado y cambiado; se había puesto un sencillo vestido de punto, así que no quiso mirar más las plantas.

Pero estaba a punto de enderezar una enredadera caída cuando oyó el grave sonido del coche de Vito llegando por la calle. Todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se pusieron alerta, y dejó la rama caer.

Se irguió y observó al atractivo hombre que salió con agilidad del asiento del conductor. Él la buscó enseguida con la mirada, y se quedó fijo en ella mientras caminaba hacia donde estaba.

El corazón de Christine se aceleró increíblemente, y se dijo que el motivo era que nunca antes había tenido una aventura, y no que se estuviera haciendo fantasías románticas con Vito Cesare. Su decisión de tener un lío con él no tenía nada que ver con el romanticismo, y sí con el pragmatismo. Ella tenía sus necesidades, y no podía seguir ignorándolas para siempre.

Y al parecer, Vito quería ocuparse de sus necesidades. Fin del asunto.

El hecho de que aquel hombre le diera una nueva dimensión a la palabra «sexy», era sólo un extra.

Abanicándose las piernas con la tela de la falda del vestido para secar las gotas de agua de los aspersores, hizo como si no se diera cuenta de que estaban a tan sólo unos centímetros de distancia.

—Qué pronto has vuelto —sus palabras no sonaron tan firmes como ella habría querido, pero no podía negar que él la ponía nerviosa. La excitaba.

—No tiene sentido tener un Ferrari si no puedo llegar rápidamente donde quiero —dio un paso adelante, lo cual no habría sido posible si ella no hubiera dado otro hacia atrás—. ¿Podrías repetirme lo que me has dicho por teléfono, ahora que estoy en una posición en la que podré apreciarlo más?

La chaqueta de lino que llevaba esa mañana había desaparecido, y ya sólo llevaba una camiseta de seda blanca y unos pantalones negros. Aquel cuerpo desprendía más calor que un volcán.

Ella notó que estaba muy, pero que muy dispuesta a tocarlo. Deseaba sentir si su tacto era tan agradable como recordaba.

—Dije que estaba lista para aceptar tu proposición—pasándose la lengua por los labios, decidió que, si él no la besaba enseguida, ella misma tomaría la iniciativa. Su ataque de nervios parecía estar remitiendo, pero en su lugar, un tremendo deseo empezaba a fluir por sus venas.

—Hace muchísimo tiempo que hablamos de proposiciones, Christine. Días y más días, y demasiadas horas como para contarlas. Tal vez podrías refrescarme la memoria en cuanto a qué me estás diciendo que sí, para que no haya errores... —su voz sonaba ligeramente frustrada, pero sus ojos ardían hambrientos.

La idea de que él hubiera estado esperándola, deseándola, hizo que por fin olvidara sus últimas reticencias. Y hasta el cielo sabía que ella apreciaba a los hombres que no jugaban y querían oír las cosas claramente.

Sí, ese acuerdo al que habían llegado, podía funcionar muy, pero que muy bien.

Ella levantó la vista para mirarlo, iluminado por los últimos rayos de la tarde.

—Me refiero a tu proposición de intercambio de placeres eróticos dentro de un marco de tiempo limitado. Tú lo habías puesto un nombre, creo recordar... —se dio unos golpecitos en la barbilla con el dedo, como si estuviera pensando, y por fin terminó —. Oh, sí, ya me acuerdo. Una aventura. Acepto todo lo que esta suponga, a partir de hoy.

—¿Tienes alguna idea de cómo se lleva una aventura? —él parecía dubitativo, como si no le convenciera.

—Me siento ofendida por la pregunta. ¿Es que no me comporto como una mujer con experiencia en este tipo de cosas? —molesta por todo aquello, suspiró—. Creo que habría preferido que ya hubiéramos llegado a la parte de los besos a estas alturas.

Él asintió, muy lentamente.

—Eso suena como un buen sitio por el que empezar.

Le tomó la cara entre las manos, inclinándole la cabeza hasta que estuvo en la posición perfecta para que sus bocas se encontraran. Suave, cálida, húmeda.

Él la saboreó con profundidad mientras sus labios se amoldaban a ella y sus cuerpos se acercaban cada vez más. El calor del atardecer en Florida no era nada comparado con el calor que despedía el cuerpo de Vito, y la piel de Christine parecía a punto de burbujear al mínimo contacto.

Abrazándole el cuello, ella se aplastó contra él mientras Vito caminaba hacia atrás en dirección a la intimidad del garaje, lejos de los ojos curiosos del vecindario.

Puesto que ya no le preocupaba mantener la distancia por motivos profesionales, ni tampoco las barreras personales, ella estaba más que dispuesta a llevar las cosas a un nivel superior. Después de todo, habían hecho un trato.

Una aventura era un asunto sin consecuencias de duración limitada y con final seguro. Después, cada uno se iría por su lado.

Nadie quedaría herido y su trabajo no se vería comprometido, así que era perfecto. Delicioso. Y exactamente lo que ella necesitaba en su vida en aquel momento como recompensa por todo el duro trabajo que había realizado ella sola.

—¿Dónde? —murmuró Vito contra su boca, rompiendo el beso sólo un segundo cuando llegaron a una esquina del garaje.

Ella le movió la mano desde el inocente lugar donde él la tenía colocada, su hombro, hacia abajo, hasta la curva de su... pecho.

El gruñó al mismo tiempo que ella suspiraba, explorando el escote de su vestido.

—Quiero decir que dónde quieres hacer esto —Vito se apartó lo suficiente como para mirarla en el momento en que sus dedos investigaban bajo la tela de algodón—. Te prometo que sabré dónde tocarte si me dices dónde quieres ir.

Los hipnóticos círculos que él estaba dibujando con los dedos le impidieron a Christine responder inmediatamente. Hacía mucho tiempo que nadie la tocaba. Sólo se había encontrado con Rafe en persona una vez, y se había convencido a sí misma de que él era su amor verdadero porque los dos parecían comprenderse a las mil

maravillas en las largas cartas que se enviaban por internet.

Pero antes de él, sólo había tenido un novio en la universidad. Y él sí que necesitaba que le indicaran dónde tocar. Hasta un mapa le habría sido útil.

Se puso un poco nerviosa al pensar que Vito no necesitaba instrucciones.

—¿Christine? ¿Quieres que te lleve a mi habitación? ¿A la tuya? —con el pulgar y el índice, le apretó ligeramente el pezón—. ¿O quieres que volvamos a tu ducha favorita para hacer realidad la última de las fantasías que he tenido sobre ti?

—¿Que tú tienes fantasías en la ducha? —ella cerró los ojos al sentir que él se inclinaba sobre la ligera curva de su escote y al notar la calidez de su aliento sobre su piel—. Prueba a estar allí desnuda cada noche con el agua corriendo sobre tu piel...

Vito le colocó un dedo a Christine sobre los labios, consciente de que no sobreviviría a la descripción de su fantasía.

—No tienes que decírmelo. Llevo semanas imaginándote desnuda y mojada allí cada noche.

La arrastró por la puerta del garaje en dirección al escenario de sus últimos sueños.

Cruzaron el jardín recién abonado sin importarles el agua de los aspersores. Ni el agua podría enfriar a Vito ahora que ella había dicho que sí. Además, pronto ella estaría mucho más mojada.

Sin aliento y chorreando, llegaron hasta el cobertizo en la parte trasera del jardín. Vito se rió de su hermano el día que instaló unos halógenos de baja potencia, pero en ese momento tuvo que admitir su utilidad. Las ventanas estaban cerradas, puesto que nadie más que Christine iba allí.

Incapaz de seguir esperando para ponerle las manos encima, Vito cerró la puerta tras ellos y la colocó contra ella.

Ella sabía aún mejor mojada. Le lamió las gotas de agua del cuello, saboreando su piel y oliendo su pelo. Olía dulce y vibrante.

Y lo mejor de todo era que ella parecía derretirse cada vez que él la tocaba. Tuvo que admitir que tal vez lo de que ella se tomara unos días para aclararse las ideas había sido algo bueno. Si antes ella parecía algo tímida, ahora que se había decidido, no se contenía en absoluto.

—No puedo esperar más —susurró ella contra sus labios, tirando de su ropa con frenesí—. Ni un minuto más.

Mientras las manos de ella bajaban por sus pantalones, él empezó a preguntarse si él sería capaz de esperar.

—¿Estás cansada? —preguntó él, agarrándole las manos que ella ya tenía sobre su cinturón.

Ella se apartó para mirarlo y dijo.

—¿Es que te parece que lo estoy?

Y frotó las caderas contra las de él para dar más énfasis a sus palabras.

—No, ya veo que no —él le pasó las manos bajo el vestido, extendiendo los dedos sobre su torso—. Sólo quería saber si te parece bien que guardemos la ducha para el segundo asalto, puesto que parece que va a ser una noche larga.

Capítulo 7

Aquella era la mejor idea que había tenido en su vida.

Christine se felicitó a sí misma por su brillantez a la vez que se arqueaba contra Vito. Sus manos eran fantásticas.

Y su cuerpo hacía que ella lo desease cada vez más. Se acercó más a él como una flor que busca la luz. Necesitaba su calor.

—Puedo garantizarte que habrá un segundo asalto —dijo ella, poniéndose de puntillas para hablarle al oído—. Pero no voy a esperarte hasta entonces para meterte en la ducha.

Y menos cuando en todas sus fantasías con él había agua fluyendo sobre su piel morena.

Escapando de sus brazos, ella lo condujo hasta la parte trasera del cobertizo, hacia la puerta de la ducha.

Vito emitió un sonido que podía ser interpretado como un gruñido o como una carcajada ahogada.

—¿Qué ha pasado con la mujer tímida que lleva todo el mes evitándome y que ha tardado una semana en decidir si se acostaría conmigo o no?

Christine se detuvo junto a su bolsa y sacó dos toallas limpias.

—¿Tímida? ¿Es que no te he dicho que si te evitaba era para contener el aluvión de fantasías eróticas?

La sorpresa, y el deseo, de sus ojos no tenían precio. En un hombre que probablemente habría estado con muchísimas mujeres, su evidente deseo le agradó mucho. Hacía aquella atracción mucho más especial.

Aunque ella no necesitaba que aquello fuera especial, se recordó rápidamente. Ese tipo de pensamientos eran los que podían suponer un peligro. Si se había metido en aquel jaleo, había sido por los orgasmos, maldición.

Sintiéndose algo mercenaria mientras le quitaba a Vito la camiseta, no pudo evitar un suspiro de admiración puramente femenino.

—¿Así que no eres tímida? —él la ayudó con la camiseta, sacándosela por encima de la cabeza y dejándola caer sobre la bolsa de lona.

—Desde luego que no. Es sólo que no me gusta lanzarme a nada sin valorar la situación cuidadosamente —sus hermanos Seth y Jesse reirían ante la idea de que alguien la considerara tímida. La habían acusado de ser independiente hasta la fiereza, de ser cabezota, pero nunca antes le habían dicho que fuera reservada.

Una sonrisa traviesa se dibujó en los labios de Vito.

—Bien. Entonces no te importará si hago esto —con un gesto de sus dedos, el vestido cayó a sus pies.

Christine quedó frente a él vestida sólo con unas braguitas de algodón azules y un sujetador sin tirantes a juego.

Él la miró sin disimulo, haciendo que ella deseara que la tocara enseguida.

—Buen truco, señor Cesare —se acercó más a la puerta de la ducha—. ¿Es eso lo que has aprendido seduciendo mujeres a lo largo y ancho del mundo?

—Nada de eso —él se empezó a quitar el cinturón y fue sacando lentamente la tira de cuero de las trabillas—. Es un truco para el que acabo de encontrar la inspiración. No subestimes el atractivo de verte desnuda.

Oh, sí que se le daba bien aquello. Tremendamente sexy y encantador, ya la tenía rendida a sus pies. La mirada de Christine se dirigió hacia sus manos mientras él mismo se bajaba la cremallera del pantalón. Ella se pasó la lengua por los labios; de repente se le había quedado la boca seca.

—Creo que entiendo el atractivo del desnudo —admitió ella, incapaz de apartar la mirada de él mientras revelaba unos boxers de seda negra debajo de los pantalones.

Después, sacó un puñado de preservativos del bolsillo. Un buen puñado.

Ella empezó a contar: uno, dos, tres, cuatro...

—¿Cinco? ¿Siempre eres tan optimista? —ella contaba con un segundo asalto, pero cinco... Oh, empezaba a sentirse un poco mareada sólo con pensarlo.

—No es optimismo. Estoy inspirado, ¿recuerdas? —con un preservativo en la mano, dio un paso hacia ella mientras los halógenos lo bañaban de luz dorada—. Y puedo decirte con toda sinceridad que nunca antes había estado tan inspirado.

—Oh —volvió a sentir la debilidad ya familiar en las rodillas, pero antes de poder ser abatida por la brisa, como la higuera, los brazos de Vito la rodearon, estabilizándola y llevándola hacia el interior de la cabina de la ducha con una nítida visión de las estrellas encima de ellos.

El aire de la tarde acarició su piel con un agradable calor, calmando la piel de gallina que le había producido la intensa mirada de Vito.

En un segundo, él la buscó con los labios, las manos sobre su cintura, explorándola... sobre sus caderas...

Christine dejo caer la cabeza hacia atrás para rendirse a sus

caricias y creyó ver en el cielo una estrella fugaz. Sorprendentemente, la diminuta estela de luz permaneció marcada bajo sus párpados después de haberlos cerrado con fuerza.

—No te arrepentirás de haber dicho que sí —le murmuró Vito al oído, deslizando los dedos bajo el sujetador—. Te lo prometo.

Christine suspiró de placer mientras él le acariciaba los pechos. Alargó la mano hacia el grifo y lo abrió en posición de agua caliente.

—No me arrepentiré —prometió ella, decidida a sacar sólo placer del tiempo que pasara con Vito.

El agua salió a toda presión, empapándolos a los dos. La ropa interior de algodón de Christine se le pegó a la piel mientras de su cuerpo surgía vapor que se confundía con el aire de la noche.

Las manos de Vito se apresuraron a quitarle el sujetador y las bragas, pero no tan rápidamente como se quitó él los boxers negros. Sus últimas prendas de ropa acabaron enseguida colgadas por encima de la pared de la cabina de la dicha mientras ellos dejaban el agua correr por su cuerpo.

La luna empezaba a salir por encima de ellos, pero aún no lucía lo suficiente como para dejarle a Christine ver suficientemente bien el cuerpo musculoso de Vito, así que lo acarició por todas partes para apreciarlo en su justa medida. El agua caía por su torso, y ella lo lamió mientras seguía el mismo camino con los dedos.

Con la lengua llegó hasta un pezón pequeño y masculino, y siguió bajando y bajando hasta que él la detuvo justo antes de llegar a sus abdominales.

—Espera —dijo, agarrándola de los hombros para que se levantara. Su tono de voz era dificultoso, ahogado—. Eso es para el segundo asalto, cariño. Deja que yo te lleve en éste.

Sonriendo contra sus labios mientras lo besaba, ella lo dejó salirse con la suya esa vez, pero cuando sintió sus manos deslizarse entre sus muslos húmedos, la sonrisa la abandonó y la invadió la urgencia.

Vito empezó a explorar los rizos entre sus muslos y se cambió de posición, colocándose tras ella y poniéndola directamente bajo el chorro de la ducha.

Christine se preguntaba qué estaría pensando hasta que él alargó la mano para modificar la posición de la ducha. Empezó a bajarla, más, más.

Hasta llegar justo ahí.

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás, sobre su hombro, mientras él le separaba las piernas, exponiéndola más al chorro. Las suaves

caricias de sus dedos combinadas con la pulsación del agua formaron una combinación para quitar el sentido.

En su garganta comenzó a tomar forma un grito en el mismo momento en que Vito le susurraba al oído:

—Quiero verte llegar.

Su cuerpo explotó en un sensual espasmo, todos los músculos de su cuerpo tensos mientras el orgasmo la atravesaba. No pudo contener un grito de puro placer, pero él alcanzó a cubrirle la boca con las manos lo suficiente como para evitar que despertara a todo el vecindario.

Christine se estremeció por la intensidad del clímax. Nunca antes había experimentado algo que se acercara ni lo más mínimo a aquello que él le había producido.

Cuando la última contracción se difuminó, ella pensó que las piernas no volverían a sostenerla nunca. Por suerte, no tendrían que hacerlo. Vito la sujetaba con un brazo mientras con la mano libre sacaba el preservativo de su envoltorio y se lo ponía.

Apoyándose con una mano contra la cabina de la ducha, la levantó contra su cuerpo con la otra. Aún algo mareada, Christine se sujetó a él, contenta de poder dejar que él se encargara de su cuerpo, puesto que lo entendía mucho mejor que ella.

Hasta que él no le levantó bien el muslo contra el suyo, ella no entendió qué era lo que Vito quería. Con la espalda contra la pared, se agarró con fuerza a su cuello mientras se sujetaba fuertemente a su cintura con las piernas. Sus fuertes brazos la sujetaron mientras ella lo guiaba justo donde ella lo quería.

Con un golpe de sus caderas, él empezó a entrar en ella, despertando cada terminación nerviosa a su paso. La llenó completamente mientras ella permanecía muy quieta, esperando a que su cuerpo se acomodara al de él.

Y entonces empezó el ritmo. Más seductor aún que el chorro de agua, Vito se movió dentro de ella con el gesto suave y constante de un hombre que sabe dónde quiere llegar.

Con el corazón latiéndole aceleradamente en el pecho, ella le tomó la barbilla en la mano y se quedó mirando sus ojos a la luz de la luna mientras el agua seguía cayendo sobre sus cuerpos desnudos. El calor de su mirada hacía juego con el infierno que ella sentía dentro. Sólo tuvo un segundo para procesar la oscura emoción de sus ojos antes de que ella lo atrapara con la boca en un beso que los unió mientras él entraba profundamente dentro de ella.

Hundiendo los dedos en su pelo mojado, Christine se agarró a él mientras otra tormenta se desencadenaba en su interior. Él la llevó

hasta el precipicio de ese increíble momento una y otra vez hasta que por fin se hundió más profundamente dentro de ella, lanzándola al vacío en un cegador instante.

Su grito resonó con el de ella esa vez, pues ninguno de los dos tuvo el poder de continencia necesario para reprimirse.

El corazón de Christine latía con tanta fuerza, que ella no oía nada más. Su cuerpo se veía sacudido por un sensual temblor mientras Vito la sujetaba con fuerza contra él.

Podía haberse quedado dormida allí mismo, empapada y agotada, si él no él hubiera dado el agua fría para que cayera directamente sobre ellos.

Abriendo y cerrando los ojos para salir de la niebla del orgasmo que acababa de experimentar, ella se deslizó para ponerse en pie.

Ella pensó que tal vez la aventura hubiera acabado cuando Vito salió de la ducha. Su pánico duró sólo un segundo, pues él volvió con las toallas secas que ella había dejado preparadas fuera.

Podía haber ganado espacio si él le hubiera pasado la toalla y simplemente la hubiera dejado secarse sola, pero, en su lugar, Vito se colgó la suya alrededor del cuello y desplegó la de Christine para arroparla con ella y abrazarla.

Lentamente, la guió de nuevo hasta el cobertizo, y sujetó la puerta para que ella pasara.

—Podemos irnos a dormir o empezar a pensar en el segundo asalto —él le apartó un húmedo mechón de pelo de la cara mientras la secaba—. Y deja que te diga, que elijas lo que elijas, tendrá lugar en mi cama.

Vito no quería presionarla, pero aún no podía dejarla marchar. Y menos después de haber descubierto el lado salvaje de aquella diosa. Lo que él había interpretado como timidez, eran en realidad intentos de evitarlo, pues ella también lo deseaba.

Aún seguía dándole vueltas a lo mismo mientras la miraba bajo la luz del cobertizo.

Nunca se había imaginado que una mujer podía tener tales instintos domésticos como los que ella tenía, y ser a la vez tan espontánea en la ducha como lo había sido ella. ¿No estaría empezando a ser un poco machista?

No, sólo estaba perdido.

—¿A tu cama? —las dudas en la voz de Christine lo hicieron volver de golpe al presente.

—Tengo cuatro preservativos más esperando, ¿recuerdas? —la soltó un momento para ajustarse su toalla a la cintura, pero se quedó extrañado al ver que ella no se vestía—. ¿Preferirías que

fuéramos a tu cama?

—No es eso —Christine se arropó en la toalla. Tenía un aspecto muy vulnerable, con los hombros descubiertos y las marcas de la camiseta de tirantes que usaba para trabajar marcadas en ellos.

—Esto supondría un récord... la aventura más rápida del mundo, si es que estás pensando en marcharte ahora —y sería un golpe aún más fuerte para su ego masculino.

Christine se agachó para recoger su vestido del suelo y metérselo por la cabeza. Una vez que lo tuvo puesto, tiró de la toalla que había quedado bajo él. Un número de magia para vestirse que sirvió para que él no viera apenas nada de su cuerpo desnudo.

—Me pregunto si deberíamos establecer ciertos límites en esta nueva etapa de... nuestra relación —ella parecía distraerse al mirarle el pecho desnudo. Después le lanzó su camiseta y lo miró a los ojos—. Ya sabes, para mantener la sensación de que no podemos crearnos expectativas el uno con el otro.

Poniéndose la camiseta, él la empujó hacia la puerta. Tal vez si la mantenía distraída charlando hasta que llegaran dentro, podría maniobrar hasta su habitación sin que ella se pusiera a hablar en serio de eso de establecer límites.

—Pensé que podíamos tener algunas expectativas —sujetándole la puerta, se asomó primero para comprobar que no había ningún vecino dando un paseo nocturno.

—¿En una aventura? —ella parecía escandalizada.

—Desde luego. Espero que me dejes tocarte todo el rato, y tú puedes esperar que te daré todos los orgasmos que quieras —sólo bromeaba a medias mientras la miraba caminar frente a él, su caderas bamboleantes y la falda siguiendo el ritmo de un modo tentador.

—Tal vez deberíamos haber hablado sobre esto antes de meternos a fondo —ella lo miró, disgustada, mientras él la adelantaba para abrirle la puerta de la casa.

—Eso sería un error —la cocina estaba a oscuras cuando él abrió la puerta—. Si empiezas a diseccionarlo todo y a establecer fronteras por todas partes, esto ya no se parecerá en nada a una aventura. Mi idea de aventura es algo espontáneo —incapaz de resistirse a esas líneas pálidas sobre sus hombros, se inclinó para besarla—. Divertido.

—¿Entonces, es que eres un experto en la materia?

Sus limpios ojos azules le pedían la misma sinceridad que ella siempre le había dado.

Eso lo pilló desprevenido.

—No.

—¿No eres un experto? —ella se inclinó sobre la encimera de la cocina, mostrando con cada gesto que no se creía lo que le decía.

Si aquello hubiera sido una entrevista para un medio de comunicación, él se habría marchado inmediatamente. Normalmente no le importaban las conclusiones que la gente sacara de él, pero a ella le debía algo más.

—Admito que sé lo que son las relaciones sin compromiso porque las he tenido antes —mucho menos de lo que ella parecía estar pensando. Lo peor, y lo que le preocupaba, era que estaba deseando convencerla de que se equivocaba—, pero lo cierto es que nunca he tenido una aventura en la que la espontaneidad haya durado. Cada vez que lo he intentado, he sentido que la cosa se complicaba cada vez más.

Abriendo la nevera, sacó la siempre bien llena jarra de limonada y sirvió un vaso para cada uno.

Vito no sabía cómo reaccionaría ella ante su pasado, pero le parecía importante dejarle las cosas claras. Le pasó uno de los vasos y esperó a oír lo que ella tenía que decirle, y deseaba fervientemente que no usara aquello como excusa para terminar ya lo que tan bien había empezado.

Christine tomó el vaso de los cálidos dedos de Vito e intentó centrarse en la discusión que los ocupaba.

Ella debería alegrarse de que él hubiera estado con otras mujeres en situación semejante, ¿no?

Curioso, pero la idea no parecía resultar tranquilizadora.

—Tal vez tus relaciones se han complicado porque las mujeres con las que has estado en el pasado no han sido sinceras acerca de sus intenciones contigo —tomó un sorbo del agridulce refresco y se dijo a sí misma que eso no les pasaría a Vito y a ella—. Esta vez no tendrás ese problema, porque yo no tengo ninguna intención de adoptar tu acelerado estilo de vida. Estoy feliz con mi aventura empresarial; tengo grandes expectativas para mí misma que no incluyen a ningún hombre.

Ya estaba dicho.

Sentía que su tono de voz había sido más agresivo de lo que ella quería. No había pensado ponerse a la defensiva, pero no lo había podido evitar.

—¿Y si yo no soy para nada el playboy sofisticado que te crees que soy? —sus ojos color avellana brillaron con ardor en la oscuridad de la cocina. Tenía el pelo mojado y pegado a la cabeza, y sus fuertes rasgos se hacían aún más prominentes.

El deseo de tocarlo aún no se había desvanecido. Al contrario, tenía que admitir que se había intensificado desde el encuentro en la ducha.

Ella no pudo contener la sonrisa.

—Conduces un Ferrari... no creo que ande muy desencaminada en mis suposiciones.

—Eso es diferente. Resulta que he caído en esta profesión porque me encantan los coches —colocó el vaso vacío en la pila y se apoyó en la encimera al lado de ella—No habrías pensado eso de mí si me hubieras visto en la ranchera de los setenta que conducía cuando mis hermanos eran más pequeños.

Christine trató de imaginarse al señor Sofisticado, con su camiseta de seda, rodeado de niños cuando él no era tan mayor.

El hermano mayor de Christine, Seth, también se había echado un montón de responsabilidades a la espalda cuando su padre los abandonó, pero su madre siempre estuvo con ellos para preocuparse de sus necesidades diarias.

Vito probablemente tendría la misma edad que ella, o tal vez fuera más joven aún, cuando tuvo que empezar a hacer de padre. ¿Podría ella haber superado un reto de tal calibre? No quería ni pensarlo, pues si le estaba costando tanto echar a andar su negocio...

—¿Cómo lo hiciste para mantener a todos tus hermanos? ¿Trabajabas?

Él levantó la vista al techo y empezó a abrir un armario de la cocina tras otro, como si buscara algo.

—Demonios, claro que sí. Pero como para entonces ya había acabado la universidad, simplemente pasé a ocuparme del negocio de carpintería de mi padre. A mi hermano Renzo le encantan esas cosas, pero yo no estaba hecho para pasarme todo el día con una sierra en la mano. O con un metro.

Buscando en los armarios, encontró una caja de galletas de azúcar y puso un montón delante de ellos.

Christine tomó una galleta en sustitución de lo que realmente le apetecía, y trató de imaginarse lo que tenía que ser verse atrapado en un duro trabajo que no te gusta.

—Es importante que te guste tu trabajo —ése era el motivo por el que ella estaba trabajando duro para sacar su empresa de paisajismo adelante. Puesto que sus sueños románticos no habían tenido buen fin, su trabajo era lo más importante de su vida.

—Tienes toda la razón. Aún a día de hoy, el olor del serrín me pone de mal humor. Pero al mismo tiempo te digo que simplemente

hice lo que tenía que hacer.

Christine lo observó en la intimidad que proporcionaba la oscuridad de la cocina, admirándolo por los sacrificios que había hecho por su familia. Tal vez Vito no fuera al fin y al cabo el playboy descuidado que ella había pensado. Después de haber asumido la responsabilidad de haber educado a sus hermanos siendo tan joven, se merecía un poco de diversión.

Pero aunque el darse cuenta le hizo comprender su necesidad de conducir a altas velocidades y vivir sus sueños de Fórmula Uno, Christine no se sentía tan magnánima acerca de sus otras relaciones sin compromiso. ¿Desde cuándo el tener responsabilidades en la vida excusaban a un hombre de ser fiel?

Sus dos hermanos tenían un fuerte compromiso con sus esposas. Incluso su hermano Jesse, que había tenido reputación de chico malo, había acabado comprendiendo las ventajas de estar con una sola mujer.

Frunciendo el ceño, miró a Vito desde el otro lado de la encimera.

—No digo que sea asunto mío, ni nada por el estilo, pero tengo cierta curiosidad por saber qué tienes contra las relaciones. ¿Es que es demasiado complicado serle fiel a una mujer en tu trabajo? ¿Las mujeres se arrojan a tus pies?

—Cielos, claro que no —Vito se ajustó la toalla que tenía alrededor de las caderas—. Muéstrame a alguien que utilice su trabajo como excusa para ser infiel y yo te mostraré a alguien que no merece estar casado. Es sólo que no estoy preparado para ir en serio con una mujer. He disfrutado mucho recuperando el tiempo y la diversión perdida cuando era más joven, y no querría confundir a nadie.

Por un momento, su «yo» romántico albergó ciertas esperanzas por Vito, porque era de los hombres que creían en las relaciones firmes aunque no quisiera tener una. Y entonces, Christine despertó y escuchó el mensaje que había detrás de sus palabras.

No quería confundir a nadie.

Se refería a ella.

No quería que ella se hiciera ilusiones sobre ellos, porque él no iba a ir en serio con nadie.

Vaciando el vaso de limonada, lo dejó sobre la encimera con un golpe.

—Bueno, no tienes que preocuparte de eso conmigo. Tengo las normas bien memorizadas. Divertido, espontáneo... y cuando acabe, cada uno se va por su lado tan contento y nadie sufre, claro que no.

Christine no tenía por qué preocuparse por sus preocupaciones, porque ella no iba a ser una de esas mujeres de su vida que no pudieran dejarlo marchar. Daba igual lo estupendo que fuera el sexo, ella no estaba lista para tener una relación de verdad. Tenía un negocio que sacar adelante y tenía que olvidarse de la vena romántica que había dirigido su vida y que la había llevado a enamorarse de Rafe.

Ahora sí que podía manejar a un tipo como Vito Cesare sin resultar herida.

Aquella aventura sería un éxito.

—Excelente —dijo él, tirando las migas de las galletas a la pila —. Entonces, ¿qué te parece, Christine? ¿Estás intentando evitarme de nuevo o puedo levantarte en brazos y llevarte a mi cama?

Capítulo 8

Ella dijo que sí.

Vito seguía sin poder creer cómo Christine había dejado a un lado todas las convenciones tradicionales del romance para poder explorar la química que había entre ellos.

Una semana más tarde, él le hizo el desayuno mientras ella dormía un poco más. Era un trato justo, puesto que él la había mantenido despierta casi toda la noche. Nunca se saciaba de ella.

Aquella mujer era increíble, sexy y dulce a la vez. A veces lo tentaba con caricias sorpresa bajo la mesa cuando estaban cenando o cuando hablaba por teléfono con sus parientes italianos que llamaban a todas horas preguntando cómo llegar a la casa la semana siguiente.

Otras veces, lo sorprendía con lo generosa que podía llegar a ser, entregando todos los pedidos de la señora Kowolski en su furgoneta cuando a la mujer se le estropeó la suya. Y la tarde anterior, Christine se había pasado dos horas con la señora Hollenbeck arreglando un macizo de flores junto a su puerta de entrada para que el porche que acababa de construir quedara más lucido.

Doblando con cuidado su primer intento de tortilla en dos, Vito comprobó las instrucciones del libro de cocina para asegurarse de que lo estaba haciendo bien. Necesitaría seis tortillas más si ella tenía tanta hambre como él. Tanto trasnochar le estaba dando un apetito terrible.

Estaba buscando más nuevos en el frigorífico cuando oyó el teléfono.

—¿Sí? —respondió, colocándoselo entre la oreja y el hombro para apartar los limones que lo ocupaban todo.

—Hola, *fratello* —la voz de Giselle inundó la línea. Normalmente lograba contener su acento italiano, pero ahora que estaba pasando una temporada en Nápoles por motivos de trabajo de su prometido, la cosa era imparable—. Empiezo a sentir pánico con los preparativos de la boda... estoy tan lejos... Por favor, dime que te estás ocupando de tener la casa lista para que no tenga que preocuparme de eso también cuando llegue la semana que viene...

—Lo de la casa está controlado. Y gracias a Giuseppe, que contrató a la paisajista, el jardín está más bonito que nunca. Los vecinos no paran de pasar por aquí a tomar ideas para sus casas.

Aunque estaba seguro de que el hijo adolescente de la señora Hollenbeck pasó sólo para echar un vistazo desde más cerca a las piernas de Christine.

—No sé si sabrás que Giuseppe anda diciendo que ha encontrado a tu pareja perfecta — Giuseppe rió al otro lado del teléfono, susurró algo a alguien, y después volvió a centrar su atención en Vito—. Tuvo a la tía Sophia al teléfono media hora anoche contándole y presumiendo de la jardinera que había contratado. ¿Christine, verdad?

Mientras pasaba la tortilla a un plato desde la sartén, Vito dudaba qué responderle a su hermana para no levantar sospechas o dar crédito a los esfuerzos de Celestino de su tío.

—Tiene mucho talento —mantendría sus comentarios centrados en el plano profesional. No había motivo para que nadie supiera cómo lo había impresionado también en el terreno personal.

—Giuseppe dice que es una preciosidad.

—No voy a entrar ahí, así que ni preguntes —mientras cascaba más huevos en un bol, echó un vistazo hacia el pasillo, hacia la habitación de Christine.

Ella había accedido a la idea de un encuentro rápido en la ducha o en la mesa del comedor, pero había puesto el límite en pasar la noche en su cama. Por eso, cada noche antes del amanecer, se levantaba y volvía a su propia cama buscando un poco de intimidad.

—Oh, de acuerdo. Si no estás interesado en ella, seguro que Marco sí lo estará. La otra noche me estaba diciendo que necesitaría una acompañante.

Vito dejó caer un huevo al suelo.

—Maldita sea, Giselle. Sé lo que intentas, pero no te va a funcionar. Christine es mil veces más madura que Marco —incluso aunque tenía una edad más cercana a la de su hermano pequeño que a la suya.

Pero había algo en el pragmatismo de Christine que hacía que la diferencia de edad entre ellos fuera irrelevante.

—No tienes que molestarte por esto. No se la presentaré a nadie si no quieres que lo haga, pero es una pena dejar escapar a una mujer que es tan guapa e inteligente.

—Hermanita, estoy haciendo el desayuno — le costó un montón hablar mientras apretaba los dientes—. ¿Querías algo o puedo seguir con mi tortilla?

Por el rabillo del ojo, vio algo amarillo.

Al girarse encontró a Christine a su lado, tomando un vaso del armario.

Se quedó mirándola y decidió que acabaría la charla con su hermana antes de que Christine se marchara de la cocina.

La voz de Giselle volvió a oírse desde el otro lado de la línea.

—La verdad es que me gustaría hablar con ella. Quería explicarle un par de ideas que tengo sobre el jardín y las fotos. ¿Está por ahí?

Demonios. No podía mentirle a Giselle. Aunque fuera una pesada, seguía siendo su hermana, y él había estado dispuesto a entregarla en matrimonio desde el día que la pilló besándose con Billy Spears.

—Sí, está aquí.

—Oh, y... ¿Vito?

—¿Qué?

—Supongo que te das cuenta de que tienes que invitarla a la boda, después de todo lo que ha trabajado para mí.

Él no quiso protestar porque sabía que las normas de educación decían que su hermana tenía razón, y además, tampoco estaba dispuesto a admitir que estaba dándole vueltas a la idea de invitarla personalmente.

—Ya lo sé. Espera un momento —le pasó el teléfono a Christine y trató de no escuchar su conversación mientras acababa de hacer el desayuno.

Lo cierto era que resultaba muy fácil no escuchar, pues era su hermana quién lo decía todo, mientras que Christine sólo asentía y aceptaba sus propuestas.

Para cuando ella acabó, Vito ya tenía la mesa puesta con las tortillas y las tostadas servidas.

—¿Y? —no pudo negar que tenía cierta curiosidad por saber qué había pasado, y más cuando Giselle parecía tan interesada como su tío Giuseppe en hacer de casamentera. Aunque ello supusiera emparejar a Christine con otro hombre.

Sólo de pensar eso último, se le quitaba el apetito.

—Tu hermana quiere que pruebe unos cuantos puntos del jardín para hacer fotos —dijo Christine después de apagar el teléfono, mientras se colocaba la servilleta en el regazo—. Ah, y gracias por el desayuno. Huele estupendamente.

—De nada —Vito se sentó a la mesa junto a él—. ¿Qué quieres decir con eso? El trabajo de jardinería está casi acabado, así que no puede ser que espere que cambies nada, ¿no?

—Al parecer sólo quiere que tomemos unas cuantas fotos digitales al atardecer para que ella pueda ver el efecto de la luz en distintos puntos del jardín —Christine se encogió de hombros—. No es nada laborioso, y dijo que tú tenías una cámara.

Vito se preguntaba dónde estaría la trampa. ¿Tanta curiosidad

tenía Giselle de ver a Christine?

—Sí tengo cámara.

—¿Y tiene temporizador? —preguntó ella, entre bocado y bocado de tortilla.

—¿Temporizador?

—Si lo que quiere es ver cómo quedarían las fotos, seguro que querrá ver a dos personas en la foto para ver el efecto.

—Ahhh...

—¿Qué?

—Pues que ella se ha puesto en el mismo bando que el tío Giuseppe para forzarnos a hacer cosas juntos. ¿No te resulta evidente? —su familia era transparente.

—Lo siento, pero no —Christine dejó su plato limpio y le quitó dos trocitos a él del suyo—. Me ha dicho que quiere un lugar con flores o plantas como fondo para las fotos, y para mí eso es perfectamente normal.

Vito le acercó su plato para compartir con ella lo que le quedaba en él.

—Esta semana nos pide que posemos en unas fotos para ella, y a la siguiente esperará que hagamos público nuestro compromiso. Todo esto es diabólico.

Ella se puso de pie y fue a llevar el plato al lavavajillas.

—¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor no estás rodeado de tantos Celestinos como crees? En serio, me siento menos inclinada a pensar que tu hermana sea diabólica y más a que tú estás un poco paranoico con la posibilidad de perder tu estilo de vida de soltero.

—¿Paranoico? —¿De dónde se había sacado aquello?—. Tú no conoces a mi familia.

—Tal vez no, pero me da igual. Deja que te tranquilice otra vez más. No tienes nada de lo que preocuparte por mi parte —fregó la sartén y la colocó en el escurridor—. Ya me habré marchado de aquí para cuando tu hermana empiece a caminar hacia el altar y tú podrás seguir siendo el soltero más codiciado de la familia Cesare.

Christine se secó las manos y se dirigió a la puerta para empezar su jornada de trabajo.

A Vito, al ver pasar esas piernas largas y bronceadas frente a él, se le hizo la boca agua.

—Espera —fue hacia ella y le cerró la puerta para que no saliera.

Necesitaba estar unos minutos más con ella.

Horas. ¿Por qué tenía que estar tan comprometida con ese

trabajo para su tío?

Vito aspiró su fresca fragancia al inclinarse para besarle el cuello. A Christine se le aceleró inmediatamente el pulso bajo sus labios.

—¿Qué? —su voz sonaba grave y ahogada, justo como a él le gustaba, pero su cuerpo estaba aún tenso. Estaba lista para salir a trabajar, porque eso era muy importante para ella.

—No te vayas aún —no sabía cómo convencerla para que se quedara más rato, así que le lamió el cuello y luego subió hasta sus labios.

—Vito, no me puedo entretener —parecía frustrada, igual que él, y su aliento sonaba entrecortado mientras él le acariciaba la cadera.

Demonios. Tendría que dejarlo para después, cuando pudiera tomarse todo el tiempo del mundo para explorar cada centímetro de su cuerpo.

—¿Vito? —ella lo miraba y sus labios estaban hinchados mientras esperaba lo que tanto deseaba.

Y puesto que él no iba a admitir el seducirla sobre la mesa del desayuno, decidió pensar con rapidez.

Giselle se enfadaría si no invitaba a Christine a la boda...

Ahora o nunca. Después de una semana de límites y fronteras, a pesar de ser aquello una aventura, se dio cuenta de que quería más de ella.

Tal vez descubriera de qué se trataba si pasaba más tiempo con ella cuando no estaban los dos en posición horizontal.

Tenía unos coloretes de lo más sexy en las mejillas, y al respirar con dificultad, su pecho subía y bajaba de un modo que no le dejaba apartar la vista. A pesar de todo, se obligó a sí mismo a no empezar a desnudarla en ese preciso instante y, en su lugar, dijo:

—No quiero que te marches antes de la boda.

Estaba claro que estaba sufriendo algún tipo de locura relacionada con el abuso de sexo, se dijo Christine, porque era imposible que un soltero como Vito Cesare le acabara de pedir que se quedara para la boda de su hermana.

Decidió hacerse la ignorante y esperar a que él le detallara lo que quería decir exactamente, porque eso sería lo menos comprometido. Se apoyó en la puerta con el hombro y lo miró.

—¿A que te refieres? —ella se pasó la lengua por los labios y notó que aún le sabían a él.

—A que me gustaría que te quedaras más tiempo para que me acompañes a la boda de Giselle dentro de dos semanas —sus ojos

color avellana se oscurecieron hasta tomar un color dorado oscuro al mirarla. Su voz era grave y baja.

A ella le dio un vuelco el corazón con la invitación, y su parte romántica se estremeció al oír esas palabras de Vito. Pero aún dudaba.

Al aceptar una aventura con Vito había tenido la semana más intensa físicamente y más satisfactoria en el plano sexual de su vida, y aunque había disfrutado de cada segundo al desenmascarar a la diosa del sexo que llevaba dentro, también había empezado a pensar que no podría soportar todo aquel sexo ardiente sin comprometer sus emociones.

Cada noche, al acostarse junto a Vito, ya fuera sobre el suelo del salón o en su cama, había empezado a notar esos ramalazos de romanticismo, el profundo deseo de tener una familia completa, con niños sonrientes, un alegre golden retriever y vecinos que se llevaran tartas unos a otros en las ocasiones especiales.

Ella había estado luchando contra todos esos sentimientos con uñas y dientes cada día, pero sabía que no tendría ninguna opción de victoria si Vito hacía cosas como invitarla a asistir a una celebración familiar con él.

—No lo sé —no quería que le rompieran el corazón, y eso estaba claro que acabaría ocurriendo si se enamoraba de cierto codiciado soltero.

Probablemente habría estado mejor si se hubiera entregado al placer físico aquella mañana, en lugar de pensar en plantar flores. En aquel momento habría estado experimentando un orgasmo múltiple en lugar de luchando contra un ataque frontal de romanticismo.

—Pero ir juntos a una boda no suena como una actividad normal de dos personas que tienen una aventura, ¿o sí?

Ella empezaba a plantearse cómo sobreviviría las dos semanas siguientes con Vito, y más si pasaban ese tiempo rodeados de flores de azahar y marchas nupciales.

Aquello era una puñalada en el corazón para un romántico.

Él pareció comprender a lo que ella se refería, porque asintió con la cabeza como si lo hubiera pensado detenidamente.

—Tienes razón, pero Giselle quiere que vengas después de todo lo que has trabajado para hacer más especial su gran día.

—Estoy segura de que podrás darle alguna excusa. Podemos decir que me dolía el estómago o algo así —aquello era mejor que decir que tenía roto el corazón, desde luego.

Vito continuó como si no la hubiera oído.

—Además, si no estás allí, tendré que soportar que un montón de gente me diga que cuándo voy a sentar la cabeza. Pero, si vienes conmigo, todo el mundo sonreirá y nos dejará tranquilos.

Ella comprendía su razonamiento, pero le dolía un poquito porque había esperado que hubiera algún motivo más personal en su decisión de invitarla.

—¿Sugieres que te acompañe como un favor? —porque eso podía desequilibrarla. Si basaba la decisión en lo que era mejor para ella, tendría que decir que no.

Pero Vito acababa de hacerle el desayuno, y había pasado dos horas la tarde anterior intentando comprender cómo funcionaba el complejo sistema de riego que ella había instalado en el jardín. Como lo había comprado de saldo, por el precio tan ajustado que le había dado a Giuseppe, el sistema no tenía manual de instrucciones, pero Vito resultó tener un talento natural para los aparatos electrónicos. A pesar de su inclinación por los coches de carreras y por la velocidad, era un tipo muy agradable, y al parecer, también muy inteligente.

—Depende —dijo él—. ¿Lo considerarías un abuso de nuestra amistad?

Ella consideró la pregunta.

—No, supongo que no.

—Entonces te lo pido como un favor —dijo él con una gran sonrisa—. Por favor, ven conmigo, Christine.

Ignorando el errático latido de su corazón, ella trató de no pensar en lo que iba a hacer y respondió:

—Iré contigo.

—Gracias.

Por un momento, sus ojos se quedaron fijos en ella despertando el cosquilleante calor que sentía antes de un beso. Pero él dio un paso a un lado y se apartó de la puerta.

—Traeré la cámara para que podamos hacer las fotos que necesita mi hermana.

Asintiendo con la cabeza, Christine salió al exterior huyendo de la intimidad de los desayunos compartidos y los planes de boda compartidos. Esas cosas estaban resultando ser más peligrosas que los besos compartidos.

Y a ese ritmo, tendría suerte si su corazón sobrevivía intacto a aquella aventura.

Vito se sintió el hombre más afortunado del mundo cuando empezó a llover al cabo de un rato. Y no era lluvia normal, sino lluvia subtropical de Florida; una barrera impenetrable de agua que

hacía imposible el hacer fotos, y más aún que la laboriosa Christine Chandler trabajara en el jardín.

Vito cerró el programa de diseño de pistas de carreras de su ordenador, se calzó y salió corriendo al exterior para ayudarla a guardar las herramientas.

La lluvia caía con tanta fuerza, que ella le tuvo que explicar a gritos cómo tapar unas flores que acababa de plantar.

Para cuando acabaron de recogerlo todo en el cobertizo, la camiseta azul y blanca que llevaba Christine con las palabras «Todo natural», se le había pegado al cuerpo como una segunda piel, revelando sus curvas de un modo muy tentador. Tenía el pelo pegado a la cabeza mientras le caían gotas de agua por el cuello.

Ella se quedó junto a la puerta del cobertizo mirando a la casa a través de la cortina de lluvia.

—¿Estás listo para otra carrera?

Christine vio que Vito miraba a su alrededor; el cobertizo estaba casi vacío, excepto por las herramientas de jardinería, una mesa y sus cosas para la ducha. Entonces él la miró con un brillo travieso en los ojos.

—Aquí no llueve.

—Pero tampoco hay mantas, ni cama en la que acurrucarse —ella se estremeció, en parte por el frío, pero sobre todo por la perspectiva de los juegos de cama con Vito. Abriendo la puerta, lo miró y dijo—. Voto por que vayamos corriendo a meternos en ella.

Sin que ella pudiera decir cómo había ocurrido, Christine se encontró en los brazos de Vito.

—Si vamos ahora, ¿me prometes que te quedarás en mi cama toda la noche?

El trueno resonó en la distancia, y ella habría jurado que el cielo se oscureció de repente.

—No sé —y era cierto, pero era una mala, malísima idea. Sin embargo, le costaba recordar por qué cuando sus caderas estaban tan cerca de las de él y sus pechos se aplastaban contra su tórax.

Él tomó en el dedo una gota de agua que corría por su mejilla.

—Esta aventura no ha conseguido derribar muchas barreras, ¿verdad?

—¿Y quién eres tú para quejarse, señor espontáneo? —ella sonreía, sin querer darle más pistas, pues ya sabía demasiado—. La aventura ha hecho que cayeran las barreras de nuestra ropa —le acarició los abdominales—. Eso es algo.

Él tomó aire mientras ella introducía el dedo bajo la cinturilla de sus pantalones cortos.

—Claro que sí.

—Entonces no debes presionar, puesto que tú mismo me dijiste que querías que las cosas no se complicaran más —ella le estaba cubriendo de besitos el pecho y la camiseta de algodón empapada que lo cubría.

Ella había tardado una semana en decidir si quería tener esa aventura con él, así que no podía llegar él y cambiar las reglas más tarde.

Vito le tomó la barbilla en la mano y le levantó la cabeza para que lo mirara.

—Entonces no tendrás que pasar toda la noche en mi cama, pero quiero que sepas que me gustaría que lo hicieras.

Ella contuvo un suspiro soñador y volvió a notar la flojera de piernas. Si se quedaba mirando aquellos expresivos ojos de avellana más tiempo, se caería allí mismo.

La tormenta que azotaba en el exterior no era nada comparada con la que sentía ella dentro. Sería mejor enfrentarse a las gotas de lluvia entonces que a las lágrimas más tarde. Iba a marcharse de ese cobertizo antes de hacer alguna promesa que no pudiera mantener más tarde.

—Lo tendré en cuenta —ella intentó sonreír para esconder el difuso sentimiento que notaba dentro. Haciendo un gesto hacia la puerta, le guiñó un ojo—. ¿Listo para una carrera?

Vito no estaba acostumbrado a ser el último en dejar la parrilla de salida, pero al ver correr a Christine bajo el diluvio, se consoló pensando que él sabía mantener el ritmo para atacar al final. Confiaba en que cuando estuvieran dentro, podría convencerla para que no corriera tanto y se tomara su tiempo.

Pero cuando llegó a la cocina, no la vio por ningún lado. La casa estaba en silencio.

Por un momento se preguntó cómo habría sido ese verano sin ella: se habría pasado los días haciendo recados para Giselle y trabajando en el software del juego de carreras que tenía en mente... o sea, que se habría aburrido terriblemente.

Al descalzarse vio las botas de Christine junto a la alfombrilla verde junto a la puerta. Había entrado en la casa, pero se estaba escondiendo.

O estaba esperándolo.

Una oleada de impaciencia le recorrió todo el cuerpo al pensar en ella tumbada en la cama, esperándolo. Sin ninguna duda, aquella había sido su mejor temporada en casa.

Escuchó buscando signos de movimiento en la casa, pero sólo

sintió su propio corazón latiendo con fuerza.

Llegó a la puerta de su habitación y escuchó. Nada.

Perdería la cabeza si no la encontraba pronto, así que fue enseguida a su habitación.

Allí estaba.

Estaba desnuda, cierto, pero no sobre la cama, sino bien arropada bajo las mantas. Sólo mostraba un hombro desnudo.

—Has tardado mucho —dijo ella. Su pelo mojado estaba extendido sobre la almohada—. Empezaba a pensar que tal vez necesitaras más incentivos.

Él se quitó la camiseta y la dejó en el suelo, junto con la ropa que se había quitado ella.

—Ya he tenido bastante incentivo viéndote correr bajo la lluvia como una loca con la camiseta pegada al cuerpo.

—¿Cómo una loca? —se incorporó sobre los hombros y las mantas se deslizaron peligrosamente por debajo de sus pechos.

¿Había sido un accidente o estaba todo calculado?

Vito empezaba a apreciar que, a pesar te tener aspecto de ser una mujer hogareña y tradicional con un don para las plantas y predisposición para ayudar a los vecinos, Christine ocultaba una sensualidad que aún no conocía en su totalidad. Y por alguna razón, el hecho de que ella mantuviese su lado salvaje oculto y lo descubriese sólo para él, le resultaba mucho más atractivo que si se pasease frente a él en tacones de aguja y lencería francesa.

—Bueno, al parecer tenías pensados algunos juegos que incluían mantas y una cama... Pues aquí estamos.

Su olor voló hacia él; ella olía a limpio, a lluvia, y sus mejillas estaban sonrosadas por la carrera. Sus labios, llenos y rosados, lo invitaban a no alejarse demasiado.

Ella le abrazó el cuello y lo atrajo hacia sí.

—Si no puedo seguir trabajando hoy, entonces podemos jugar un poco.

Algo dulce y sincero brilló en sus ojos azules antes de que los cerrara y ocultara lo que de verdad sentía.

Mejor, pues él se marcharía después de la boda y probablemente no volviera a ver a Christine Chandler nunca más. Pero cuanto más pensaba en aquello, más le disgustaba la idea. Le disgustaba la idea de no volver a verla, de no darle la aventura romántica que ella se merecía.

Prometiéndose a sí mismo que las dos últimas semanas que les quedaban juntos serían las mejores del mundo, Vito buscó sus labios. Al saborear su dulce calor, saboreó también su gemido. Sus

dedos entre su pelo, atrayéndolo hacia ella.

El deseo corría por sus venas a toda velocidad, pero, tumbado sobre ella con las mantas entre los dos, decidió que aún quería tomarse su tiempo y asaltar cada centímetro de su piel. Pero primero tenía que sentir su cuerpo desnudo contra el suyo.

En el momento en que sus dedos acariciaban la preciosa curva de sus pechos, oyó un ruido.

En el pasillo.

Sus manos se quedaron quietas mientras esperaba. Mientras escuchaba.

Entonces se oyó una voz masculina, fuerte y grave, desde el pasillo.

—¡Vito! ¿Son estas maneras de recibir a tu tío favorito?

Capítulo 9

—Esto no puede ser verdad —Christine, tumbada bocarriba en la cama, deseó poder hundir la cara en las almohadas.

Conocía aquella voz, y conocía al hombrecito energético y jovial al que pertenecía.

Era sólo que no le apetecía verlo en aquel momento, cuando estaba dispuesta a pasar horas junto al hombre más sexy que había conocido nunca.

—Puedo librarme de él —Vito se levantó de la cama, cubriéndola a ella con las mantas. Después gritó a través de la puerta cerrada—. ¡Salgo en un minuto, tío Giuseppe!

Apartando las sábanas, ella alargó la mano para recoger del suelo sus ropas húmedas.

—No pasa nada. Ya me siento bastante poco profesional teniendo una aventura con el sobrino de mi jefe. No quiero evitarlo cuando viene a ver qué tal llevo el trabajo que me encargó.

Se le hizo un nudo en el estómago al pensar que podían tacharla de poco profesional. Había trabajado tanto para que el jardín superara todas las expectativas de Giuseppe, que no podía soportar la idea de estropearlo todo sólo por haber cometido el terrible error de acostarse con Vito.

—Confía en mí, no está aquí para supervisar tus progresos.

Vito la miró cariacontecido mientras se ponía una camiseta seca y le pasaba otra a ella.

—Sé que no quieres oír esto, Christine, pero probablemente él esté aquí para comprobar «mis» progresos.

Mirando la camiseta azul estampada con el logo de una carrera de Fórmula Uno que él le había dado, intentó seguir su lógica de pensamiento, pero no lo consiguió.

—Querrá saber si ya he hecho algún avance contigo —explicó él al ver su cara de despiste. Después alisó las mantas de la cama, como si fuera un adolescente al que han pillado con su novia, y metió las ropas mojadas debajo de la cama—. ¿Recuerdas? Creo que él pretendía que nos juntáramos.

—Bueno, pues lo ha conseguido, ¿no? —de repente se enfadó consigo misma por haber sido tan predecible y acabar cayendo en la cama de Vito. Se puso la camiseta seca de Vito y se pasó la mano por el húmedo cabello—. No veo motivos para ocultarlo. He hecho un trabajo excelente en el jardín, así que no es que me haya escapado de mis responsabilidades para acostarme contigo.

La voz de Giuseppe volvió a resonar por el pasillo.

—¿Vito?

—Demonios —Vito alargó la mano para colocar bien la etiqueta de su camiseta—. Nunca pensará eso, Christine, pero no tienes que verlo ahora, si no quieres.

—Estoy lista —menos mal que sonaba más confiada de lo que realmente se sentía... —. Vamos.

Asintiendo, él la besó en la frente y abrió la puerta.

Giuseppe estaba en el pasillo, posiblemente intentando escuchar su conversación y sin parecer arrepentido en absoluto. En su cara se dibujó una enorme sonrisa al verlos. Sus dientes blancos contrastaban notablemente con el color oliváceo de su piel. No aparentaba tener la edad que tenía, excepto por una incipiente calvicie en la coronilla. Vestía pantalones cortos, cinturón de cuero y un polo verde perfectamente planchado. Parecía recién salido de un anuncio, y no daba la impresión de ser mecánico. Aunque, pensándolo bien, Christine tampoco iba cubierta de arriba abajo de tierra cuando salía.

—¡*Buon giorno*! —atrapó a Vito en un gran abrazo, le besó en la mejilla y le dio una fuerte palmada en la espalda—. Por fin estás en casa, donde tienes que estar.

Vito respondió algo, pero ella no lo oyó porque se vio ahogada por otro abrazo del tío Giuseppe.

—Y ahora tú ya eres prácticamente de la familia —la soltó después de un fuerte apretón de manos. Por suerte, ella se libró de la palmada en la espalda—. Mi sobrino es un chico encantador una vez que lo sacas de sus carreras y sus fiestas de alta sociedad. A pesar de dedicarme a los coches, a veces me aburro de hablar de coches con él. Pero a ti te gusta, ¿verdad?

Esperando que una sonrisa bastase como respuesta, se preguntó por qué no había aceptado el consejo de Vito y se había quedado en la cama. Habría sido una idea mucho, mucho mejor.

El comentario de ser «prácticamente de la familia» la había pillado desprevenida y, lo que era peor aún, había hecho mella en su lado romántico.

Vito, al rescate, le pasó un brazo sobre los hombros a su tío y lo condujo hacia el comedor.

—Christine no quiere hablar de mí. Espero que hayas notado lo mucho que ha trabajado en el jardín para tenerlo todo a tiempo para la boda. Hoy ha parado de trabajar un poco antes, pero ha sido por la lluvia.

Giuseppe se sentó a la mesa con cara de genuina preocupación mientras la miraba.

—No pretendía que te pasaras todo el verano trabajando.

—La verdad es que me lo estoy pasando bien —y era cierto—. Me encanta lo que hago.

Antes de que ella pudiera lanzar su discurso sobre sus logros en el jardín, sonó el timbre de la puerta. No podía dejar que Giuseppe pensara ni por un momento que ella no estaba trabajando todo lo que se esperaba de ella.

Vito se excusó a sí mismo para ir a abrir la puerta mientras ella empezaba a hablar sobre coralillos, higueras y otras plantas. Vito deseaba con todas sus fuerzas que no fuera ningún otro pariente, pues Christine ya parecía tener bastante con Giuseppe.

Al abrir la puerta, se dio cuenta de que no tenía nada que temer. Era la señora Kowolski quien estaba al otro lado de la puerta, los brazos llenos de cajas con el símbolo de su empresa de catering.

—No pretendía molestar, pero como sabía que vais a tener que recibir a mucha gente en casa en los últimos días —le pasó el montón de cajas a Vito y entró a la cocina—, pensé que os vendría bien tener unos dulces.

—¿Dulces? —desde el salón, la voz de Giuseppe interrumpió el monólogo de Christine sobre las plantas.

Enseguida apareció en la cocina, seguido de cerca por Christine. Ambos entraron en la cocina como dos zombis adictos al azúcar siguiendo el rastro de almendra y limón.

—Hola, Mary Jo —saludó Christine cuando Giuseppe se quedó extrañamente callado—. Eres estupenda. ¿Todas son para nosotros?

—Y para los invitados —le recordó la señora K, sin dejar de mirar al tío Giuseppe—. ¿Han empezado a llegar ya?

Vito había dejado las cajas sobre la encimera de la cocina mientras Christine hacía las presentaciones. Cuando se giró a darle las gracias a su vecina, la mujer se estaba alejando hacia la puerta con las mejillas sonrojadas.

—Buena suerte con los preparativos —dijo, por encima del hombro—. Pasaré la semana que viene para ver si necesitáis algo.

¿Qué se había perdido? La señora K. nunca se había marchado de la casa de un vecino tan rápidamente en toda su vida. Y no había contado ni una sola historia de los Cesare.

Estuvo tentado de preguntarle a Christine qué ocurría, pero al mirarla vio que estaba sonriendo y tenía los ojos brillantes.

—¿Te gusta? —le guiñó un ojo a Giuseppe mientras el hombre se ponía de puntillas para seguir con la mirada a través de la ventana la figura que se alejaba.

Ah, tal vez él no tuviera ni idea de romanticismo, pero de algún

modo, Christine había visto muestras de atracción mutua entre los dos viudos.

—Mary Jo Kowolski perdió a su marido hace al menos, tres años —ofreció Vito, deseoso de unirse a Christine y asumir ahora él el papel de casamentero. Hasta que Giuseppe no se marchara, no podría volver con ella a la cama—. Lleva una empresa de catering desde entonces, pero pensaba que ya la conocías.

Christine miró hacia la montaña de cajas ahora que Mary Jo había desaparecido en su coche.

—La recordaría —tomó una galleta de jengibre y le dio un mordisco—. Nunca olvidaría a una mujer que hace estas galletas.

—Es una pena que esté teniendo tantos problemas con su furgoneta de reparto —Christine le guiñó un ojo a Vito a espaldas de Giuseppe mientras alargaba la mano para tomar una galleta de almendra—. La semana pasada tuve que ayudarla a repartir con mi furgoneta.

Los ojos de Giuseppe se abrieron como platos.

—¡Pero yo soy mecánico! Tal vez podría ayudarla.

—Seguro que ella lo agradece muchísimo. Y probablemente, mañana por la mañana tenga tiempo de...

—Me pasaré —Giuseppe se alisó el cuello del polo—. Sólo por ser un buen vecino, claro está.

—Claro —Vito estuvo a punto de no poder reprimir la sonrisa al pensar en las horas sin Giuseppe que podría disfrutar él junto a Christine al día siguiente por la mañana. Tal vez, si su tío estaba ocupado lanzando flechas de cupido en su propio interés, se olvidara un poco de los demás—. ¿Quieres que traiga tus bolsas, Giuseppe? Supongo que te vas a quedar aquí hasta la boda, ¿verdad?

Giuseppe se puso muy recto y pareció ofendido.

—¿Y entorpecer el amor verdadero?

¿Fue la imaginación de Vito o la cara de Christine palideció?

—Éste es el hogar de la novia —explicó con un brillo travieso en los ojos—. Estoy seguro de que ella querrá quedarse en su casa con su prometido, y yo ya he reservado dos semanas en un hotelito junto a la playa.

Vito se preguntó si Christine se marcharía también de la casa pronto. Cuando se diera cuenta de que estaba rodeada de italianos queriendo emparejarla, seguramente se iría muy contenta a un motel.

Y a pesar de sus miedos acerca de que su relación se complicara, Vito notó que no tenía ninguna gana de que ella se marchara. Ni al

día siguiente ni al cabo de dos semanas.

Pero en aquel momento no tuvo más tiempo para pensar en ello, pues él tío Giuseppe los abrazó a los dos y los empujó hacia la puerta.

—Y ahora, ¡vamos a cenar! —gritó las últimas palabras como una llamada a las armas. La comida era un asunto muy serio para los italianos de la vieja escuela, y para Giuseppe Donzinetti en particular—. Agarrad los paraguas, chicos, yo invito.

Cuatro días después, Christine pensó que se volvería loca si otro pariente más de Vito llamaba a la puerta.

Después de la llegada de Giuseppe, un flujo constante de invitados a la boda empezaron a presentarse en casa de los Cesare, pisando sus semillas recién plantadas con zapatos de tacones y diciéndole que no tenía que pasar tanto tiempo trabajando en el jardín, y la gran pareja que formaban Vito y ella.

Justo cuando pensaba que no podría soportar más, el destino le envió un día soleado y una llamada de la novia, muy nerviosa, preguntando por sus fotos de prueba.

Mientras Christine colocaba las flores de una enredadera de trompetillas para que no les diera tanto el sol, se preguntaba cómo lo haría para posar para una foto con Vito y contenerse de quitarle la ropa.

—Está todo bellísimo, Cristina —le dijo el tío Giuseppe subido a uno de los bancos de piedra que ella había colocado por el jardín—. Lo único que necesito para la foto es una pareja radiante de amor juvenil.

Conteniendo los deseos de sacudir la cabeza mientras acababa de ajustar las flores, no se sintió capaz de decirle a Giuseppe que esas «radiaciones» no eran de amor juvenil, sino de deseo contenido. En los últimos cuatro días, Vito y ella apenas habían hecho poco más que besarse fugazmente gracias a la gran cantidad de vuelos internacionales que estaban llegando a la ciudad a todas las horas del día y de la noche.

Vito se pasaba el día atendiendo a sus familiares, y muchas veces tenía que ir al aeropuerto por la noche a esperar a más gente. Pasaba horas esperando vuelos retrasados, llevaba en coche a sus parientes a sus hoteles y los atendía todo el día. Alguno llegó a alojarse en la casa de los Cesare un día o dos, pero en cuanto se enteraban del plan de emparejamiento del tío Giuseppe, todos acababan diciendo que siempre habían deseado ir a la pensión de Coral Gables, y se marchaban.

Detrás de ella, Christine oyó la voz de Vito:

—Será mejor que te comportes, tío Giuseppe, o tendré que decirle a la señora K. que le arreglaste la furgoneta para que te invitase a cenar un día de estos.

Las amenazas relativas a la señora Kowolski era lo único que parecía funcionar.

—No tienes por qué decir nada, Vito —Giuseppe se pasó una mano por el pelo oscuro y echó una mirada a la casa de Mary Jo, con sus bonitos porches.

Se había quedado sinceramente impresionado con la vecina de Vito desde el mismo momento en que puso un pie en la cocina de los Cesare cargada de galletas. Llevaba cuatro días haciendo preguntas sobre Mary Jo y mirando a escondidas hacia su casa, pero había hecho poco más que sonreírle educadamente y ofrecerle su ayuda como mecánico.

Para ser un hombre que tenía como hobby número uno emparejar a la gente, estaba claro que no tenía ni idea de cómo llevar su vida amorosa.

Y, hablando de todo un poco, si no empezaba a tomar ella la iniciativa, la presión de Giuseppe haría huir a Vito hacia Europa mucho antes de que ella se hubiera saciado de sus besos.

Tomó una bocanada de aire y decidió que se ocuparía ella misma de esas cosas.

—De acuerdo, estoy lista. Las plantas están listas —sería mejor que ella tomara el control de la situación antes que tener a Giuseppe indicándoles en qué posición ponerse-—. Vamos a hacer esas fotos para que pueda acabar con la última ronda de pesticida que tengo que poner a las plantas antes de la boda. ¿Vito, estás listo?

Su mirada se clavó en la de él, esperando que le siguiera el juego aquella vez.

Prefería acabar con lo de las fotos cuanto antes en lugar de pelearse con Giuseppe toda la tarde por si tenían que acercarse más, besarse y todo lo demás.

Lo harían a la primera y, después, quedarían liberados para hacer sus cosas. Teniendo en cuenta la suerte que habían tenido esos últimos días, probablemente supondrían que Vito tendría que hacer de chófer para que sus tías fueran de compras al centro comercial en busca de vestidos apropiados para todas las actividades que habían pensado Giselle y su prometido.

—Vamos, estoy listo —estaba muy cerca de ella, y sólo Christine oyó sus palabras.

El tío Giuseppe limpiaba la lente de la cámara con una esquina de su polo.

Vito se colocó junto a ella en el arco que formaba la enredadera de trompetillas, cubierta de flores rojas, y de otras plantas con flores amarillas y naranjas que Christine había colocado allí. Estaban destinadas a atraer a los colibríes, y los tonos cálidos de las flores se complementarían perfectamente con la complexión mediterránea de la novia.

Vito le había enseñado a Christine algunas fotos de su hermana y, como era de esperar, siendo hermana de Vito, Giselle era una auténtica preciosidad.

—Entonces vamos a acabar con esto antes de que arda en combustión espontánea —le susurró Christine, sin dejar de mirar a Giuseppe, que comprobaba los mejores ángulos para las fotos a unos pocos pasos de ellos.

—Demasiado tarde —dijo Vito a través de su sonrisa mientras le pasaba la mano por la espalda—. Yo ya ardo cada noche por estar despierto en la cama sin poder ir a la tuya.

Christine sintió que la sonrisa falsa que estaba poniendo para la cámara, se volvía una de verdad.

—¿En serio, señor Cesare? Pues me alegro, pues no me gustaría pensar que soy la única a la que le ocurre.

Giuseppe debió haber encontrado el mejor ángulo posible, porque llamó su atención para que miraran a la cámara.

—De acuerdo, chicos, estoy listo —frunció el ceño y los miró por encima de la cámara—. Nada de sonrisas tontas. Os acabáis de casar, ¿lo recordáis? Estáis enamoraaaaados.

Vito se giró muy serio hacia Christine.

—Creo que te estás tomando demasiado en serio el trabajo de fotógrafo, tío.

—Nada es suficientemente bueno para la boda de mi sobrina —Giuseppe sacudió un dedo ante ellos a la vez que los miraba con aire travieso—. Y tú recuerdas lo importantes que son las bodas para la familia, ¿verdad? Sin bodas, no hay familia, ni parientes alocados ni diversión. Confía en mí, las bodas son algo bueno, y la familia, aún mejor.

Christine no tuvo que preocuparse por quitarse la sonrisa tonta de la cara. Fue desapareciendo poco a poco desde la primera mención de Giuseppe a las bodas y la familia. Una parte de ella deseaba darle al tío de Vito un enorme abrazo por ser tan romántico como ella, pero el otro lado, el que intentaba controlar sus impulsos soñadores, necesitaba taparse los oídos ante tan ardiente defensa

del matrimonio.

Por supuesto, no ayudaba en absoluto el que la mano de Vito siguiera sobre su cintura, haciéndole cosquillas con el meñique y dándole todo tipo de ideas sobre lo maravilloso que podría ser combinar el amor y el matrimonio con la sensualidad que había descubierto en los brazos de Vito.

En ese momento, oyó gritar a Giuseppe: «sí, sí», pero ella estaba demasiado atrapada en sus pensamientos. Sólo podía concentrarse en el calor que despedía el cuerpo de Vito junto al suyo.

La garganta se le quedó seca al mirarlo a sus ojos color avellana. Él tenía una mirada profunda, como si pudiera ver todo lo que ella había ocultado desde la decepción que sufrió con Rafe.

Cuando su colosal estupidez quedó al descubierto.

Cielos, era un completa idiota por intentar lo mismo con Vito.

Decidida a acabar con esa farsa de las fotos cuanto antes, se apartó de él y dijo:

—De acuerdo, vamos a otro punto y dejémoslo por hoy.

Christine no podía haber acabado con la química más rápidamente.

Vito la siguió por el jardín. Ella iba arreglando ramas a su paso, quitando flores marchitas y obviando todos los comentarios de Giuseppe al trote, como si estuviera deseando quitarse aquello de en medio.

No, lo cierto era que estaba actuando como si deseara quitarse a Vito de en medio cuanto antes.

Él estaba asombrado al ver su repentino cambio de humor. Su tío tomó fotos en el último lugar seleccionado por Christine para las fotos de boda de Giselle.

El sol empezaba a caer y derramaba una la luz rojiza sobre los rosales junto al rincón que ella había bautizado como «Oda a Roma». Había colocado allí una estatua clásica de mármol que le había comprado a la esposa de Renzo, especialista en antigüedades, y una fuentecilla.

Vito se sintió conmovido por el gesto de Christine de recordar la tierra natal de sus padres, y mucho más aún puesto que había salvado la rosaleda de su madre, ignorada desde hacía muchos años.

Sintió la tensión crecer mientas Giuseppe hacía las últimas fotos. Maldición, ¿por qué tenía tanta prisa en poner distancia entre ellos? Cuando empezaron aquella incómoda tarea, los dos estaban en el mismo bando: los dos deseaban quitarse la ropa el uno al otro después de tantos intentos frustrados de estar juntos.

Pero algo había ocurrido en la primera foto, algo que hizo que ella se alejara de él. Y no le gustaba nada la idea de haberla disgustado. De haberla decepcionado.

Como no sabía qué pasaba, no podía hacer nada.

Sabiendo que pronto acabarían con las fotos, decidió hablarle sinceramente mientras su tío ajustaba la cámara.

—Ha sido muy importante para mí el que incorporaras la rosaleda de mi madre en tu proyecto de jardín —Vito la vio entrelazar una trepadora que había plantado hacía poco en una estructura de hierro que formaba un arco en un lateral del jardín— Gracias.

Los hombros de Christine parecieron liberarse de parte de la tensión con la que cargaban.

—Fue un placer. La gente piensa que las rosas son flores especiales por ser tan delicadas y preciosas, pero son plantas muy duras —se inclinó para oler un capullo color melocotón antes de mirarlo a los ojos—. Son mucho más fuertes de lo que parecen.

—Eso también vale para cierta mujer que yo conozco —dijo él en voz baja par que Giuseppe no pudiera oírlos, pero entonces se dio cuenta de que su tío estaba entretenido mirando a Mary Jo Kowolski, que acababa de salir a regar su jardín.

—Creo que esta foto está estupenda —dijo Giuseppe, en tono ausente, dejando la cámara a un lado mientras avanzaba en dirección hacia Mary Jo—. Si ya hemos acabado aquí, creo que iré a ver qué tal va la furgoneta de tu vecina.

Christine parecía estar deseando seguir al enamorado Giuseppe, si pudiera, pero en su lugar, se dirigió al cobertizo donde guardaba las herramientas.

—Bueno, tengo que seguir trabajando.

—Espera —Vito se colocó entre ella y sus herramientas—. Nada de seguir huyendo o escondiéndose. Estás evitándome igual que las primeras semanas que pasaste aquí, y ninguno de los dos se va a mover ni un paso hasta que me digas el motivo.

Capítulo 10

Christine se cruzó de brazos y esperó a que Vito se moviera.

—Lo siento, pero preferiría no tener un enfrentamiento en medio de tu jardín, delante de todas las cotillas del barrio y del Celestino de tu tío.

—¿Quién tiene un enfrentamiento? —parecía realmente sorprendido—. Yo sólo quiero hablar contigo.

Ella miró por encima del hombro de Vito hacia sus herramientas y a unas palmeras que necesitaban una poda. El trabajo le resultaba estupendo cuando la alternativa era responder a una pregunta para la que no tenía respuesta.

—Si quieres que la boda de tu hermana sea bonita, tengo que trabajar más en el jardín — ella no se atrevía a mirarlo a los ojos, puesto que ella preferiría pasar los últimos diez días en la cama con Vito, sin pensar ni hablar. Sólo sintiendo.

El sol iluminaba la parte trasera del jardín, y ella seguía esperando a que él se moviera.

—Entonces, ¿cómo puedo ayudarte? —Vito fue hacia el cobertizo donde estaban las herramientas—. Puedes contármelo todo mientras trabajamos.

—No me parece que sea buena idea.

—Es una idea estupenda —él la llevó más cerca del cobertizo—. Sólo tienes que darme una herramienta y señalarme lo que tengo que hacer, que yo lo haré mientras me cuentas qué está pasando entre nosotros, porque creo que me estoy perdiendo una buena parte de la película que no me has contado.

Ella fue al cobertizo y sacó un par de tijeras de podar y un rastrillo.

—Estoy segura de que los dos tenemos muchas cosas que no hemos compartido, Vito. ¿No es esto una aventura? Las cosas son sencillas y sin complicaciones...

Aunque ella tenía que admitir que nada de su aventura veraniega había sido sencillo desde el principio, empezando con que ella tardó una semana en decidirse. Incluso el sexo había sido tan bueno que no podía ser llamado «sencillo», puesto que le había complicado su trabajo y había comprometido su corazón.

Vito quería cosas distintas de la vida que ella. Ella no tenía ningún deseo de viajar por el mundo de fiesta en fiesta. Y prefería su vieja furgoneta antes que el reluciente Ferrari de él. Para resumir, no quería tener nada que ver con su estilo de vida.

—Maldición, Christine, eso no significa que yo quiera que no me

cuentes lo que te molesta —tomó las tijeras de sus manos y cerró la puerta del cobertizo—. Aún tenemos diez días, ¿recuerdas? Y no quiero que los pases siendo infeliz.

Mientras ella lo guiaba hacia la esquina del jardín donde estaban las palmeras, empezó a pensar en el significado de sus palabras. Aparte de que no era una sorpresa que la boda sería su último día juntos, se preguntó por primera vez qué sería de ellos después. ¿Cómo exactamente se decía adiós a un amor de verano?

—No soy infeliz —ella le señaló una de las palmeras que necesitaban poda mientras ella rastrillaba la hierba.

Con un poco de suerte, él se metería tanto en el trabajo, que olvidaría las preguntas.

—De acuerdo. No eres infeliz —él cortó unas cuantas hojas secas que colgaban de las palmeras enanas—. Pero qué te parece esto: yo sí soy infeliz si te veo reprimirte cuando estamos juntos, y me siento decepcionado por que no confías en mí.

¿Es que ella era transparente o Vito Cesare era un hombre atento, aparte de playboy y piloto, con casa en dos continentes distintos? Probablemente un poco de todo, concedió Christine, sabiendo que no podría volver a llamarlo playboy porque había demostrado ser tan sensato y agradable con ella.

¿Y por qué iba a culparlo por no querer comprometerse con nadie cuando ella acababa de decidir lo mismo, para disgusto de su lado romántico?

Mientras rastrillaba, miraba a Vito a escondidas, con todos esos músculos en acción, y pensó que, si volvía a preguntarle, pondría las cartas sobre la mesa. Ella siempre había apreciado la sinceridad en los demás, así que al menos podría responderle del mismo modo.

Cuando paró de rastrillar, Christine se dio cuenta de que él ya no estaba podando. Estaba de pie, mirándola. Esperando.

—Tienes razón —dijo, apoyándose en el rastrillo—. Me estoy echando atrás. No lo puedo evitar, pero al menos, te diré el motivo.

Tal vez.

Si no se acobardaba y salía corriendo a su furgoneta.

Suspirando, ella siguió adelante.

—¿Has tenido alguna vez una de esas relaciones que te fastidian la vida entera o te rompen el corazón?

—¿Quieres la verdad? —él dio un paso hacia ella, dejando las tijeras en el suelo—. Nunca he dejado a nadie acercarse tanto a mí como para que pudiera hacerme algo así.

Era reconfortante saber que le iba a contar su historia a un hombre que no tenía ni un elemento de comparación. ¿Es que le

habría dolido si hubiera dicho que sí? Intentó recordar lo mucho que valoraba la sinceridad antes de seguir adelante.

—Bueno, mi relación me dejó una gran herida. Por accidente, me prometí a un tipo que ya tenía otras siete prometidas.

Él parpadeó. Dos veces.

—¿Por accidente? ¿Hacía cuánto tiempo que lo conocías?

—Lo cierto es que sólo nos habíamos visto una vez en persona, pero tuvimos una relación a través de internet durante al menos un año antes de que él me hiciera la proposición matrimonial en persona —y cuando lo hizo, ella se volvió loca de contento. Ella, y siete mujeres más.

—Qué idiota

—Hum. Pues sí. Pero he aprendido a perdonarme a mí misma —aunque no había sido fácil, pues siempre se ponía el listón muy alto y haber tenido una metedura de pata tan grande y tan pública fue un duro golpe para su autoestima.

—No, no me refería a ti —alargó la mano para acariciarle el pelo—. Me refiero a ese tipo. Debía de faltarle algún tornillo. Ningún hombre en su sano juicio intentaría complacer a ocho mujeres a la vez. La mitad de los hombres que conozco ni siquiera pueden hacer feliz a una.

Ella agradeció su caricia, y pensó que Vito había podido hacer feliz a una mujer. Todo su cuerpo cantaba de placer cada vez que él estaba cerca.

—Lo peor fue que la historia salió en los periódicos de la costa oeste, y ese asunto me siguió durante meses —al menos había tenido su trabajo para mantenerse ocupada, pues las plantas no juzgaban a nadie—. He logrado sacar casi todo aquello de mi cabeza, pero toda la farsa del compromiso me dejó escaldada. Ya no quiero nada de romanticismo.

Ni amor. Ni ningún hombre que pudiera engañarla, como un piloto de Fórmula Uno.

Christine esperaba a un hombre hogareño con el que sentirse conectada a un lugar, a una casa y esperar en él a que el jardín floreciera.

Y Vito Cesare no parecía precisamente conectado ni siquiera a un país.

—No voy a decirte que eso no sea doloroso —él le apartó la mano del pelo—. Pero tienes que saber que no es justo que consideres a todo el género masculino bajo el mismo patrón sólo porque conociste a un imbécil.

—No los considero a todos bajo el mismo patrón, sino sólo a los

que están entre los veinticuatro y los cuarenta años. Estoy segura de que el resto será bastante normal —ella se apartó de él y del momento de intimidad que había compartido. Lo último que necesitaba ver era la lástima de Vito.

O peor aún, que él pensara que era la mujer más tonta del mundo.

Christine siguió rastrillando, aunque con más violencia esa vez, pero notó que Vito dudaba. Cuando empezó a podar las palmeras de nuevo, trabajó con más lentitud que antes. Estaba claro que estaba pensando en su ineptitud para buscar pareja.

—¿Y dices que tenía ocho prometidas?

—Si me cuentas a mí, sí —ella se estremeció al pensarlo—. Aunque supongo que preferiría que no lo hicieras.

—¿Te importa que te pregunte qué viste de atractivo en un hombre que logró convencer a ocho mujeres para que se casaran con él?

Ella lo miró al notar el tono molesto de su voz. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que él había empezado a podar con más violencia aún que ella al rastrillar.

La esperanza de que esa rabia fuera provocada por los celos murió nada más nacer. Era más probable que fuera simplemente un enfado consigo mismo por empezar una aventura con una jardinera que ni siquiera pasaba toda la noche en su cama. Un hombre que conducía un Ferrari e iba de fiesta en fiesta por todo el mundo, probablemente no estaría acostumbrado a un ritmo tan lento.

—¿Por qué? ¿Estás intentando comprender por qué no te echo el lazo y te arrastro hasta el altar sin tu consentimiento?

Él tiró las tijeras a un lado sin ninguna consideración por el agujero que había hecho en su césped. Técnicamente era el césped de él, pero eso le daba igual.

¿Cómo iba a evitar ponerse a la defensiva en todas sus preguntas? No había esperado todo eso cuando aceptó tener una aventura de verano.

—¿Por qué demonios iba a estar preocupado por que intentaras echarme el lazo si sales corriendo en busca de una pala o una azada en cuanto me ves cerca? —él le quitó el rastrillo de las manos y lo dejó junto a las tijeras, junto al columpio—. Sólo quiero saber qué era lo que tenía ese tipo que hizo que te arriesgaras.

Vito se quedó mirando fijamente los grandes ojos azules de Christine, sorprendido de que aun estando a pocos centímetros de distancia, ella siguiera conservando el aspecto distante.

¿Qué tenía ella que le hacía desear cruzar a nado el golfo que

había entre ellos para traerla en brazos junto a él?

El instinto lo asustaba tanto como lo tentaba.

—Me mandaba cartas y poemas muy románticos —se rodeó la cintura con los brazos—. Corazones, flores, y esas cosas. Esas cosas románticas con las que sueñan las mujeres y que rara vez encuentran en los hombres con los que salen. Y está claro que no fui la única que cayó en la trampa del cuento de hadas.

Ella mantuvo la cabeza alta, aunque se sonrojó un poco y no podía achacársele al sol de Florida, pues ya era por la tarde.

Él se sentía completamente idiota.

El idiota de su prometido le había dado las cosas que ella deseaba de verdad, mientras él le había dado... ¿el qué? ¿Un buen rato en la ducha? Normal que no lo dejara acercarse más a él.

Quiso abrazarla, sujetarla con fuerza y acabar de algún modo con aquella sensación tan incómoda, pero, ¿cómo avanzarían desde ahí? ¿Qué tenía él que ofrecerle cuando acabaran sus diez días juntos y tuviera que empezar el circuito en Alemania? Otro año de carreras. Otro año de vivir una vida que había retrasado por sus hermanos, y mientras, Christine, tenía un negocio que sacar adelante.

—Te mereces el cuento de hadas —eso sí que era cierto—. Y no la variante falsa, así que no deberías conformarte con menos.

Ella le dio un empujón al columpio.

—Al parecer lo llaman cuento de hadas por algo: no es real.

—Yo sé de primera mano que eso es real — Vito detuvo el columpio y se paró junto a ella.

—Es un mito, Vito. Lo aprendí por el método duro.

—Sé por mis hermanos que el cuento de hadas existe. Y mis padres también lo tenían —era curioso, pero hacía mucho tiempo que no pensaba en su relación.

Él era un adolescente cuando su madre murió al nacer Marco y su melliza, que no sobrevivió. Tal vez había optado por no pensar en sus padres porque durante muchos años le había resultado duro hacerlo, pero entonces, el pensar en su madre y su padre como pareja, le hizo sonreír.

—Tal vez sólo sean apariencias —ella apartó la cara, escéptica —. ¿No crees que algunos padres fingen ser felices por sus hijos?

—Mis padres no —miró al otro lado de la calle, donde Giuseppe le estaba contando una historia a la señora Kowolski con muchos gestos y gritos, pero ella reía a carcajadas—. Mary Jo podría decírtelo. Todos los vecinos sabían que los Cesare estaban profundamente enamorados.

Christine sonrió.

—¿En serio?

—¿Has oído decir que los italianos son apasionados y expresivos? —se quedó mirando a Christine a los ojos a la luz del atardecer mientras se preguntaba cuántas veces se habían sonreído sus padres el uno al otro junto a ese columpio—. Si mis padres estaban contentos, enfadados o tristes, todo el mundo a su alrededor lo sabía. Se gritaban si tenían que hacerlo, pero también estaba claro cuando hacían las paces. Mi madre se asomaba a la ventana y le lanzaba besos a mi padre cuando se marchaba a trabajar, y él la tomaba en brazos para que no pisara los charcos cuando llovía.

—Entonces era el cuento de hadas, pero de verdad —ella pasó la mano por la cuerda del columpio—. No recuerdo a mis padres juntos, pues él se fue cuando yo era muy pequeña. Siempre pensé que me gustaría tener una relación romántica, pero después del desastre de mi compromiso, supongo que me conformaría con una relación sincera.

—¿Y por eso decidiste tener una aventura? — por fin lo había comprendido.

Las diversas facetas de Christine empezaban a encajar al darse cuenta de que ella no era de las que tienen aventuras con hombres casi desconocidos.

Le había dicho que sí a la aventura porque un idiota le había estropeado su sueño, y ya no creía que pudiera encontrar la felicidad que merecía, y por eso había bajado el listón.

—Después de lo de Rafe, pensé que tu idea de no comprometerse podía ser divertida. Y al menos, tú fuiste sincero conmigo —ella se apartó del columpio y lo dejó a él allí.

Vito la siguió con la mirada moviéndose por el jardín en penumbra, disfrutando de sus curvas.

—¿Y tú? —dijo, yendo hacia ella, incapaz de quitarle los ojos de encima ni un segundo, aunque sabía que ella merecía mucho más de una relación de lo que él estaba dispuesto a darle—. ¿Te lo has pasado bien este verano?

¿Era egoísta por su parte querer oír un «sí»?

Desde luego.

Pero eso no lo detuvo de hacer la pregunta, no de pasarle las manos por la cintura cuando las aves nocturnas empezaban a cantar a su alrededor.

—Me gusta saber dónde voy exactamente contigo —una sonrisa brilló en sus labios mientras subía las manos por sus fuertes brazos

hasta sus hombros.

—¿Aunque sea mucho menos de lo que tú te mereces? —ya no le gustaba la idea de que ella se conformara, ni siquiera con él.

Ella fijó la mirada en sus labios y se inclinó hacia delante.

—Ahora mismo, sólo hay una cosa que quiero de ti.

Él cerró los ojos mientras ella le mordía con suavidad el labio inferior para después chuparlo. Abrazándola con fuerza, Vito apretó su cuerpo contra él para sentir sus curvas.

Ella sabía a menta, y la esencia floral que flotaba en torno a ella podía haber sido un perfume, o el perfume de sus flores.

Ella era tan natural como el nombre de su negocio, un anuncio viviente de los beneficios de la vida sana y limpia.

Vito deseó poder inhalarla igual que a la brisa fresca. Llevarla muy dentro de él y guardarla ahí.

Nunca había conocido a una mujer que le hiciera cuestionarse el camino que tomaba a cada momento, pero Christine Chandler y su lado romántico le hacían pensar en qué quería de la vida cuando se retirara de las carreras.

Si dejaba las carreras algún día, claro.

Y mientras ella lo arrastraba hacia la casa con el poderoso atractivo de sus besos, Vito se dio cuenta de que lo que querría tener en un futuro borroso y lejano sería una mujer como ella. Una mujer que no tuviera miedo de ser romántica y apasionada, a la vez que sincera con sus sentimientos.

Tal vez él nunca entendería lo que quería, porque nunca había conocido a nadie que tuviese todas esas cosas. Y aunque aún no estaba listo para dejar las carreras, demonios, ni siquiera sabía qué hacer con su vida después, el besar a Christine le hacía darse cuenta de que quería ese «para siempre» algún día.

Él la siguió en dirección a la puerta de atrás, pero la mantuvo abrazada contra él.

La señora K y su tío habían desaparecido dentro de la casa de su vecina y Vito empezó a juguetear con la mano bajo su camisa, dibujando el contorno de su cintura.

A Christine se le aceleró la respiración al abrazarlo.

Vito estaba decidido a no perder más tiempo. Tenía que aprovechar que estaban a solas y sacar el máximo partido de cada segundo de ese increíble verano. Y, ¿quién sabía? Puesto que ella no quería hombres en su plan a cinco años, tal vez aún estuviera en Miami para cuando él decidiera qué hacer con su carrera de piloto.

Aunque en aquel momento él sólo podía pensar en entrar en la casa. En su cama. Desnudos del todo.

El calor de su cuerpo se incrementó varios grados al ver moverse sus caderas. Abrió la puerta de la cocina.

Justo en ese momento, un par de luces apuntaron directamente hacia ellos.

—¿Qué demonios? —contra su voluntad, Vito dejó de besarla y miró en dirección a las luces. Vio que un coche aparcaba en la entrada.

—Tal vez es alguien que esté dando la vuelta —propuso Christine, con los brazos aún rodeando su cuello y el corazón latiéndole en el pecho casi con tanta fuerza como el de él.

Vito deseó que ella tuviera razón, rezó por ello, pero en ese momento el conductor apagó el motor y las luces.

Vito tragó un juramento al oír el golpe de la puerta al cerrarse y una alegre voz femenina gritar:

—Llámame loca, pero he decidido cruzar medio mundo para venir a ver ese jardín por mí misma —la figura de su hermana se hizo visible cuando empezó a caminar hacia la casa—. ¡Ya estoy en casa, hermanito! ¡Ha llegado la novia!

Capítulo11

Christine tuvo que admitir por fin que era imposible que a uno le cayera mal Giselle Cesare. Habían pasado cuatro días desde su llegada y estaba acabando de regar las flores que había plantado alrededor del viejo columpio.

—Tenemos que marcharnos dentro de diez minutos para prepararnos para la despedida de soltera, Christine —gritó Giselle desde la ventana de la cocina—. ¡Y las solteras no pueden tener tierra debajo de las uñas!

Christine asintió y sonrió, pero siguió regando las flores, sabiendo de sobra que para cuando hubiera acabado de visitar todos los salones de belleza y spas donde tenían cita, junto con la hermana de Vito y sus amigas, no quedaría ni un rastro de suciedad en todo su cuerpo.

En los cuatro días que Giselle llevaba en casa, la ruidosa chef se había instalado en su antigua habitación, entre la de Vito y la de Christine, evitando cualquier posible intento de unión entre los dos.

El prometido de Giselle seguiría en Europa unos días más, y por eso ella había querido quedarse en casa, y no en el hotel del que era copropietaria.

Aquello tenía mucho sentido, aunque echara por tierra la continuación de la aventura de Christine.

Pero si eso no hubiera sido bastante malo de por sí, Giselle había encargado a Christine ayudarle a comprar su ropa interior para la boda y la luna de miel, ir a ver a la señora K. para preguntarle cómo llevaba la tarta de boda, visitar la iglesia donde se celebraría la ceremonia y ayudar a planear la despedida de soltera con otras amigas.

Christine se había quedado muy sorprendida al verse arrastrada por aquella corriente imparable de planes de boda, sobre todo cuando apenas conocía a la novia, pero Giselle se había ocupado rápidamente de ese aspecto al autodesignarse mejor amiga de Christine desde el momento en que interrumpió el beso con su hermano, que aún seguía atormentando a Christine día y noche.

Apagó el sistema de riego y entró en casa para ducharse antes de ir al spa.

La despedida de soltera se había coordinado con la despedida de soltero, y el evento tendría lugar en el exótico complejo turístico propiedad de Giselle y de varias socias más. La idea era que las chicas podrían mirar de vez en cuando cómo iba la fiesta de los chicos, que tendría lugar en el salón contiguo.

Giselle había anunciado que habría algunos emparejamientos para algunos juegos muy sexys que había planeado, pero Christine había sido demasiado cuidadosa a la hora de hablar de su relación con Vito como para expresar poco más que un leve interés en aquella faceta de la noche.

Aunque Giselle parecía más que dispuesta a hablar con su hermano, Christine seguía decidida a no sacarle información sobre él a su nueva amiga.

Después de todo, aquello sólo era una aventura, y haría bien en recordar su compromiso de seguir siendo una soltera sin ataduras.

Además, cuanto más sabía de Vito, más le gustaba, así que sería mejor no entrar en terreno pantanoso.

Aun así, teniendo en cuenta lo poco que había visto a Vito a lo largo de esa semana, desde que empezaron a llegar invitados para la boda, tenía que admitir que estaba más que dispuesta a participar en cualquier juego que la pusiera a suficiente distancia de Vito Cesare como para poder besarlo.

Tal vez en un hotel conocido por su atmósfera erótica, tendrían más suerte a la hora en encontrar un lugar íntimo que en la casa.

—¿Estás lista? —Giselle llamó a su habitación mientras Christine terminaba de ponerse una camiseta y unos pantalones cortos.

—Lista —dijo, tomando una bolsa con su vestido para la fiesta de aquella noche, azul oscuro y muy sexy, que había comprado por impulso mientras iba de compras con Giselle.

—Mi hermano se va a volver completamente loco cuando te vea con ese vestido —Giselle se dirigió hacia la puerta con las llaves del coche de alquiler en las manos, y recogiendo bolsas a su paso.

Aquella noche llegaría su prometido, a tiempo para la fiesta, y ella pasaría la noche con él en el Club Paradise. Además, había sido muy generosa al ofrecerles habitaciones a todos sus invitados.

—¿Te lo puedes creer? —Christine le abrió la puerta de entrada y tomó una gran caja de galletas de brazos de Giselle. Lo que había dentro olía a jengibre y a vainilla, y se le estaba haciendo la boca agua—. A veces pienso si, en su cabeza, estará de vuelta en Europa, puesto que apenas ha estado por aquí últimamente.

No se podía creer que ella hubiera dicho eso; un comentario descerebrado de una mujer que pretendía mantener una relación sencilla y sin compromisos.

Pero lo cierto era que Vito parecía haber desaparecido ahora que Giselle estaba en casa. Y cuando estaba allí, no se despegaba de su ordenador o de su teléfono móvil, manteniendo charlas en otro idioma.

En los últimos días se había dado cuenta de que hablaba varios idiomas con fluidez y también de que había muchas cosas en su vida aparte de ella. Enterarse de esto último le dolió más de lo que estaba dispuesta a reconocer, pero reforzaba su resolución de no caer rendida a sus pies cuando lo viera en esmoquin en la puerta de la iglesia, al cabo de unos pocos días.

Aquel hombre nunca sería feliz quedándose en Miami para siempre.

—Nada de eso. Sólo te evita porque yo estoy por aquí. Por alguna ridícula razón, mis hermanos siguen pensando que soy su hermanita inocente, y que no sé nada de lívidos —ella sacudió la cabeza mientras abría el maletero del deportivo descapotable—. Que hagan lo que quieran. Creo que no se dan cuenta de que intentar no pensar en el sexo sólo hace que pienses más aún en ello.

Agradecida por la excusa de cargar todo en el coche, Christine intentó pensar en una respuesta apropiada para salir airosa de aquella conversación.

Estaba claro que Giselle estaba intentando pescar algo de información acerca de su relación. O eso, o les había dado la luz verde para hacer todo lo que quisieran en la casa.

De un modo otro, Christine no podía evitar sentir una punzada de envidia por aquella mujer que parecía haber encontrado amor y romance, así como un sexo estupendo, con su prometido, el periodista Hugh Duncan.

Christine siempre había soñado con la parte del romance, pero después de conocer a Vito, no podía imaginar el enamorarse sin tener en cuenta el sexo.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —rió Giselle cerrando el maletero para abrir el coche—. Lo siento... ¿Has descubierto ya que los miembros de mi familia tendemos a decir en alto todo lo que se nos pasa por la cabeza? Aunque supongo que Vito es el más diplomático de todos nosotros.

Ambas entraron en el coche mientras Christine pensaba que había cosas mucho peores que decir lo que tenías en la cabeza. Como ocultar la verdad, por ejemplo.

Vito tal vez no fuera un posible candidato para el amor y el romanticismo por sus compromisos en el extranjero y su falta de ganas de dejar que alguien se acercara demasiado, pero al menos era sincero con ella.

—Yo aprecio mucho a las personas que dicen la verdad — mirando por la ventanilla el océano Atlántico de camino a South Beach, Christine supo que iba a echar de menos a Vito y a sus

espontáneos parientes cuando acabara su trabajo en la casa.

En su búsqueda de independencia de su familia, había acabando apartando a sus hermanos de su lado desde que se mudó a estudiar a California. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos la camaradería de la familia. Tener gente que se preocupara por ti.

—Eso va tanto por ti como por tu hermano.

—Éste es su sitio, en realidad —dijo Giselle, dando unos golpecitos en el volante con el pulgar—. Sé que no me lo has preguntado, pero me siento obligada a señalártelo, por si no es obvio. Lo vi correr en un par de carreras a principios de verano, y no parecía estar para fiestas después. No acudió a ninguno de los eventos que se organizan para los pilotos. Creo que ya ha sacado de eso toda la diversión que se le podía sacar y que va a dejarlo.

Christine maldijo su corazón por acelerarse ante esa posibilidad. ¿Por qué le iba a importar a ella eso?

Por supuesto, su lado romántico ya estaba dispuesto a imaginar que tal vez quisiera establecerse en Miami, y así podrían seguir con su aventura y ver si llevaba a algo real, algo mucho más satisfactorio.

—Me dijo que le encantaba lo que hacía —¿lo había hecho o había sido su imaginación al ver cómo trataba su Ferrari?—. Y aunque entiendo los esfuerzos de tu familia por hacer que siente la cabeza, te puedo asegurar que no tiene ningún deseo en absoluto de hacer eso conmigo.

Ya estaba dicho.

El ángel pragmático le sacó la lengua al ángel romántico de su otra mitad.

—¿Estás segura de eso? —Giselle aparcó el coche delante de un aparcacoches con uniforme del Club Paradise.

El hombre las miró y Giselle le dio las llaves del coche para que se encargara.

—Porque puedo decirte que el consenso de tres generaciones de Cesare y Donzinetti, románticos como ninguno, es que Vito está loco por ti, te beso delante de nosotros. Así que no te contengas por nosotros, Christine, porque estamos todos de tu lado.

Ella se quedó pegada a su asiento por la sorpresa. ¿Que la apoyaban a ella? ¿Aquel grupo de parientes...?

La idea le habría hecho sonreír si no hubiera quedado un poco impresionada por el nivel de expectación.

¿Y si era ella la que no quería a Vito en su vida para siempre?

Mentirosa, mentirosa, mentirosa.

No podía negar que una parte de ella sí quería.

Christine bajó por fin del coche y empezó a ayudar a Giselle a cargar con las bolsas que el botones iba sacando del maletero.

Giselle le guiñó un ojo cuando le pasó a Christine la caja que tan bien olía.

—Sí, por otro lado, vas a ser tú la que le rompa el corazón a mi hermano...—se quedó callada un momento, tal vez para comprobar el efecto de esas palabras en Christine—. Todos estaremos muy decepcionados.

Christine no pudo evitar pensar que Rafe nunca hubiera logrado convencerla si hubiera tenido una hermana como Giselle que le hubiera hablado con claridad.

Vito tenía mucha suerte de tener una familia como aquélla.

Christine lamentó no poder darles el final feliz que todos esperaban de aquella obra, sino que respetaría los deseos de Vito y lo dejaría marchar cuando llegara el momento.

Pero aquella noche, no podría escaparse de ella con el vestido que se había comprado.

—No sé qué pasará en el futuro, Giselle — Christine se apresuró a mantener el mismo ritmo que la hermana de Vito, que ya había llegado a las puertas del hotel—, pero sí puedo decirte que, al menos esta noche, es mío.

Vito había estado en unas cuantas despedidas de soltero en su vida, pero no creía que ninguna otra se hubiera centrado tanto en el sexo.

Con la cabeza apoyada en una mano, estaba sentado en una mesa en la sala Moulin Rouge, donde los chicos y las chicas estaban divirtiéndose juntos.

Giselle, como co propietaria, había reservado el bar en exclusividad para su ruidoso grupo de amigos.

Las dos fiestas estaban separadas tan sólo por unos biombos chinos en el centro del bar, y Vito pudo ver en varias ocasiones a Christine divirtiéndose con las amigas de su hermana y familiares al otro lado de los biombos.

Las amigas de Giselle se habían encargado de darle un toque picante a la fiesta y habían organizado, entre otras cosas, un desfile de ropa interior.

Después hubo una nudosa clase de striptease, a cargo de una conocida profesional de South Beach. Cuando Vito asomó la cabeza por el biombo para quejarse por lo poco apropiado del espectáculo, pues había dos de sus tías de ochenta años entre las invitadas, descubrió que tanto tía Livia como tía Rosella se lo estaban pasando

muy bien con la profesora de striptease y estaban bailando a su lado.

La imagen lo había enviado de vuelta a su fiesta, decidido a dejar que las cosas siguieran su curso, pero no antes de espiar a Christine, agarrada a una barra vertical practicando.

¿Quién demonios podía estar de fiesta con los hombres cuando tenía delante la imagen de Christine, con un vestido largo azul con un largo corte hasta el muslo, abrasándole la retina?

—Vamos, Vito —su hermano Nico le dio un golpe cariñoso en el brazo para que volviese su atención hacia ellos—. Te vas a perder lo mejor de la fiesta si no ves esto.

—¿Y a ti no te parece retorcido estar al lado de nuestra hermana pequeña mientras ella habla de sexo con sus amigas? —gruñó Vito mientras se levantaba para unirse a los demás—. ¿Qué ha pasado con las fiestas en las que todos íbamos a un bar a jugar a los dardos hasta que uno tenía que llevarnos a casa a todos?

La verdad era que la idea de emborracharse tampoco le resultaba especialmente atractiva en aquel momento, pero al menos no estaría pendiente de Christine.

O dejándose los ojos por volver a ver verla un segundo.

—¿Desde cuándo te gusta jugar a los dardos? —Nico se dio cuenta en ese momento de que desde allí se veía la otra fiesta, y se quedó mirándola también—. ¿Recuerdas cuando Marco tenía trece años y pidió una diana por Navidad? Te pasaste dos meses regañándolo sobre lo peligrosos que podían ser y entonces... hola, cariño.

Vito parpadeó, sabiendo que su hermano ya no hablaba con él.

—¿Qué?

—Estaba saludando a mi prometida —los ojos de Nico no se despegaban de su objetivo.

Al parecer, había conseguido localizar a su futura esposa, la ejecutiva Lainie Reynolds.

—Mírala, bebiendo Martini como si se tratara de un refresco —siguió espiándola un momento más antes de ponerse serio—. Bueno, siempre está trabajando, así que está bien que se divierta de vez en cuando.

—Estoy seguro de que tú serás una influencia positiva en ese aspecto.

Vito sonrió, pensando que Nico había conseguido pasarse toda la vida jugando: primero como portero del equipo de hockey de Florida, los Panthers, y ahora como entrenador profesional y de ligas infantiles.

—¿La has llevado ya a patinar?

—Yo la obligo a ponerse casco y ella lo odia, pero se le da realmente bien, por no hablar de sus instintos asesinos. Puede enfrentarse a cualquiera.

La mirada de Vito voló de nuevo al biombo y se preguntó dónde estaría Christine.

—Tienes suerte por haber encontrado alguien que te aguante, hermano. Me alegro por ti.

—Te recomiendo ampliamente que te comprometas de modo permanente. Lo de las citas es para tontos —Nico lo llevó hacia la barra donde estaban la mayoría de los chicos. Algunos estaban... quitando los biombos.

Su noche empezaba a animarse. Tal vez pudiera encontrar a Christine y secuestrarla. Robarle algunos minutos en algún sitio de ese enorme hotel, o mejor aún, llevarla a su habitación para pasar la noche. Lo mejor de hacer la fiesta allí era que todos los invitados podían quedarse a dormir, gentileza de la novia.

—Nunca me pude imaginar que tú irías haciendo propaganda de los compromisos a largo plazo después de los años que pasaste rodeado de fans del hockey —Vito tenía que admitir su admiración por lo lejos que había llegado su hermano.

En ese momento, una de las amigas de Giuseppe llevó una caja de pastas al bar.

—Y yo nunca imaginé que tú no fueras el rey del compromiso después de todos los años que pasaste cuidando de nosotros —Nico no perdía de vista la caja, que iba de mano en mano sin parar—. Se te daban tan bien los sermones y los consejos que iban con el cargo de patriarca, que todos pensábamos que te gustaba.

Y le gustaba, claro que sí. Pero no estaba preparado para hacerlo cuando le tocó.

¿Y en la actualidad?

En la actualidad era el segundo mejor piloto de Fórmula Uno del mundo, un logro del que estaba muy orgulloso. Incluso si había descuidado ciertas áreas de su vida de las que solía disfrutar.

—Me gustaba —admitió, pero para entonces Nico ya estaba dirigiéndose hacia la caja, y no era el único.

Vito buscó a Christine con la minada al otro lado del biombo, y la vio entre la profesora de striptease y su nueva cuñada Esmerelda Giles. Intentó mirarla a los ojos para saber si le interesaba saltarse el resto de la fiesta.

Lo malo era que sus ojos parecían pegados a la dichosa caja, como los de todo el mundo.

—¿Qué regalan? —dijo él, abriéndose paso entre el gentío para llegar junto a Nico.

—He abierto una de las cajas antes que nadie y me he llevado la sorpresa de mi vida —le dijo Nico, como enfadado, mirando a Giselle, que se estaba subiendo a la barra para dirigirse a todo el mundo.

Curioso, Vito decidió quedarse a ver aquello, aunque sus intenciones eran marcharse de allí con Christine lo antes posible. Sus pies ya empezaban a deslizarse hacia donde estaba ella, puesto que estaba decidido a dejar de pensar en sexo y a actuar según el impulso.

—Y ahora, mi juego favorito —estaba diciendo Giselle, entre besos soplados a su prometido. Levantó la tapa de la caja con un gesto divertido y dijo—. He hecho mis famosas galletas Kama Sutra, y os invito a todos a que las probéis.

Hubo exclamaciones de sorpresa y un nerviosismo general que recorrió la sala mientras todos intentaban ver qué demonios eran las galletas Kama Sutra. Vito vio que Nico y Renzo estaban tapándose los ojos con las manos.

Aquello no era un buen signo.

Pero ya casi había llegado al lado de Christine, así que en aquel momento, esto último lo tenía más ocupado, pues estaba deseando poner las manos sobre ese increíble vestido que llevaba. Le daba igual lo que la loca de su hermana hubiera planeado esta vez.

Todo el mundo a su alrededor intentaba tomar una galleta, incluida Christine.

Vito aprovechó que todo el mundo se estaba moviendo para colocarse junto a ella e insinuársele. Su muslo rozó el de ella en un contacto muy breve.

—Hola —ella le sonrió. Sus labios brillantes pedían a gritos ser lamidos.

Él le hubiera hecho una propuesta firme allí y en ese preciso momento, pero Giselle volvió a pedir la atención de su público.

—Ahora que todo el mundo tiene una galleta, tenéis que buscaros una pareja para formar equipos de chico y chica —continuó su hermana con una sonrisa traviesa y guiñándole un ojo a Hugh.

El objetivo del juego es copiar la posición de la forma más efectiva posible, sin quitaros la ropa. ¿Listos? ¡Ya!

Vito deseó que aquel juego no fuera tan evidente como parecía. ¿Y desde cuándo estaba su hermana familiarizada con "El Kama Sutra"?

Dejando de lado ese pensamiento tan inquietante, Vito no tenía ninguna opción de recrear ninguna postura sexy con Christine sin quitarse la ropa a toda prisa. Aquel juego no era para él.

—¿Qué me dices, pareja? —Christine miró a su alrededor como para asegurarse de si estaban emparejados para el juego.

Por supuesto, todo el mundo, desde la tía Rosella hasta el bailarín que había ido a amenizar la fiesta, tenía pareja.

—¿Estás listo para jugar?

Sus ojos azules brillaban retadores mirándolo directamente a los suyos.

Él sabía que, si bajaba un poco la mirada, se encontraría con la tentación de unos pechos medio descubiertos y bien ajustados bajo el vestido elástico de tirantes.

Por supuesto, no se atrevió a mirar o seguiría su mirada con sus labios, besando cada centímetro de piel descubierta.

—No en público —no podía permitirse ponerle ni un dedo encima después de haber pasado tantos días alejado de ella—. Tengo que verte a solas.

Ella sacudió la cabeza lentamente mientras miraba su galleta, lamentándolo profundamente.

—Es una pena que no quieras jugar, Vito. Nos había tocado una posición estupenda.

Christine le pasó la galleta, se giró y se alejó, dejándolo con el dulce como único consuelo.

Mirando el dulce que tenía en la mano, Vito logró distinguir las palabras: «Reina del Cielo», pero eso no era nada comparado con el dibujo de los dos amantes en la más íntima de las posiciones: Mientras la mujer estaba de lado, el hombre cabalgaba su pierna inferior y sujetaba la otra pierna con las manos. La penetraba en esa posición, sujetando la pierna contra su pecho mientras...

Cielos.

Vito ignoró la erupción volcánica que se produjo en sus entrañas al ver la imagen, porque de repente comprendió que Christine había querido hacer eso con él.

En ese momento.

Llevándose la galleta consigo, Vito no pudo salir más rápidamente de la fiesta.

Capítulo 12

El pulso le latió aceleradamente al oír pasos tras ella.

Christine siguió caminando por el pasillo de mármol del Club Paradise mientras la música de Moulin Rouge resonaba cada vez con más fuerza según iba entrando en el hotel.

¿Eran los pasos de Vito o se trataba de otra persona?

Unos cuantos huéspedes del complejo turístico pasaron a su lado; se trataba de un hombre con una mujer de cada brazo. Interesante arreglo, pero no se ajustaba a su gusto personal. Ella no compartiría a Vito Cesare por nada del mundo.

Los pasos resonaron más cercanos y ella se estremeció. Un delicioso sexto sentido hizo su cuerpo vibrar impaciente de placer y le dijo exactamente quién se acercaba.

—Espera —unos fuertes brazos la rodearon desde atrás, haciéndola detenerse bajo una enorme lámpara de araña.

Ella sintió su olor, cerró los ojos y dejó caer su peso sobre él.

—Pensaba que no querías jugar —ella dejó caer la cabeza sobre su hombro sólo un momento, exponiendo su cuello por si él quería acercarse más.

Para besarla.

No se había dado cuenta de todo el deseo que se había ido acumulando en su interior en los últimos días, pero ahora que tenía las manos de Vito sobre ella de nuevo, pensaba que iba a empezar a arder en medio del pasillo del elegante Club Paradise.

—Dije que no en público —él se inclinó para tocar la pared delante de ella.

El botón de un ascensor, vio ella al abrir los ojos.

—¿Eso quiere decir que estás dispuesto a buscar un lugar con más intimidad? —se giró en sus brazos con visiones de la galleta Kama Sutra aún en la cabeza.

La puerta del ascensor se abrió y él la empujó dentro llevándola de la mano.

—Eso significa que no tienes ninguna oportunidad de quedarte ni un segundo más en la fiesta de despedida de soltera de mi hermana —apretó el botón del segundo piso y las puertas se cerraron—. Así que espero que no tuvieras ninguna sesión más de compras de lencería o clases de striptease programadas para esta noche.

Con una mano apoyada en la pared del ascensor, él la miró con sus ojos color avellana de tal modo, que se oscurecieron hasta volverse marrones. No la tocó en ningún sitio, pero ella podía

imaginarse ya sus manos por todas partes, todo su cuerpo vibrando de urgencia sexual.

—Tal vez sea el momento de poner en práctica las lecciones de striptease —ella nunca se hubiera aventurado en ese tipo de juegos de cama con otros hombres, pero había algo en Vito que le hacía perder toda la inhibición. La hacía atrevida.

El ascensor llegó al segundo piso, las puertas se abrieron y, al salir, ella se dio cuenta de que el suelo del pasillo estaba cubierto por una alfombra persa.

Pero no sabía adonde iban. ¿A su habitación, tal vez?

Desde luego.

Él ya tenía la llave en la mano mientras la guiaba por el pasillo.

—Por más que me gustaría ver eso en cualquier otro momento, esta noche no creo que pueda esperar ni un segundo —se detuvo frente a una puerta marcada como «Xanadu» e insertó la llave—. ¿Sabes cuántos días hace que no te tengo para mí solo?

Demasiados.

A ella le dio un vuelco el corazón al pensar que él la había estado deseando todo ese tiempo. Las piernas le temblaron al oírle decir que no podría esperar mucho.

La garganta se le quedó seca. Tenía demasíada hambre de sexo y estaba tan confusa, que no podía decir desde cuándo no había estado con Vito en la cama. O en la ducha. O en la mesa del comedor.

Lo siguió al interior y parpadeó cuando él dio las luces. Enseguida las reguló a una intensidad más baja.

—¿Esto es Xanadu? —la mirada de ella recorrió las paredes, pintadas en color crema con pinceladas doradas.

Había lámparas de cristal suspendidas del techo, y otras tenían globos color ámbar que teñían la sala de brillos dorados. El mobiliario era de inspiración oriental, y había unas telas brillantes frente a una chimenea que despertó a la vida cuando Vito dio la luz.

—Creo que está basado en un poema de Coleridge, el lugar de placer de Kublai Khan, según el poeta —hizo un gesto hacia una puerta a un lado de la salida—. O al menos, es lo que he supuesto al ver el poema enmarcado encima de la cama.

Cama.

Esa palabra nunca le había sonado tan erótica antes.

Su mente ya había volado hasta el dormitorio, ya había visualizado las cosas que se podían hacer el uno al otro, el uno por el otro, antes de que acabara la noche. O, al menos, antes de que ella volviera a su habitación. Porque independientemente de lo

mucho que su cuerpo deseara a Vito aquella noche, no podía engañar su corazón despertándose a su lado a la mañana siguiente.

Daba igual qué tipo de conexión habían llegado a desarrollar durante el verano, pues terminaría después de la boda de Giselle. Al cabo de seis días.

Lo que quería decir que sería mejor que aprovecharan aquella noche al máximo.

¿En qué estaba pensando Christine?

Vito nunca habría pensado que estaría en una habitación exótica con una mujer que irradiaba sensualidad por los cuatro costados y se viera agonizando por saber lo que ella estaba pensando. Ella había estado muy callada desde que entraron en la habitación, y eso le hizo pensar que tal vez se estuviera arrepintiendo.

Dejó la galleta Kama Sutra sobre una mesita y dijo:

—¿Qué te pasa por la cabeza, Christine? —le tomó la mano y saboreó la suavidad de su piel y sus fríos dedos.

Se había pintado las uñas aquel día de un color rosa pálido. No llevaba anillos, joyas ni decoraciones; no eran necesarias para una belleza natural como ella.

Su brillante sonrisa y su piel ligeramente bronceada componían un maquillaje perfecto que haría quedar a todas las seguidoras de la Fórmula Uno como muñecas artificiales.

La mirada de Christine voló hacia la galleta que él había dejado sobre la mesa.

—Me preguntaba si confías tanto en tus habilidades en la cama, que no necesitas siquiera mirar el dibujo.

Su tono bromista lo tranquilizó. Ella no se estaba arrepintiendo.

—No es que confíe mucho en mí mismo —él le quitó el diminuto bolsito plateado de las manos y lo colocó sobre el brazo de una silla. La llevó más dentro de la habitación y admiró cómo la luz dorada producía un increíble abanico de brillos y tonalidades en su pelo—. Es sólo que estoy algo familiarizado con El Kama Sutra

Cuando llegaron frente a la chimenea, él le acarició el hombro y luego bajó hasta su pecho. Después volvió al hombro y le apartó el tirante de su vestido.

Un delicado escalofrío hizo que todo el cuerpo de Christine se estremeciera.

—Eres un hombre malo, muy malo —su voz entrecortada contrastaba con las palabras que pronunciaba. De hecho, él lo consideró como un halago—. ¿Es que lees textos eróticos orientales porque te gusta? ¿O lo has aprendido de primera mano de una mujer en tus viajes por el mundo?

Acercándose al hombro que acababa de descubrir, Vito lamió la línea donde había descansado el tirante y después sopló con suavidad. Su recompensa fue otro escalofrío, y los ojos de Christine cerrándose de placer.

—Olvida que te lo he preguntado —murmuró ella, buscando su pelo con las manos—. Cesare, me da igual dónde lo hayas aprendido. Me gusta mucho.

—La mayoría lo sé por los libros —él decidió responder a su pregunta de todos modos mientras desnudaba su otro hombro—. Algunos tipos ven porno entre una novia y otra para entretenerse. Yo leo.

—¿Me estás contando que estoy teniendo mi primera aventura con un académico en sexo? — ella abrió los ojos para mirarlo fijamente—. Va a ser muy duro para los que vengan detrás de ti.

Él no quería pensar en nadie que lo siguiera. No podía soportar la idea de que nadie más volviera a tocarla de aquel modo.

—Tal vez quiera hacerme insustituible —sus dedos buscaron en la parte trasera del vestido hasta encontrar la cremallera—. Inolvidable — sin los tirantes que lo mantuvieran en su sitio, el vestido cayó al suelo, revelando pinceladas de satén negro y piel blanca—. O tal vez sienta que debo borrar de tu memoria todo recuerdo de tu prometido.

Ella sonrió al sentir caer el vestido a sus pies.

Se quedó vestida tan sólo con un conjunto que podía haberle tomado prestado a la stripper de abajo. Christine se lanzó directamente a sus brazos.

—Eso puede estar bien —sus dedos fueron hasta la corbata de él para quitársela lentamente—. ¿Tienes algún truco oriental que me haga olvidar a todos los hombres con los que he estado antes?

Él estaba mirando el bustier de satén negro y encaje con un lazo azul que lo ataba. Las braguitas a juego eran de color negro y tenían un lacito azul justo debajo del ombligo.

—Creo que voy a necesitar un truco muy bueno para hacer que esta noche sea para ti tan inolvidable como lo será este conjunto para mí —no recordaba haber visto nunca antes algo tan atractivo. Lo único que faltaba eran las botas de trabajo de Christine, que tanto le gustaban a él—. Estás increíble.

Ella jugueteó con la cinta sobre sus pechos.

—Giselle dijo que nadie podía irse de su fiesta sin lencería sexy.

Él tomó la cinta de sus manos.

—Entonces creo que le debo todo mi agradecimiento a la novia.

Pero lo cierto era que Christine podía haber ido en vaqueros y

camiseta, y a él se le hubiera hecho la boca agua igualmente.

—¿Y tú, Cesare? ¿Tienes algo ahí debajo para sorprenderme? —Christine le desabrochó los botones del pantalón con un gesto rápido y rítmico.

—Lo que tengo ahí debajo no te va a sorprender —él la agarró de los hombros mientras ella le sacaba la camisa de debajo del pantalón.

—Eso no hace que sea menos atractivo —rió ella, acariciando con la mano la parte delantera de sus pantalones. Después, siguió con el dedo su duro miembro por encima de la tela.

Él empezó a quitarse el cinturón con los ojos cerrados, y después fueron los pantalones, que acabaron sobre un sofá junto a la chimenea.

—Creo que al final necesitaré el dibujo de esa maldita galleta si sigues así. No puedo recordar ni mi nombre cuando me tocas.

—Parece que yo también tengo algunos talcos, ¿no?

Ella se le acercó, con sus piernas interminables y su lencería sexy y lo acorraló contra una mesita que había junto a la chimenea.

—Parece que vas bien armada —y a él le encantaba ver cómo ella les daba uso a todos esos atributos sexuales después de tantas semanas escondidos bajo sus ropas de trabajo.

—Pero creo que no necesitaremos el dibujo.

—¿No?

—Tengo la posición memorizada —sonriendo alargó la mano tras él y tomó una colcha oscura del sofá.

Con un gesto de muñeca, la colcha quedó extendida sobre el suelo, delante de la chimenea decorativa.

—Ven y te lo enseñaré.

Él la siguió al suelo, sujetándole la cabeza en la mano hasta que se puso cómoda. Él, sobre ella, se acomodó a su cuerpo y pensó que no podía creer cómo había pasado tanto tiempo sin tocarla de ese modo.

¿Cómo iba a soportar no poder tocarla nunca más?

Apartando de su mente unos pensamientos que sólo servían para frustrarlo, se concentró en lo que tenía delante. Ella.

Porque en ese momento no podía pensar en algo que le importara más.

—¿Vito?

Christine empezó a tener miedo cuando vio esa mirada en sus ojos de nuevo. Más que una mirada de «haz conmigo lo que quieras, nena», era algo que mostraba emociones mucho más profundas. Emociones que la ilusionaban y aterraban al mismo tiempo.

Las mismas que amenazaban con romperle el corazón otra vez más si no tenía cuidado.

—¿Sí? —él ya había empezado a recorrer su cuerpo con las manos, a explorar cada rincón y cada curva mientras la miraba con las pupilas dilatadas.

Christine no podía dejarse ahogar en esos ojos tan preciosos. No se atrevió a dejar volar su romántico corazón simplemente porque él estuviera dispuesto a tomarse todo el tiempo del mundo para hacerle sentir mejor de lo que se había sentido nunca.

Concentrarse en el calor. En la química. En cómo el cuerpo de Vito se movía sobre el suyo.

—¿Puedes ayudarme con esto? —le dijo, refiriéndose al bustier de satén.

Apoyándose en las manos, él bajó progresivamente la cabeza hasta que estuvo a la altura de sus pechos. Entonces tomó la cinta con los dientes y tiró.

—Me lo tomaré como un sí —suspiró ella de placer mientras su cálido aliento le abanicaba los pechos.

Christine le acarició los bíceps, hinchados y tan atractivos. Admiró la definición de cada músculo derretida de admiración. Pero cuando Vito estaba tirando del resto de la cinta del bustier para desatarlo, todos sus pensamientos se desperdigaron como semillas al viento. Su lengua había empezado a juguetear por el valle entre sus pechos antes de tomar para sí un deseoso pezón.

Ella se arqueó contra él, urgiéndolo a acercarse más, mientras el bustier caía al suelo. Sus muslos se tensaron bajo su cuerpo, dispuesta a más.

Si pudiera centrar su atención en el siguiente orgasmo, en tenerlo dentro de ella, tal vez olvidara su suave tacto y dulces caricias, el modo en que siempre pensaba primero en lo que ella necesitaba, y no en lo que él deseaba.

—Hazme el amor —ella se lo susurró, pero en su tono de voz resonaba la orden. Lo necesitaba en ese preciso momento—. Muéstrame la posición de la Reina del Cielo.

—Pronto —él saboreó su pecho como si se diera un festín de gourmet. Lentamente y apreciándolo.

Aquello bastaba para provocarle temblor en las rodillas. Se le derritió el corazón.

—Pero quiero probar más posiciones después de ésta —exclamó ella, desesperada por que él dejara de hacerle esas exquisitas caricias y poder simplemente perderse en el duro y cálido ritmo del sexo salvaje—. Enséñamelas.

Él apartó los labios de sus pechos hinchados. Buscó con la mano por debajo de su vientre para apartarle las braguitas empapadas.

—Hay más en El Kama Sutra aparte de posiciones.

Ella se quedó sin aliento mientras él empezaba a deslizar un dedo por su húmedo calor.

—¿En serio?

Su voz fue casi un gritito.

—Hay todo un capítulo de besos que tenemos que probar alguna vez —y le quitó las braguitas para dejarla tan desnuda como lo estaba él.

La sangre corría con tal fuerza por sus venas que ella era consciente de cada latido entre sus muslos.

Él se inclinó para frotar su mejilla contra el muslo de ella, raspándola ligeramente.

—¿Quieres que te enseñe algunos?

—No sé si... —en cuanto él besó por primera vez su muslo, ella fue incapaz de hablar.

Fue ascendiendo por su muslo hasta llegar al lugar que más deseaba sus besos.

Ella se puso tensa y sintió un tremendo ardor en todos sus miembros. No se atrevía a moverse mientras lo miraba actuar sobre ella a la luz de la falsa chimenea.

—Hay un beso vibrante, que tiene un poco de vibración —y se inclinó para hacerle una demostración, acariciando con los labios el centro de su placer, justo antes de que ella volara mientras él le producía con la boca el mejor orgasmo que había sentido nunca.

Los espasmos la agitaron largo rato cada vez que él la tocaba, le susurraba, le daba... todos esos traviesos y deliciosos besos.

Cuando la agitación cesó por fin, ella lo buscó, pues necesitaba sentirlo dentro.

El ya estaba colocado encima de ella, con el preservativo colocado.

Mientras ella jadeaba y susurraba de delirio, él había estado pensando en ella, ocupándose de ella de muchas formas distintas.

Sus muslos se abrieron para él, ella le pasó las manos por el pelo y lo abrazó mientras él se abría paso.

—Nunca volveré a subestimar el poder de un beso —le confió Christine, rodeándolo con las piernas como si no lo quisiera soltar nunca. O, al menos, en toda la noche. Nunca pasaría suficiente tiempo con él.

—Y eso que aún no hemos llegado a las posiciones —le recordó él, levantándole un muslo.

Él se giró con cuidado para ponerse sobre una de sus piernas y agarrar la otra contra su pecho. De ese modo, la penetración era tan profunda, tan completa, que ella se sintió poseída en toda su plenitud.

Un grito creció en su garganta al empezar a moverse juntos y ella volvió a llegar al punto más alto enseguida. En el momento más dulce, Vito la alcanzó y ella se dio cuenta de por qué aquella posición se llamaba la Reina del Cielo.

Al ver tantas estrellas brillando por allí, pensó que la habían catapultado a la estratosfera.

Capítulo 13

Esa misma noche, Vito estaba despierto en la cama acariciándole el pelo a Christine mientras dormía.

Un rayo de luna se coló por las cortinas de su ventana tiñendo su rostro de una luz azulada.

Al pensar en lo que habían compartido, se dio cuenta de que por primera vez todo su mundo se había detenido.

Desde el momento en que se marchó de Estados Unidos, y hacía seis años de eso, había avanzado por la vida a toda velocidad, intentando compensar lo que se había perdido previamente.

Todo aquello, aunque le había resultado divertido una temporada, había dejado de serlo. Tenía que admitir que el último año su vida había pasado frente a sus ojos como el paisaje desde un bólido a trescientos veinte kilómetros por hora.

Pero aquella noche, todo se había detenido.

Algo llamado Christine le había pedido que saliera de su carril rápido, y había querido quedarse quieto. Saborear la vida. Disfrutarla. Tal vez ése fuera parte de su atractivo desde el principio, pensó entonces, arropándola mejor con la sábana.

Aquel verano era la primera vez que pasaba más de una semana en Miami desde que se marchó de casa. Y no lo había hecho sólo porque tuviera que poner la casa a punto para la boda de Giselle, pues podía haber tomado vuelos de ida y vuelta, tal y como había planeado hacer antes de conocer a Christine.

Sus pies, en movimiento constante, no se habían desplazado apenas en seis semanas. Había preferido permanecer cerca de la mujer que ocupaba todos sus pensamientos últimamente.

Pero aquella noche, sosteniéndola entre sus brazos mientras dormía, se dio cuenta de que aquello era más que una atracción a explorar durante un verano.

Porque quería a Christine.

Tumbado de espaldas sobre la cama, dejó que el descubrimiento penetrara lentamente en todo su ser, y esperó sentir la oleada de pánico. El momento en que se arrepentiría... Tenía una carrera profesional, después de todo, y ésta lo apasionaba.

Pero mientras el reloj marcaba otra hora más, y la luz de la luna se transformó en los rayos de sol del amanecer, se dio cuenta de que no estaba asustado. Sólo loco por ella. Enamorado.

Lo malo era que el amor por sí solo no lo ayudaría a saber cómo hacer para que una relación a distancia funcionara. Ni tampoco le daría un trabajo alternativo en Miami para que pudiera quedarse

allí con ella.

Cuando sonó su móvil, se apresuró en contestar para que Christine no se despertara. ¿Quién lo llamaría a esas horas? A no ser que fuera...

—¿Sí?

—Vito, soy Oswald —otra vez el acento del mánager—. Sé que estás ocupado con tu evento familiar, pero necesito que vengas hoy para los preliminares de la carrera. ¿Quieres encargarte tú del billete o quieres que lo haga yo?

—Maldita sea, Ozzie. ¿No puedes ocuparte tú de eso?

No podía volar a Alemania ese día. Christine se merecía algo mejor.

Pero, por otro lado, tal vez se enfadara cuando se despertara y se diera cuenta de que había pasado toda la noche en su cama. Sería la primera vez que lo hacía, y no era poco decir para una mujer que se aferraba con tanta fuerza a sus fronteras como a la sábana que la arropaba.

Además, no había sido ella la que se había enamorado esa noche.

Él era el único que estaba cayendo al pozo sin fondo por ella.

—Creo que podría arreglarlo, pero hay muchos más medios de comunicación interesados de lo que habíamos pensado. Puedes venir, hacer unas cuantas entrevistas y volver a tiempo para la ceremonia.

Estaba claro que Oswald no sabía nada de bodas italianas. Giselle tenía diez eventos diferentes planeados entre aquel día y el de la boda.

Tal vez lo perdonara si fuera allí y pensara en algo para convencer a Christine de que se trasladase al extranjero con él, o buscar un modo de dejar su carrera.

Ella se estiró a su lado. Tal vez había sentido la tensión que empezaba a crecer dentro de él.

—Allí estaré, pero tienes que venir a buscarme al aeropuerto porque tengo mucho de qué ocuparme durante este viaje —su futuro, y con suerte, también el de Christine.

Algo olía a podrido en el reino de Dinamarca. O, en ese caso, al otro lado de la enorme cama de la suite Xanadu.

Christine contuvo el aliento al ver que Vito apagaba el teléfono, esperando que le dijera por qué estaba tan tenso.

Tan preocupado.

Tan distante.

¿No era por eso por lo que ella no se había quedado a pasar toda

la noche con él hasta entonces? No quería ver caras incómodas por la mañana, no estaba preparada para sentir que Vito la apartaba de sus brazos.

De su vida.

—Será mejor que me vaya —murmuró ella para decirlo antes que él.

Se levantó de la cama arrastrando la sábana tras de sí mientras se decía una y otra vez que aquello era una aventura. No tenía por qué sentirse decepcionada por la mañana.

Una aventura, sólo una aventura...

—No te vayas —él le pasó un brazo por la cintura en el mismo momento en que ella se metía el vestido por la cabeza—. Quédate, por favor. Duerme un rato más.

Concentrándose todo lo que pudo en el esfuerzo que le suponía, ella logró sonreír y decir alegremente:

—Parece que tienes que ir a ver a ciertas personas e ir a ciertos sitios, y la verdad es que yo también —a las seis de la mañana... seguro. Su único plan para aquel día era asistir al almuerzo de Giselle de aquella mañana, que sería a las once.

De acuerdo con las instrucciones de Giselle, Christine se había dejado unos cuantos ratos libres en los días siguientes antes de la boda. Su trabajo en el jardín de los Cesare había terminado, a tiempo y según el presupuesto marcado, aunque lo suyo le había costado. Lo único que tenía que hacer aquellos días era mantenerlo todo bien regado y lucido para la fiesta de la boda.

Esperó a que Vito la soltara, pero su brazo cálido y musculoso siguió rodeando su cintura. Vito tiró de ella hacia atrás y la obligó a sentarse a su lado en el borde de la cama, donde empezó a torturarla con los placeres de distintos tipos de beso.

—Es cierto que tengo que ir a un sitio —admitió, aunque hizo un buen trabajo fingiendo que lo lamentaba mucho—. Tengo una carrera después de la boda y pensé que podría saltarme los eventos preliminares, pero parece que tengo que hacer alguna aparición pública antes del fin de semana.

La puñalada a su corazón fue rápida. Eficiente. Devastadora.

Como era lógico, ella sabía que no debía serlo, pues él había ido preparándola poco a poco para aquello. Por supuesto, la última noche ella había bajado la guardia y se había negado a toda lógica quedándose en su cama toda la noche.

Habían hecho el amor una y otra vez hasta que tuvieron la impresión de estar compartiendo algo más que sus cuerpos. Estaban compartiendo sus corazones. Sus mentes.

Pero de algún modo, había cometido el clásico error de tomar la atracción física por, oh, cielos, amor.

Aunque se atreviera a admitir eso ante sí misma, su romántico corazón lamentaba el hecho de que Vito estuviera borrándola de su vida unas pocas horas después de que ella se hubiera sentido irrevocablemente unida a él.

—Parece divertido —mintió ella, sabiendo que ella nunca sería el tipo de mujer que podía seguir a un piloto estrella. No podría charlar sobre motores ni fingir que le gustaban ciertas cosas como el caviar.

Vivían en mundos diferentes, aunque él había fingido bastante bien poder adaptarse al de ella.

—Quería haberte contado antes lo de la carrera —Vito frunció el ceño al mirarla—. No sé por qué no lo hice. Supongo que porque toda mi vida de allí me parece algo muy lejano cuando estoy contigo.

Ella se quedó muy quieta, segura de que, si se movía, podía escapársele una lágrima. Y eso sí que no lo podía permitir.

Conocía las normas cuando se metió en aquello y no podía culpar a nadie más que a sí misma si volvía a acabar con el corazón roto.

—Seguro que sí. Seguro que normalmente nadie te convence de que podes palmeras, o te encuentras la casa llena de comida para pájaros nada más llegar, ¿verdad?

Su sonrisa le provocó a Christine una punzada en el corazón.

—Por esas cosas es lo por lo que me lo he pasado tan bien este verano.

Pero...

Ella casi podía sentir la palabra que aún no había sido pronunciada flotando por encima de ellos, cubriendo el tiempo que habían pasado juntos de sombras. Tal vez se lo hubiera pasado bien una temporada, pero era el momento de marcharse.

—Bueno, creo que ya ha llegado el momento de despedirse, ¿no? —ella volvió a ponerse en pie, incapaz de soportar la tentación de tener su cuerpo tan cerca. Además, tampoco quería quedarse allí sentada en una interminable despedida, pues sabía que sus ojos acabarían traicionándola.

¿Y ella creía que el enterarse de que Rafe era un tramposo había sido terrible?

Aquello era un corte con una hoja de papel comparado con la herida abierta que le dejaría la marcha de Vito.

—No me estoy despidiendo, Christine.

Él se puso en pie y empezó a vestirse mientras ella hacía un valiente esfuerzo por guardar su ropa interior en su diminuto bolso sin intentar fijarse en su increíble cuerpo.

—Estaré de vuelta para la boda, y tú prometiste ser mi acompañante. Nada ha cambiado acerca de nuestra cita de este fin de semana.

Sólo porque necesitaba un escudo contra los casamenteros de su familia, ¿no?

Ir a esa boda podría ser un suplicio para ella, ahora que se había enamorado a pesar de sus buenas intenciones.

—Si no puedes llegar a tiempo, lo entenderé —tal vez sería mejor si él se quedara en el extranjero, si no asistiera a la boda... así ella no tendría que sufrir todos esos «sí, quiero» a sólo unos pocos pasos de distancia.

Oh, cielos, iba a ser terrible.

—Los dos sabemos que mi hermana me mataría si no volviera a tiempo para la boda — completamente vestido, Vito alargó la mano hacia ella mientras Christine jugueteaba con su bolso—. Y tenemos que charlar largo y tendido cuando yo vuelva.

—Me dijiste desde el principio que querías que esto fuera algo simple, Vito. Dejémoslo estar y no nos molestemos con despedidas —sería mucho más fácil si pudieran pasar a velocidad rápida la parte en que le rompía el corazón.

Ella se acercó a la puerta de la suite.

—Esto no es un adiós —él la siguió, pero ella giró el pomo a pesar de todo—. Te lo digo en serio, Christine. Vamos a ir a la boda juntos y vamos a pasárnoslo estupendamente. Has trabajado mucho todo el verano y mereces una recompensa. Oh, y antes de que se me olvide...

Agarró un sobre de una mesa que había junto a la puerta mientras ella se esforzaba por mantenerse tan tranquila y serena como él.

—Giuseppe quería que te diera esto —le pasó el grueso sobre con su nombre escrito en la parte delantera—. Sé que ha estado muy ocupado con la señora Kowolski últimamente como para decirte nada, pero lo cierto es que has hecho un trabajo increíble en el jardín. Está más bonito que nunca.

Sus dedos se aferraron al sobre blanco; ella sabía que nunca olvidaría aquel proyecto, un trabajo al que se había entregado en cuerpo y alma.

—Pensé que Giuseppe quería darme un cheque.

En ese momento empezó a sonar el móvil de Vito de nuevo. Lo

que ella tenía que hacer era tomar su dinero y salir corriendo. Era gracioso, porque esa compensación le había parecido tan importante al principio...

Puesto que el dinero suponía su capacidad para mantener su empresa hasta que pudiera hacer de Todo Natural un gran éxito empresarial, le había parecido siempre lo más importante, pero desde hacía unos días, su negocio le daba un poco igual.

—¿Te parece bien en efectivo? —Vito estaba nervioso, e ignoró la llamada. Se inclinó como si fuera a besarla.

Sus ojos parpadearon, pero no los cerró. No podía permitirse mostrar debilidad en un momento como aquél. Al girar la mejilla, sintió el calor de sus labios sobre su piel; era incapaz de devolverle el beso cuando el corazón le ardía de dolor.

—Está bien, es perfecto —ella abrió la puerta y salió al pasillo —. Te veré el sábado en la ceremonia, Vito. Que tengas un buen viaje.

Caminó hacia el ascensor con lágrimas en los ojos, y se alegró de que su único compromiso para esa mañana fuera un almuerzo.

Así, si tenía los ojos un poco enrojecidos, nadie lo vería extraño.

Hasta que horas más tarde no abrió el sobre que le había dado Vito, no descubrió el extra que éste le había dado. Un extra muy sustancioso que ella sabía de sobra que Giuseppe no le habría dado, pues le había pedido un presupuesto muy ajustado.

Por no hablar del hecho de que él quería pagarle con un cheque.

Aquello quería decir que ese dinero había salido directamente de la cuenta bancaria de Vito, y justo antes de que él se marchara de la ciudad.

¿Lo había hecho porque le resultaba obvio que su negocio necesitaba un empujón al principio?

¿O era a cambio de «los servicios prestados»?

Al considerar cada una de las dos posibilidades, empezó a sentir que le echaba humo la cabeza, y la rabia le pareció una buena opción para olvidarse de su corazón roto.

De un modo u otro, Christine tendría preparadas unas cuantas palabritas para él cuando llegase el día de la boda.

Para cuando llegó la boda de Giselle, Vito tuvo que admitir que Christine debía de estar enfadada con él.

Cinco días después de que Christine se marchara de la suite del hotel, él estaba sentado en una sala de la iglesia de Coral Gables con sus hermanos, y el novio de Giselle, Hugh Duncan.

¿Cómo podía haber estropeado todo entre Christine y él sin

darse cuenta si quiera?

Se quedó mirando el aparcamiento por una ventana y esperó ver la vieja furgoneta de Christine allí, mientras Nico y Renzo trataban de colocarle bien la corbata.

Vito sólo les escuchaba a medias mientras maldecía entre dientes contra sí mismo por haber acudido para los preliminares de la carrera. Había llamado a Christine desde Alemania todos los días, pero ninguno la encontró en casa. Ni siquiera su hermana había sido de gran ayuda, puesto que estaba inmersa en los preparativos de su boda y disfrutando de buenos ratos junto a su familia y amigos. Siempre le había dicho que Christine estaba ocupada en el jardín o que ya se había marchado.

Al parecer, se había ido de casa de los Cesare mientras él no estaba sin dejar ninguna otra dirección. Puesto que ya había acabado su trabajo, suponía que ella volvería al lugar del que salió.

Lo malo era que no tenía ni idea de qué lugar podía ser ése.

Por lo que él sabía, ella no vivía por la zona, aunque, si había empezado a montar su empresa en Miami, no podía estar muy lejos.

De todos modos, ¿y si tenía que ponerse en contacto con ella por una emergencia? Como aquel día, por ejemplo.

—Eh, Vito —gritó Nico, que estaba improvisando un combate de boxeo con su hermano Marco, que acababa de empezar su segundo año en Harvard—. ¿No es el novio el que tiene que estar nervioso antes de la ceremonia? Se supone que tendrías que estar calmando a Hugh, no poniéndonos a todos nerviosos.

—Nervios... Ja! —nada de nervios, todavía, pero preocupación, mucha—. No me hagas enfadarme el día de la boda de tu hermana —y mientras, no dejaba de mirar el aparcamiento, donde no se había visto ni rastro de la furgoneta de Christine.

—Hermano, te necesitamos por aquí —le dijo Nico—. Hacía tiempo que nadie me regañaba así —miró de lado hacia Renzo y Marco—. En serio, ha estado bien tenerte por aquí este verano.

—Creo que me voy a quedar una temporada —el sereno anuncio de Vito revolucionó la tranquila sala en un instante y sus tres hermanos empezaron a hablar a la vez.

—¿Vas a dejar las carreras?

—¿En serio te vas a venir a vivir aquí?

Nico lo observó mientras Vito miraba por la ventana.

—Es por ella, ¿verdad?

—Por supuesto —todo era por ella.

Christine.

No habían pasado dos minutos en los últimos cinco días en que

no hubiera pensado en ella. Debería haberse dado cuenta antes de lo importante que se había convertido para él.

Debería haber dejado las cosas claras sobre su futuro con ella antes de marcharse.

Pero había estado tan confuso. No había sabido liberarse de sus compromisos y hacerse una vida allí.

—¿Y si no viene hoy, hermano? —preguntó Nico.

Era la misma pregunta que Vito llevaba haciéndose toda la mañana.

Así que le dio la única respuesta que podía admitir.

—Tiene que venir.

Capítulo14

Al menos tenía que aparecer.

Christine intentó convencerse a sí misma antes de bajar del callejón tras la iglesia donde había aparcado su furgoneta. Había estado dando vueltas a la manzana durante diez minutos, pero cuando vio llegar la limusina de la novia, se dio cuenta de que no podía seguir prolongando aquello por más tiempo.

Tendría que enfrentarse a Vito tarde o temprano, aunque sólo fuera para devolverle su dinero. A pesar de que ella había sido muy paciente con el tío Giuseppe cuando aclararon el asunto del dinero, hacía tres días, se había sentido más que frustrada por que él insistiera tanto en que Vito sólo intentaba recompensarla por el trabajo que había hecho en el jardín.

¿Quién le daba las gracias a una paisajista con una propina que podía haber servido para pagar un coche nuevo? Si a Vito le había gustado su trabajo, le podía haber dado una caja de bombones, o unas galletas de limón de la señora Kowolski.

Aquel era el tipo de gesto excesivo de una persona que pensaba que ella necesitaba ayuda, como si ella no pudiera gestionar una empresa rentable por su cuenta, y necesitaba que le echaran una mano.

Si no era eso, tenía que ser un gesto para tranquilizar su conciencia. Tal vez le había dado tanto dinero porque nunca le daría algo tan valioso como su corazón.

Aquella segunda opción le gustaba menos aún que la primera, así que Christine cerró la puerta de la furgoneta con un poco más de fuerza de la necesaria, pero al oír el gemido de su viejo coche, se sintió culpable. Puesto que no iba a usar el dinero de Vito para comprarse un coche nuevo, tendría que cuidar de su más que viejo vehículo.

Corrió hacia la entrada deseando llegar a tiempo para sentarse justo antes que las damas de honor, pero vio un brazo que salía de la ventanilla de la limusina y le hacía señales de que se acercara.

Al llegar junto al lujoso coche negro, vio que dentro estaban, como un estupendo arreglo floral, Giselle con sus tres socias en el Club Paradise, y la mujer de Renzo, todas vestidas con faldas fucsias mientras la larga cola de encaje de la novia estaba perfectamente colocada en el centro del habitáculo.

Giselle le pasó su copa de champán a una de sus damas y, mirando primero a la calle por si había alguien que pudiera verlas, se inclinó hacia la ventanilla para hablar con ella.

—Mi hermano se ha vuelto loco, Christine. Loco del todo. Ha estado llamando a la casa cada dos horas para preguntarme si yo sabía algo de ti —jugueteó con la flor naranja que llevaba en el pelo —. Sé que no te puedo decir qué hacer con tu vida amorosa, pero sí te puedo pedir una cosa —apuntó a Christine con el dedo; su manicura era tan perfecta como el resto de ella—. No le rompas el corazón el día de mi boda.

Como si su corazón hubiera estado en algún momento en peligro.

Pero la romántica Christine no iba a dejar que nada estropease el gran día de la novia. Besó a su amiga en la mejilla y se aseguró después de que no haberle dejado una marca de lápiz de labios.

—Tienes mi solemne promesa de que eso no pasará.

—Bien. Ahora tienes que encontrar a mi hermano mayor y decirle que traiga su estupendo trasero hasta aquí para que pueda entregarme en matrimonio. ¡Me espera un hombre para que me case con él!

Christine se apartó de la limusina, de cuyo interior salían risas de aprobación por las palabras de Giselle, y sintió que le faltaba el aire. ¿Giselle quería que buscase a Vito?

Al diablo con sus elaborados planes para evitarlo. Al parecer, no le quedaba más remedio que encontrarse con el hombre del que se había enamorado contra toda lógica.

Subió los escalones de la iglesia a la carrera y llegó frente a la puerta cuando el órgano empezaba a tocar. Iba a abrir una de las puertas cuando la otra se abrió de golpe.

Era la persona a la que estaba buscando.

Se quedó helada, perdida en la visión de Vito después de los días que habían pasado separados. ¿Qué tenían los esmóquines que hacían palpitar el corazón de las mujeres?

Oh, ¿pero a quién pretendía engañar? No era el esmoquin, sino el hombre que lo llevaba, aunque no tuviera respeto alguno por su independencia como profesional independiente ni por su corazón.

—Giselle me mandó a buscarte —soltó ella cuando consiguió hacer funcionar su lengua—. Está lista para...

Sus palabras murieron en su garganta cuando él empezó a acercarse más, y más...

La levantó en brazos y le dio un beso en los labios que hizo que se le derritieran todos los huesos del cuerpo.

—Gracias por estar aquí —abrió la puerta de la iglesia con una mano, pero no dejó de mirarla. Uno de los hermanos de Vito, vestido como él, se asomó—. Mi hermano te dirá dónde te puedes

sentar para que pueda encontrarte después, ¿de acuerdo? Tenemos que hablar.

Él parecía tan sincero, sus ojos oscuros tan serios. Sabía que no podía permitirse verse atrapada en el romántico ambiente del día... el esmoquin, la iglesia, la música...

—Sí, tenemos que hablar —dijo ella, recordando el dinero producto de la culpa que él le había dado antes de marcharse de viaje. Tenía que devolvérselo de todas maneras, así que no tenía sentido seguir evitándolo—. Te veré dentro.

Él iba a decir algo más, pero la novia y sus acompañantes eligieron ese momento para salir de la limusina, sus risas mezclándose con las notas de la melodía *The wayyon look tonight*.

Apartándose de sus brazos, ella entró en la iglesia mientras su lado romántico se preparaba para la montaña rusa de sentimientos que iba a provocarle asistir a una boda y a la vez decir adiós a Vito para siempre.

Había sido buena idea llevarse un pañuelo.

Vito sabía que había hecho bien dejando a Nico y a Renzo encargados de que Christine llegara a la cena, o se habría marchado en el mismo momento en que las campanas de la iglesia hubieran sellado con su repicar la unión de Giselle.

Estaba claro que había algo que la molestaba, o no habría hecho tantos esfuerzos por evitarlo todo el día.

En aquel momento, una hora después de que su hermana diera el «sí, quiero», un cuarteto de cuerda tocaba en el jardín durante el cóctel y Vito buscaba a Christine con la mirada. Las fotos de familia se habían prolongado una barbaridad, pero él no podía quejarse, puesto que su hermanita sólo se casaría una vez. Mientras la novia seguía posando con el novio y sus amigas, buscó por todas partes a su diosa del jardín, y no era tarea fácil con los ciento cincuenta invitados.

Estaba a punto de entrar en la casa para buscarla cuando se acordó del columpio. Escondido tras una de las barras que habían instalado, el columpio estaba vacío, pero ella estaba cerca, comprobando el progreso de unas palmeras que habían podado juntos.

Estaba preciosa con aquel vestido largo amarillo, con margaritas bordadas en el dobladillo y el pelo rizado. Parecía parte del paisaje que ella había diseñado para aquel jardín tanto tiempo abandonado. Vito no podía imaginarse aquel lugar sin ella.

—Aquí estás —no se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que ella no se giró y le dejó sentir el impacto de sus

enormes ojos azules.

—Aquí estoy —respondió ella con suavidad, como si estuviera muy lejos de él. Tenía un vaso vacío en las manos excepto por unos cubitos de hielo—. La boda ha sido muy bonita, Vito, pero no me puedo quedar mucho tiempo.

—¿Que no te puedes quedar? —algo malo estaba pasando, algo muy malo y él no tenía ni idea de qué era—. Vamos, Christine, prometiste ser mi acompañante esta noche, y llevo cinco días pensando lo que te iba a decir hoy. Aún tengo que acompañar a Giselle un rato más, puesto que soy el padrino, pero después tenemos que hablar de lo que va a pasar a partir de ahora.

—Nada va a pasar a partir de ahora —metió la mano en su bolso y sacó un sobre blanco—. Los dos sabemos que nuestra aventura acabó, así que no hay necesidad de actuar como si tuviéramos el corazón roto ahora que ha terminado el verano —le pasó el sobre y se aclaró la garganta—. Este es el dinero extra que me diste cuando me pagaste por el trabajo que hice aquí, así que te lo devuelvo y quedamos en paz. No hay por qué sentirse mal.

Vito estuvo a punto de caerse de espaldas del susto.

—¿Estás diciendo que se ha acabado? ¿Que te vas...? ¿Y esperas que no me sienta mal? —sacudió la cabeza, como si se negara a creer lo que oía—. ¿Es que no estabas en la cama a mi lado hace cinco días, cuando tuvimos esa conexión tan fantástica? Y sabes de sobra que no te estoy hablando de sexo.

Ella miró a su alrededor, como si quisiera hacerle notar que estaban rodeados por ciento cincuenta personas.

Como si importaran más que ella en aquel momento.

Ella le alargó el sobre una vez más antes de metérselo en el bolsillo de la chaqueta.

—Eres tú el que estableció las normas de esta relación, no yo —parecía enfadada, frustrada y dolida—. Y también eres tú el que intenta mezclar el trabajo con el placer dándome una cantidad de dinero ridículamente elevada como propina. Quiero que me paguen por mis méritos profesionales, no por mi trasero, ¿recuerdas?

Entonces fue Vito el que miró a su alrededor para asegurarse de que nadie les oía. Por suerte, era difícil hasta escuchar al cuarteto con tantos italianos gritando, haciendo fotos y valorando los aperitivos.

—¿Estás enfadada por la paga extra? —no recordaba la cantidad que le había dado... ¿Había sido demasiado?—. Christine, he visto lo mucho que has trabajado, mañana, tarde, noche y fines de semana, así que te lo mereces.

—Yo no quiero un tratamiento especial sólo porque me acosté con el jefe, ¿de acuerdo? No necesito que se ocupen de mí —Christine se aferró a su vaso vacío y deseó no haberse bebido toda la limonada de un trago. Necesitaba algo para enfriar el ardiente dolor que sentía dentro, necesitaba algo que mantuviera sus manos ocupadas, puesto que con sólo ver a Vito, ya deseaba lanzarse a sus brazos y sentir sus manos tocándola.

—¿Es por eso? —se rascó la cabeza, perplejo de que ella estuviera tan enfadada sólo por dinero—. Demonios, pensaba que te habías enfadado porque me marché tan rápidamente a Alemania el otro día.

Ella agitó los hielos en su vaso, tomó una gota de agua y se quedó mirándolo hasta que pudo responder sin parecer una de esas mujeres que intentaban aferrarse a él con las dos manos.

—Comprendí desde el principio que tienes toda una vida aparte de mí —que era el motivo por el que tenía que abandonar a aquella ruidosa y fantástica familia antes de pensar demasiado en cómo sería ser parte de esa vida.

El cuarteto hizo un descanso y una banda de rock local subió al escenario que habían montado en la hierba. El hermano de Vito, Nico, tomó el micrófono y, con voz algo extraña, llamó:

—El hermano de la novia, Vito Cesare.

Vito la atrajo hacia sí, abrazándole la cintura con las manos mientras le susurraba al oído:

—Mi vida aparte de ti se ha acabado oficialmente y por completo.

Antes de que ella pudiera procesar lo que eso significaba, él le apretó la mano y la condujo hacia la gente que rodeaba el escenario.

—Pero ahora tengo que actuar como padrino, y te necesito a mi lado.

Sin saber qué más hacer, Christine cerró los ojos y lo siguió.

Se lo habría pasado estupendamente en la fiesta de Giselle si no hubiera sido porque estaba mitad asustada y mitad esperanzada por su futuro.

Cada vez que veía a Vito mirándola durante la cena, sentía una mezcla de emoción y esperanza, seguida de terror por si lo había malinterpretado todo.

Pero la tarde incluyó todas las cosas que hacían latir con fuerza su romántico corazón: hubo un precioso y sentido brindis por parte de Nico, después Vito decidió que necesitaban una foto de todos los niños de la boda, y los reunieron alrededor del columpio para

inmortalizar el momento. Después hubo besos de unos novios felices y orgullosos, más brindis y un baile bajo el cielo estrellado y una carpa blanca. La mesa de Vito y Christine quedó vacía cuando las otras tres parejas que los acompañaban se levantaron a bailar.

En el otro lado del jardín, la gente más joven bailaba al son de la banda, que había subido el volumen. A los vecinos seguro que no les importaría, porque estaban todos allí. La señora Kowolski y Giuseppe Donzinetti se besaban medio a escondidas unas pocas mesas más allá, y las estrellas de sus ojos brillaban más que las del cielo.

—Pensé que nunca estaría a solas contigo — la voz de Vito interrumpió sus pensamientos, apartando su atención de la gente que parecía haber encontrado la felicidad eterna.

—¿A esto le llamas tú estar solos? —ella no pudo contener una sonrisa al ver los ciento cincuenta invitados que había en el jardín.

—Es lo más solo que se puede estar cuando uno tiene una gran familia —alargó la mano sobre el blanco mantel y le tomó la suya —. Excepto por la noche.

Su mirada hizo que volvieran las mariposas a su estómago, y el deseo por él que ella sabía que nunca desaparecería.

—Este verano estaba todo mucho más tranquilo —la cálida brisa le trajo recuerdos de los momentos que había pasado allí con él. Pensó en las noches en la ducha al aire libre, los encuentros en el suelo del salón, la mesa del comedor...—. Pero esto también es divertido.

—Siento lo del dinero —Vito dibujó círculos con el pulgar en el dorso de su mano y le recordó lo mucho que sabía de caricias. Y de besos—. Entiendo tu punto de vista sobre el extra que te di, pero te juro que sólo estaba pensando en lo duro que has trabajado este verano. Giuseppe no estaba aquí para ver cómo te levantabas en medio de la noche a regar antes de instalar el sistema de aspersores. Tampoco sabía que te quedaste dormida en el columpio por lo agotada que estabas de trabajar.

Sus palabras la emocionaron y ayudaron mucho a calmar su orgullo herido.

—Pensé que me estabas tirando ese dinero para que me alejara de ti en silencio —pero tenía que haberse dado cuenta de que no podía ser así. Lo cierto era que lo sabía, pero estaba más enfadada por el fin de la aventura y por haberse enamorado—Supongo que después de lo de Rafe, siempre espero lo peor de los hombres, y eso no es justo para ti.

Él le tomó la mano entre las suyas mientras la conga pasaba

junto a su mesa. Las tías y tíos de Vito les ponían caritas animándolos a que se besaran.

Cielos, aquello era demasiado.

—No quiero que te vayas en silencio, Christine. De hecho, no quiero que te vayas en absoluto, y eso es lo que llevo todo el día intentando decirte —le acarició la pierna con la suya por debajo de la mesa, y ella sintió un escalofrío que la recomo entera.

Otra vez volvió a surgir la esperanza, más fuerte, pero sentía más miedo que antes.

—¿Y qué hay de la aventura? —esta vez no habría malentendidos ni confusiones con lo que un hombre esperaba de ella.

—La aventura se acabó, y mientras duró fue de lo más divertida. Pero no quiero ninguna otra, te quiero a ti. De verdad. Para siempre.

Un gritito patético escapó de su garganta, aunque ella sabía que él no podría decir aquello en serio.

—Pero tú tienes tu trabajo al otro lado del océano, una vida entera más allá de Miami y de mí.

—Se acabó —le acarició el pelo hasta llegar a su cuello—. Por eso tardé tanto en volver. Le dije a mi mánager que cancelara mis compromisos para el resto de la temporada, porque, fuera cual fuera tu respuesta, creo que por fin estoy listo para volver a casa. Para volver con mi familia, donde tengo que estar.

—¿Vas a dejar las carreras? —no podía ser que hubiera oído aquello—. ¿Y qué quieres decir con «fuera cual fuera» mi respuesta?

Esa parte la había oído bien.

Vito jugueteó con algo en sus manos, y vio que estaba jugueteando con una alianza de plata en su dedo meñique.

—Me refiero a tu respuesta a si quieres casarte conmigo y formar parte de esta ruidosa familia —dejó caer el anillo en su mano—. No puedo pedírtelo hoy formalmente, porque es la boda de mi hermana y no quiero que os robéis protagonismo la una a la otra, pero este anillo es mi promesa de que haré esto como hay que hacerlo y sustituiré ese anillo por otro como tiene que ser si cenas conmigo un día esta semana.

La sorpresa se mezcló con la incredulidad. Y con mucha esperanza. Felicidad. Su puño se cerró sobre el anillo de plata, aún caliente.

—¿En realidad dejarás el mundo de las carreras y todo ese glamour? ¿Y esa insana cantidad de dinero? —aunque pensaba que él era el hombre más maravilloso del mundo, temía que hubiera

podido perder la cabeza—. Le darás la espalda a todo eso para venir a Miami y casarte con una desordenada paisajista sin estilo y que pronto se llenará de arrugas por pasar tanto tiempo al aire libre y...

—No intentes convencerme de lo contrario —él acercó su silla más a la de ella—Mientras uses crema con factor de protección solar, creo que estarás estupenda con arrugas. Y, en realidad, siempre he sido más un tipo hogareño que parte de la jet. Creo que sólo necesitaba el incentivo adecuado para volver a casa.

Ella tragó saliva.

—¿Yo? —abrió la palma para quedarse mirando el anillo que él le había dado.

—Sí —Vito se inclinó y la besó suavemente en la frente—. Tú. Te quiero, Christine.

Abrazándole el cuello, Christine se lanzó sobre él como había deseado hacerlo desde que lo vio con el esmoquin.

—No puedo creerlo. Nunca me diste ni una pista —ella lo abrazó con más fuerza, mientras una risa mezclada con llanto escapaba de sus labios—. Yo también te quiero, Vito. Y te aseguro que, si quieres llevarme a cenar esta semana, la respuesta será completamente afirmativa.

Él le pasó la mano por la cintura y la espalda. Christine casi podía sentir sus corazones latiendo al mismo ritmo, haciendo eco a la banda que tocaba un poco más lejos.

—Y en cuanto a lo de darle a espalda a la insana cantidad de dinero, no creo que sea así — ella notaba claramente la calidez de su aliento junto a la oreja.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, con cara de extrañeza, apartándose de él para mirarlo a la cara.

—Sabes que he pasado mucho tiempo este verano con mi ordenador, ¿verdad? —pasando el dedo por el tirante de su vestido, le dedicó una sonrisa conspiradora—. En parte era porque quería una excusa para estar en casa y cerca de ti, pero el otro motivo era que estaba creando el software para un juego informático de carreras y un sistema que permita a los usuarios diseñar sus propias pistas.

—¿Me estás diciendo que bajo ese exterior Ferrari late el alma de un loco de la tecnología? —ella le colocó la corbata y le alisó la chaqueta sólo para sentir los músculos que había debajo—. Por eso te resultó tan fácil ayudarme con el sistema de riego digital.

—Oye, no te metas conmigo. Este loco de la tecnología acaba de conseguir la licencia para comercializar un juego de ordenador a gran escala —parecía verdaderamente excitado al respecto. Feliz.

—Eso es maravilloso —y lo besó en la mejilla ante la mirada de Giuseppe y Mary Jo, que no paraban de hacerse arrumacos—. Me alegro mucho por ti.

—Tengo una nueva carrera que me asegurará que no tendré que volver a agarrar una sierra para vivir nunca jamás. Y puesto que trabajaré en casa, probablemente podré acercarme donde tú estés trabajando por si necesitas ayuda al principio —se puso muy recto —. Pero sólo si no afecta a eso de tu independencia...

—Oh, no claro que no —ella lo señaló con el dedo—. Te he visto manejar unas tijeras de podar, Cesare. Podrías resultar muy útil en Todo Natural si sabes aceptar órdenes de una mujer.

Él la miró a la luz de las miles de lucecitas blancas que adornaban el jardín esa noche.

—No sé cómo lo haré... ¿Por qué no me pones a prueba esta noche cuando todo el mundo se haya marchado? Puedes darme unas cuantas órdenes en la ducha de fuera y ver qué tal se me da...

Ella tembló de impaciencia. Le pasó los dedos discretamente por el muslo y susurró:

—Trato hecho. Y ahora, ¿qué te parece si vamos a bailar con los demás?

Vito la besó en la boca con una intensidad que la dejó sin aliento.

—Será un placer bailar contigo.

Christine lo siguió hacia la carpa iluminada. La banda cambió de ritmo y empezó a tocar una canción tradicional italiana. Los parientes de Vito formaron un círculo y la novia dejó un hueco a su lado para ellos dos.

Bailaron hasta que estuvieron sedientos y agotados, y Christine rió hasta que le dolió la barriga.

Cuando Vito pidió champán para hacer un brindis por los novios, no dejó de mirarla a ella.

Al brindar con él, Christine sabía perfectamente a qué novio y a qué novia se refería.

Fin